

Tyler

EL PODER DE LA SEDUCCIÓN

MARTINA LEIVA



MARTINA LEIVA

Primera edición.

Tyler: el poder de la seducción

©Martina Leiva

©junio, 2025

©Imágenes por Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Epílogo

Capítulo 1



Tyler

—¡Todo el mundo a la sala de juntas! ¡Ya! —exclamé nada más entrar en la oficina de mi empresa. Por suerte era viernes, y después podría ir a desestresarme en uno de mis lugares favoritos: *El Paraíso*. Pero antes tenía que solucionar el desastre que alguno de mis empleados había provocado.

Para que os situéis: soy el propietario y director general de una de las principales agencias de márquetin y publicidad del país. La mayoría de las grandes empresas acudían a nosotros para lanzar sus campañas de nuevos productos. Esta vez, dos empresas habían confiado en nosotros para que publicitáramos un mismo tipo de producto… y, por un error imperdonable, sus propuestas se habían intercambiado.

—Ya están todos, Tyler —me dijo Donovan.

Él era mi mano derecha y mejor amigo desde la infancia. Juntos, habíamos puesto en marcha el negocio de mis sueños, desde cero. Ambos venimos de familias de clase media: mi padre era profesor de primaria, y mi

madre, enfermera en un hospital. Los padres de Donovan tenían una pequeña tienda de ultramarinos en el pueblo que nos había visto nacer.

—Lo que ha ocurrido con las campañas de McKenzie y Sander es inaudito y no se puede consentir. ¿Intercambiar las propuestas? Quiero que el responsable de semejante error dé la cara ahora mismo. De lo contrario, todos los que estáis aquí ahora mismo estaréis despedidos —les dije a mis empleados, en un tono muy serio. Bueno, en realidad era el que siempre empleaba, ya que no me gustaba que me tomaran por el pito del sereno. Prefería infundir respeto que amiguismo, porque entonces no estaría reflejando la autoridad que requería un puesto como el mío.

Los murmullos no se hicieron esperar. Así que Donovan intervino antes de que yo me cabreara más y lanzara cuatro gritos, que tampoco era algo a lo que no estuvieran acostumbrados:

—Me parece que el señor Harper lo ha dejado bastante claro. Solo debería hablar quien haya cometido el error —aclaró Donovan, cuando una voz se oyó tímidamente desde el fondo de la sala.

—Fui yo, señor Harper. Un lamentable error que, si me da la oportunidad, le aseguro que no volverá a suceder —dijo una de las empleadas, con la cabeza baja. No sabía quién era. Entre otras cosas, porque apenas trato con el personal; eso lo gestiona Donovan. Yo me ocupo de las reuniones con los responsables de las empresas que acuden a nosotros buscando una propuesta y de revisar los trabajos finales. Por eso detecté el error antes de que llegara a manos equivocadas. De no ser así, hubiera sido nefasto para nuestra reputación.

—¿Su nombre? —pregunté. Al alzar la vista, me quedé sin aliento. Era la mujer más atractiva que había visto.

—Norah Walker, señor Harper —respondió con voz apenas audible. Mi mente empezó a cavilar.

—A mi despacho, señorita Walker —soné autoritario, pero lo hice con toda la intención del mundo. Donovan me lanzó una mirada interrogante, que respondí con un gesto: *luego te explico*.

Pasó frente a mí cabizbaja, y no pude evitar fijarme en su trasero. Esa falda era una tortura para cualquier hombre, porque le marcaba todas sus curvas, que no eran pocas. A mí nunca me habían gustado las mujeres extremadamente delgadas. Las prefería más en la talla cuarenta que en la treinta y seis, y ella estaba dentro de los cánones de belleza que me volvían loco.

Su actitud sumisa encendía mi imaginación. Solo podía pensar en llevarla a *El Paraíso* y en lo que haría con ella allí dentro… aunque sabía que ella jamás habría pisado un sitio como ese.

—Siéntese, señorita Walker, y tenga la amabilidad de explicarme cómo ha sucedido esto —dije con autoridad.

Si hubiera sido otra persona, tengo claro que no le habría ni preguntado, directamente estaría en Recursos Humanos firmando su despido. Pero con ella era distinto. Tenía que conseguir estar con ella, llevarla al club y

enseñarle el tipo de sexo que me volvía loco. Sabía que no iba a ser fácil: primero, porque era mi empleada; y segundo, porque dudaba que estuviera acostumbrada a algo así. Y, precisamente por eso, la idea de ser yo quien la iniciara en ese mundo me resultaba aún más tentadora… me ponía como una maldita moto.

—Señor Harper. —Empezó a hablar sin levantar la cabeza. Pero para saber hasta qué punto podía llegar, le di una orden directa.

—Míreme, señorita Walker —le ordené con firmeza. Lo hizo al instante y sin dudarlo. Tenía claro que sería la mujer perfecta para mis juegos. Mi objetivo era claro: debía conquistarla. No había prisa; el tiempo estaba de mi lado y podía permitirme avanzar lentamente, disfrutando del proceso. Mientras tanto, seguiría jugando con mis habituales del club—. Por favor, continúe.

—Me asignaron a mí las dos campañas. Me devané los sesos para que no tuvieran en común nada más que el producto que se publicitaba, pero no sé cómo ni cuándo debieron intercambiarse. Tuvo que ser producto del cansancio, ya que, aparte de esa, llevo tres campañas más de otros clientes y estaba saturada. Anoche estuve trabajando hasta casi las dos de la madrugada; he tenido el tiempo justo de ir a casa, darme una ducha y cambiarme de ropa para volver a la oficina —explicó.

Me desconcertó. En mi empresa está prohibido que una sola persona lleve más de una campaña del mismo tipo, y menos de distintas empresas.

—¿Quién le asignó ese trabajo?

—El señor Johnson, mi jefe directo —dijo, bajando la cabeza de nuevo.

—Le he dado una orden, señorita Walker. Míreme —insistí. Lo hizo sin vacilar. Entonces pregunté lo que ya temía—: ¿Se le ha insinuado alguna vez?

—Sí —susurró, esta vez sin apartar la mirada.

—Cuéntemelo todo —dije con tono imperativo, acercándome a ella para ver su reacción. Noté que tragaba saliva. Fui hasta la nevera, saqué una botella de agua y se la ofrecí. Bebió un sorbo y continuó:

—Fue una tarde, tras terminar mi jornada. Me llamó a su despacho. Dijo que, si quería conservar mi empleo, debía acostarme con él. Si me negaba, me llenaría de trabajo hasta que cometiera errores y me despidieran. Por supuesto, no accedí.

—Gracias por contármelo. A partir de ahora trabajará directamente conmigo. Yo le asignaré sus proyectos y le daré seguimiento. Puede retirarse —le indiqué. Estaba furioso. Johnson se había sobrepasado, y tenía que largarse ya.

En ese momento, Donovan entró sin llamar, como siempre.

—¿Me explicas qué coño ha pasado ahí dentro? —me preguntó.

—¿Te duelen los nudillos o qué? Lo digo porque no he oído que llamaras —le solté con ironía.

—No me vengas con eso. Sabes que no necesito llamar para entrar.

—¿Has visto a Walker? Es una sumisa de manual. Tiene que ser mi próxima pareja de juegos. Estoy cansado de las que ya conozco del club. Con ella será diferente… será conmigo con quien descubra todo.

—¿Le dijiste algo? Porque salió de tu despacho acalorada. Y no hace precisamente calor hoy.

—Solo que trabajará conmigo directamente. Johnson debe irse ya.

—¿Y ese cambio repentino?

— Johnson la amenazó. Si no se acostaba con él, la sobrecargaría de trabajo hasta que cometiera un error y fuera despedida. Lo ha cumplido. Por suerte, lo descubrí antes de que llegara al cliente.

—¿Y crees que después de eso, se va a sentir cómoda contigo? ¿No temes una acusación de acoso?

—No haré nada que la incomode. Al contrario, haré que sea ella quien lo pida. Me la imagino en este despacho, sobre el escritorio, y me pongo malo…

—Entonces, creo que voy a empezar a llamar antes de entrar —bromeó.

—Hazlo. Pero cuando ella esté dentro. No al principio, no quiero asustarla. Primero, aquí. Luego, si se da, la llevaré al club.

—Ojalá le guste ese mundo, porque no te voy a negar que me encantaría compartirla contigo.

—Todo a su tiempo. Primero, la iniciación será mía.

Capítulo 2



Norah

Estaba completamente segura de que el error no había sido mío. Yo miro las cosas y las compruebo veinte veces antes de dar un paso más. Había tenido que ser el capullo de Johnson que, al no acceder a sus deseos, había querido hacerme la puñeta para que me despidieran, pero le había salido el tiro por la culata.

Cuando el señor Harper me invitó a que fuera a su despacho, pensé que me pondría de patitas en la calle, que sería lo normal, porque ese hombre no se andaba con chiquitas. Pero me sorprendió que no lo hiciera de inmediato, que intentara averiguar antes qué era lo que había ocurrido.

En el momento en el que me vi con él a solas, no sé lo que me pasó, pero su mirada, su tono de voz, me estaban erizando la piel. No me había pasado antes con nadie más, aunque mi experiencia con los hombres era muy limitada, sobre todo desde que mi madre cayó enferma y requería de gran parte de mi atención. Con su fallecimiento, aunque me vi «liberada» de esa carga —lo pongo entre comillas porque no era exactamente esa la palabra

que expresaba mis sentimientos, porque la echaba de menos a diario—, tampoco me quedaron muchas ganas de salir de fiesta.

La única amiga que me quedaba era Thais, pero me había dado mi tiempo para normalizar mi situación, ese que necesitaba para, poco a poco, volver a ser la de antes. Con ella había quedado para comer, ya que mi jefe, el señor Harper, me había indicado que me fuera a descansar. Al ser viernes, el próximo lunes íbamos a reestructurar mi trabajo, dejando solo la campaña que tuviera más avanzada. El resto las repartiría entre mis compañeros, porque estaba claro que alguno, o más bien alguna, se estaría tocando las narices, ya que la empresa no cogía más trabajo del que pudiéramos manejar, y si yo tenía varias campañas asignadas, a otras personas no se les había asignado ninguna.

—¿Qué te pasa, Norah? Te noto como sofocada, y calor no hace precisamente —me dijo Thais, acercándose a darme un beso en la mejilla.

—No te vas a creer lo que me ha pasado —le dije, y me dispuse a contarle todo lo que había ocurrido en ese despacho, desde las órdenes que me dio hasta lo que había provocado en mí.

—Estás jodida, amiga, ese hombre te atrae, y mucho, por lo que veo —me contestó ella, con una sonrisa en la cara que demostraba lo bien que se lo estaba pasando.

—No voy a negar que es un hombre de diez: guapo, elegante, atrayente… pero de ahí a más, me parece que estás equivocada —le respondí de una

manera tajante—. Además de que no soy mujer para él, el señor Harper destila poder, y yo soy solo una simple empleada de su empresa.

—¿Y? Más a mi favor. Debe estar harto de mujeres maniquíes, de esas en las que todo es fachada: muy bonitas por fuera, pero totalmente vacías por dentro.

—Gracias por llamarme fea, eres un hacha para levantarle el ánimo a la gente. Con amigas como tú, ¿quién necesita enemigos? —le respondí, riendo, porque sabía a qué se había querido referir, pero entre nosotras esas bromas eran bastante comunes.

—¿Qué dices, fea? ¿Tú te has mirado al espejo, chavala? Lo que hay que oír. Si tú eres fea, entonces yo soy un orco de Mordor —me respondió, haciendo un símil entre su persona y uno de los personajes de una de las sagas de películas que le encantaba, esa que a mí me aburría como una ostra, y que nunca había conseguido ver entera, dicho sea de paso.

—Claro, claro, ahora somos las dos las primas del Pozí —le dije, e hice una referencia a un personaje que salía en la televisión en los años en los que mi madre era una jovenzuela, pero que todo el mundo conocía, y rompimos las dos en una fuerte carcajada.

Ese era el efecto que causaba Thais en mi persona. Era capaz de sacar lo mejor de mí, haciéndome reír y, durante el tiempo que pasábamos juntas, se me olvidaba lo sola que me encontraba. A pesar de poder contar con ella para todo lo que fuera necesario, entrar en mi casa y encontrarla vacía,

había días que se me hacía cuesta arriba, pero todo era cuestión de acostumbrarme.

Hacía tan solo unos meses que mi madre se había ido. De mi padre no sabía nada desde que cumplí los dieciocho, que se desentendió de mí, dejando de llamarme y buscarme de la noche a la mañana.

—Esta noche salimos, te pongas como te pongas. Te he dejado tu espacio durante un tiempo, pero ya va siendo hora de que vuelva la Norah que yo conozco, esa que se reía como un cascabel y no la que se queda en su casa con la cara pocha y mustia como una planta sin agua —me dijo Thais, y la verdad, y sin que sirva de precedente, me apetecía salir y volver a ser yo, aunque de buenas a primeras no lo iba a conseguir, y lo sabía con creces.

—Venga, vale, pero no tengo absolutamente nada que ponerme, así que tenemos dos opciones… —Empecé a decirle, pero me interrumpió sin dejarme terminar.

—¡Nos vamos de compras! Han abierto una tienda que tiene unos modelitos de infarto. Porque, déjame que te diga, que tenemos que arrasar esta noche. Hace tiempo que tienes la almeja sin darle una alegría, y la debes tener mustia, la pobre —dijo, volviendo a sacarme una carcajada. Ella era así, podía pasar de ser la persona más sensible del mundo a la más bruta en cero coma dos.

—Pues nada, a quemar tarjeta, se ha dicho.

—¿A quemar tarjeta? Pero si la tuya tiene que estar desactivada de no usarla, Norah. Tu cuenta debe tener cinco euros menos que la del tío Gilito —me dijo, y es que esta mujer no era ni medio normal.

Pagué la comida, por mucho que ella me empujaba para poder hacerlo con su tarjeta, y nos dirigimos dando un paseo hasta el centro comercial que había cerca del restaurante, que era donde se encontraba la tienda que ella mencionó antes. Aunque hacía un frío que pelaba, no estaba lloviendo ni nevando, que era lo normal en esta época del año. Ojalá se mantuviera así toda la noche.

—¿No me digas que este vestido no es ideal? —me preguntó, viniendo hacia mí con una percha en la mano. El vestido era precioso, pero para el mes de julio, no para primeros de noviembre, y mucho menos con el frío que hacía.

—Es ideal para terminar en una cama, pero de un hospital, con una neumonía.

—Desde luego, hija mía, eres única para quitarme las ganas.

—No te quito las ganas, simplemente digo que no me voy a comprar nada así para luego estar tiritando toda la noche. Hay vestidos preciosos, e igual de elegantes que ese, pero con los que no pasar frío. Como por ejemplo, este —le dije, y levanté una percha con uno que me había gustado y que pensaba probarme. Era de color *beige*, de un punto finísimo, con escote en V y manga larga. Al ponérmelo por encima, vi que llegaba un poco más abajo de la rodilla, y ya me vi con él puesto: con mis botas marrones de

tacón y unas medias del mismo color, así como con mi abrigo y mi gorro *beige*—. Me lo voy a probar, porque como me guste cómo me queda, ni me lo pienso.

—Uy, esto es nuevo. Me encanta que no hayas mirado ni la etiqueta del precio, vamos avanzando —me dijo con una sonrisa.

—Hace mucho que no me doy ningún capricho, y creo que ya va siendo hora —le contesté, y ella me miró con mucha dulzura. Como he dicho antes, era capaz de convertirse en la persona más dulce después de haber estado como poseída.

—Di que sí, cariño, que te lo mereces todo.

Salí del probador para que viera cómo me quedaba, y se quedó como yo cuando me miré en el espejo: con la boca abierta. Está feo que yo lo diga, pero es que me quedaba como un guante, era como si lo hubieran confeccionado para mí. Estaba absolutamente sexi, pero sin parecer vulgar. Me daba una elegancia que hacía tiempo que no me veía, y eso me gustó: volvió a darme la confianza en mí misma que me había faltado hasta ahora.

—¿Qué te parece si nos vamos a la peluquería? Total, ya que estamos, vamos a hacernos el plan completo. Así, cuando lleguemos a tu casa, tan solo tendremos que darnos una ducha y vestirnos, y estaremos listas para salir a cenar. Aunque desde ya te advierto que a la cena invito yo —me dijo.

Yo no tenía un sueldo malo, todo lo contrario, y con mi vivienda ya pagada, para mí sola tenía más que de sobra. Y si, encima, a eso le

agregábamos que apenas salía —más que algún que otro día a comer con Thais—, pues la verdad era que mi colchón financiero era bastante bueno, pudiendo permitirme un caprichito caro de vez en cuando.

Mi amiga trabajaba como bróker para una de las empresas financieras que operaban en una de las bolsas más importantes del mundo. Era un genio de las finanzas y, a pesar de que era guapísima, había tenido mala suerte en el tema del amor. Su última pareja, James, era uno de sus compañeros, y estuvieron dos años juntos, hasta que un día ella llegó antes a casa y se lo encontró en una situación más que comprometida con una vecina. Por eso le dijo que recogiera sus cosas y se marchara. Le costó mucho tiempo superarlo. No ayudaba encontrárselo ni en la escalera —porque se fue a vivir con la otra— ni en el trabajo. Al parecer, llevaban más de seis meses liados. Pero lo consiguió. Al cabo de los meses, James volvió pidiendo perdón, pero fue porque la vecinita se había liado con otro con mayor poder adquisitivo que él, y le dio la patada, encontrándose solo y en la calle. Por supuesto, ella le dijo que no, que se buscara un hotel, que en su casa no entraba más, ni como amigos. Por suerte para ella, no sucumbió a la petición de él de tener un hijo juntos, porque entonces habría tenido que hacer frente ella sola a la situación de criar a un niño, y de momento, con el tipo de trabajo que tenía, eso era totalmente inviable.

Como bien había dicho ella, nos fuimos al salón de belleza, donde nos maquillaron, hicieron la manicura y nos arreglaron el pelo. Ella se dio un corte radical, y es que decía que tenía ganas de verse con el pelo corto desde hacía tiempo, pero que no se había decidido, y ahora era el momento. No es que se lo hubiera rapado, ni mucho menos, sino que se hizo un corte bob de

esos que se llevan tanto ahora, dejando su pelo a la altura de la barbilla y con un flequillo despuntado que le quedaba genial.

Yo no era tan valiente, por lo que me limité a sanearme las puntas. Eso sí, la peluquera pronunció mis rizos con una crema, y me quedó una melena ideal. Ni que decir tiene que me la compré para usarla en casa, porque hasta con el pelo mojado quedaba bien. Así no tendría que recogérmelo en una coleta cuando estuviera indomable, que era la mayoría de las mañanas.

Capítulo 3



Tyler

Tras la charla que tuvimos Donovan y yo, me decidí a llamar a Johnson a mi despacho. Eso sí, le pedí a mi amigo y mano derecha que se quedara conmigo, así me ahorraría tener que contarle los detalles después.

—¿Qué pasa, Tyler? —me dijo al entrar. Aunque nos conocíamos desde hacía tiempo, porque ambos asistíamos al mismo club, estaba cansado de repetirle que en la empresa dejara las familiaridades y no me llamara por mi nombre de pila.

—¿Cuántas veces te tengo que decir que aquí soy el señor Harper para todo el mundo? Incluso Donovan, que es como mi hermano, se dirige a mí de esa forma. Así que no entiendo por qué cojones, tú te crees con derecho a tomarte esa licencia —le solté, bastante cabreado, la verdad. Era un cúmulo de cosas que me daban vueltas en la cabeza.

—Venga ya, *«señor Harper»*, si aquí no hay nadie —respondió, remarcando el nombre con burla. Fui al grano; no le iba a consentir ni una

más.

—Estás despedido, Johnson.

—¿Cómo? No sé qué te habrá contado la puta esa de Walker, pero te aseguro que todo es mentira —dijo, a la defensiva. No me pude quedar callado.

—Para empezar, en mi presencia, no vuelvas a referirte de esa manera ni a ella ni a ninguna otra mujer. Además, si no sabes lo que me ha contado, ¿cómo te atreves a decirme que es mentira? Espero ansioso tu respuesta —le espeté, con la sangre hirviendo. No soportaba que se juzgara a nadie, y mucho menos a una mujer.

—Porque fue ella la que se insinuó. Me dijo que me haría la vida imposible en el trabajo si no accedía a meterme entre sus piernas; que si no lo lograba, hablaría contigo para que me despidieras —afirmó, intentando convencerme.

Lo que no sabía era que Donovan había hablado con otras dos chicas de su departamento que ya no trabajaban con nosotros. El motivo de su marcha fue el mismo: las había acosado sexualmente. Se había librado de varias demandas, porque ninguna quiso meterse en ese jaleo; prefirieron irse en silencio. Pero si esto seguía circulando y yo no actuaba, mi empresa terminaría en boca de la prensa. Me tacharían de cómplice, y eso sí que no lo iba a permitir.

—¿También Jane y Morgan se te insinuaron, verdad? No seas cínico. No intentes darle la vuelta al asunto porque no soy tonto. No me mientas en la cara —le dije. Su rostro fue transformándose, poco a poco, de la tranquilidad más absoluta al cabreo más monumental en cuestión de minutos.

—Si me despides, no dudaré en contarle a la prensa dónde pasa sus noches el propietario de una de las empresas más conocidas del país. Ese que va de modélico y es tan pervertido como yo —me dijo. Donovan y yo soltamos una carcajada.

—Vamos a ver, imbécil —le dijo Donovan, mientras él no salía de su asombro ante la forma en que mi amigo se dirigía a él—. En primer lugar, ¿crees que nos importa lo que puedas contar? Si sueltas una palabra, el principal perjudicado serás tú.

»Tienes un contrato de confidencialidad con el club, y te enfrentarías a una demanda millonaria que no podrías afrontar. Además, tenemos el testimonio de tres personas que podrían denunciarte por acoso sexual y laboral, y nosotros, como empresa, las respaldaríamos de inmediato.

»Así que más te vale callarte, dejar las amenazas y recoger tus cosas sin hacer ruido. Aquí, el único que puede salir perdiendo eres tú.

—No hace falta decir que este despido es procedente, así que no obtendrás ni un centavo de indemnización, ni carta de recomendación. Espero que tengas suficiente dinero ahorrado, porque de lo contrario vas a tener que cancelar tu suscripción al club —fueron mis últimas palabras, antes de indicarle con la mano que se marchara de mi despacho.

—Y por supuesto —añadió Donovan, porque lo conocía y sabía lo que era capaz de hacer—, ni se te ocurra llevarte nada relacionado con el trabajo de la empresa. Ni Tyler ni yo dudaremos en acusarte de espionaje industrial, así que piensa bien lo que vas a hacer.

Lo vimos salir del despacho con una rabia que ya no podía disimular, amenazando con que la cosa no quedaría así. Avisé a seguridad para que estuvieran pendientes.

Como sabía lo que ocurriría si Norah permanecía en la empresa, la envié a casa hasta el lunes. Ese día la llamaría de nuevo a mi despacho para reestructurar su trabajo. Poco a poco tenía que conseguir llevármela a mi terreno, pero no podía hacerlo deprisa y corriendo. Me lo tomaría con calma, con movimientos sutiles, que ejecutaría sin que ella apenas se diera cuenta.

—Te has quedado muy pensativo… ¿Trazando un plan? —me dijo Donovan.

Le respondí con una sonrisa. Me conocía mejor que nadie. Le bastaba una mirada para saber qué me pasaba.

—Tanto como un plan, no. Estaba pensando en cómo llevarme a Norah a mi terreno, sin prisas y gradualmente, como si todo surgiera de forma natural.

—Deduzco que esta noche iremos al club, ¿me equivoco?

—Para nada. Pero no iremos directamente. Antes cenaremos y tomaremos una copa, para terminar la noche allí. Con suerte, habrá gente nueva con la que experimentar. Ya sabes que me canso rápido de las mujeres. Necesito encontrar una nueva compañera mientras consigo que Norah me acompañe —le dije. Y era verdad.

Al principio, cualquier mujer que me llamara la atención era candidata para compartir mi cama y mis juegos en el club. Pero con el tiempo, terminaba por cansarme de todas. A veces, por puro hastío, compartía compañera y juegos con algún otro socio, normalmente a petición de ellas. Pero no era el tipo de sexo que me gustaba practicar. Yo era más dominante, y a la mayoría de los hombres no les gustaba ver eso con sus parejas, así que tenía que adaptarme a sus normas.

—Acabo de reservar en un restaurante nuevo, del que me han hablado muy bien. Está cerca de la zona de ocio, así que no necesitaremos coche —me dijo Donovan.

—Perfecto, esa es una buena idea. Sabes que no me gusta conducir cuando bebo. Reserva también un taxi que nos lleve, y para ir al club pediremos otro —le dije, y asintió.

—Está bien, ahora mismo lo reservo por la ap. Que te recoja a ti primero, y luego pasa por mí. Estoy más cerca del restaurante.

—¿Y por qué no vienes a mi casa y salimos directamente de allí los dos? Sabes que tienes ropa en mi armario de otras veces. No necesitas pasar por

la tuya para nada. Y si no, siempre puedes ponerte algo mío —le propuse. Asintió.

—Venga, vámonos ya, que es la hora de comer. Lo que hay pendiente puede esperar hasta el lunes.

—Sí. No quería marcharme hasta que los de seguridad me avisaran de que Johnson ya había salido del edificio. Me acaban de avisar por la intranet. Te invito a comer al japonés que tanto nos gusta, ese en el que hacen el ramen tan exquisito —le dije. Salimos de mi despacho y tomamos el ascensor hasta el garaje, donde tenía mi coche aparcado. Donovan había venido en taxi esa mañana, porque el suyo estaba en el taller.

Al llegar al aparcamiento del restaurante, nos encontramos con un viejo amigo, al que hacía mucho tiempo que no veíamos, y que había ido con su jefe a cerrar un negocio. Quedamos en vernos pronto para comer o cenar. Estaba casado y, desde entonces, no salía con los amigos. Como si por firmar un papel hubiera perdido la libertad. Y que conste que no culpaba a su mujer: la culpa era suya, por permitir que le coartaran. Por desgracia, había mucha gente así.

Durante la comida hablamos de lo sucedido en la oficina esa mañana, de la actitud de Johnson y de sus amenazas. Decidimos que tendríamos que avisar al dueño del club, para ponerlo en antecedentes, más que nada para que pudiera disuadirlo.

A nosotros, en realidad, nos daba igual lo que dijera. Éramos libres de vivir nuestra sexualidad como nos diera la gana. Pero había gente en el club

a la que no le convenía que su vida privada saliera a la luz. Aparte de que la reputación del local también se vería afectada, lo que implicaría una bajada considerable en el número de socios si dejaban de confiar en su privacidad, tal y como habían hecho hasta ese momento.

—Estoy deseando llegar a tu casa y tirarme en el sofá. No puedo con mi cuerpo hoy —me dijo Donovan al salir del restaurante.

—¿Y por qué no te acuestas en la cama de invitados? Estarás más cómodo y podrás echarte una siesta. Así, esta noche aguantarás todo lo que te echen —le respondí.

—Espero que no me echen nada a mí, sino que sea yo quien los eche. Me da igual que sea de una en una o de dos en dos, no me voy a poner tiquismiquis —dijo, provocando una carcajada que resonó en todo el aparcamiento.

Al llegar a casa, nos pusimos cómodos y nos tomamos una copa en el sofá antes de descansar un rato. Teníamos reserva a las siete, así que teníamos tiempo de sobra para hacer todo lo que teníamos previsto.

✣ ✣ ✣

—Tyler, voy a cogerte una camisa de tu armario. Las que tengo mías no me convencen para el pantalón que me voy a poner —me gritó desde mi cuarto mientras yo me duchaba.

—Coge la que quieras, menos la blanca, que me la voy a poner yo —le respondí desde el baño.

—Pero si tienes como veinticinco camisas blancas, alma de cántaro. Sería mucha casualidad que justo cogiera la que vas a ponerte tú. — Donovan tenía ese poder, el de darle la vuelta a cualquier situación que se planteara.

— Claro que sí, ponte una blanca y pareceremos que llevamos el uniforme del colegio, iguales los dos.

—Pues también tienes razón. Me he decidido por la azul celeste, que con mi pantalón camel y el abrigo de paño azul marino queda ideal —dijo, como si estuviera presentando un programa de moda. Con Donovan, era imposible no reírse.

Capítulo 4



Norah

Estábamos listas para salir, así que mi amiga pidió un taxi para que nos recogiera. El *outfit* nos había quedado genial: íbamos supersexis, pero sin caer en la vulgaridad. Habíamos reservado mesa en un restaurante italiano recién inaugurado, del que Thais había oído hablar. No sería nada barato, pero ya estaba harta de tener que medir cada euro que gastaba. Antes lo hacía por necesidad —el tratamiento de mi madre era bastante costoso—, pero desde que ella se fue, no había cambiado esa costumbre. Y ya era hora de que lo hiciera.

—Tenemos una reserva hecha a nombre de Thais Queen —dijo mi amiga al llegar al restaurante.

—Acompáñenme, por favor —nos dijo el encargado, que no dejaba de mirarnos mientras nos señalaba la mesa en la que cenaríamos—. Ahora mismo viene el camarero para tomaros nota.

—Has triunfado, amiga. El jefe de sala no te ha quitado el ojo de encima desde que hemos llegado —me dijo Thais en cuanto nos sentamos.

—A lo mejor la que ha triunfado has sido tú, porque nos miraba a las dos —le respondí, sacándole la lengua.

Cuando el camarero vino, pedimos una botella de vino blanco —el tinto no nos gustaba a ninguna de las dos—, un plato de pasta carbonara para compartir, unos palitos de mozzarella y una *pizza* de atún, jamón y huevo, mi preferida.

—¿Has sabido algo más de tu jefe? ¿Te ha escrito o te ha dicho algo sobre lo que ha pasado con Johnson? —preguntó Thais tras dar un sorbo de vino a su copa.

—Para nada. Supongo que prefiere hablarlo conmigo en persona el lunes, cuando vuelva a la oficina. Y casi que lo prefiero.

—¿Por qué, chica? Siempre es bueno tener noticias de un *buenorro* como tu jefe. No lo conozco, ni siquiera en fotos, pero por lo que cuentas debe de ser un monumento de hombre.

—Como bien dices, no lo conoces. Si lo hicieras, si tuvieras que tratar con él, cambiarías de opinión. Impone de una manera que no te puedes llegar a imaginar. Esa voz grave, ese porte… irradia seguridad, no sé cómo explicarlo. Es tenerlo delante y me tiemblan hasta las pestañas —dije, intentando que entendiera lo que me provocaba el señor Harper.

—Eso se llama «la erótica del poder», amiga. Contra eso es difícil luchar, créeme —me respondió, mirándome a los ojos muy seriamente y con su copa de vino en la mano.

—No creo que sea eso. El poder no tiene nada que ver. Si fuera albañil, tendría el mismo carisma.

—Oh, claro que es eso, no lo dudes. Pero no me refiero al poder económico, sino al que emana. Hay muchos CEO podridos de dinero que no lo tienen.

—Bueno, lo que tú digas, pero vamos a cambiar de tema, que me va a sentar mal la comida —le dije, justo cuando comenzaron a llegar los platos a nuestra mesa.

No es que no cuidara mi alimentación, claro que lo hacía, pero la genética había sido muy generosa conmigo. No era un insecto palo; tenía curvas, pero bien proporcionadas. Así que no me preocupaba comer un poco de más porque sabía que no iba a afectar a mi silueta. Thais, en cambio, tenía que controlar su dieta con más rigor. Un extra de hidratos, y al otro día se tenía que machacar en el gimnasio, o se le iba todo a las cartucheras. Aun así, era una mujer preciosa y muy disciplinada en ese sentido.

La comida se nos pasó volando entre risas y anécdotas, especialmente recuerdos de cuando mi madre estaba bien. Prefería recordarla así, riendo, como a ella le gustaba: reír y bromear con todo y con todos.

—¿Te acuerdas cuando vino el chico del súper, cargado con todo el pedido? —me preguntó Thais, sin poder parar de reír.

—¿Cómo voy a olvidarlo? Le dijo: *«Trae, Jimmy, que yo te cojo los huevos»*. La cara del chico era un poema. Se debatía entre la vergüenza y la picardía. Y luego la risa de mi madre, que no podía ni hablar —dije riendo. Mi madre era mucha madre. Uno de los pilares de mi vida. Y la echaba tanto de menos…

—¿Vas a querer postre? Porque yo no puedo con nada más. Si meto un gramo más de comida en el cuerpo, me voy a tener que poner una camita plegable en el gimnasio, justo al lado de la cinta de correr —dijo Thais, dramática.

Pero a mí me apetecía muchísimo algo de chocolate.

—Por supuesto. Sabes que, si no tomo algo dulce después de cada comida, es como si mi cuerpo no procesara que ya ha comido, y mucho más por la noche. ¿Pedimos una porción de salami de chocolate y la compartimos? — le pregunté, a sabiendas de que no me diría que no, porque a ella le chiflaba el dulce igual que a mí.

—Eres mala, amiga… Pero vale. Aunque desde ya te advierto que solo tomaré una mini porción —me advirtió. A mí me daba igual, yo me comería el resto.

Llamamos al camarero para que nos tomara nota, y al poco nos trajo el postre: seis rodajas de salami de chocolate, una bola de helado de vainilla y

caramelo salado por encima, que se te metía por los ojos.

—Mmm —gemí al meterme la primera cucharada en la boca, con un poco de todo. Fue entonces cuando escuché una voz detrás de mí que me puso los pelos de punta.

—Buenas noches, señorita Walker… y compañía —dijo, con esa voz que imponía como ninguna. Al alzar la vista, me encontré con mi jefe y con Donovan Lennox, que salían de cenar en el mismo restaurante que nosotras.

—Buenas noches, señor Harper. Señor Lennox —respondí a media voz. Al mirar a Thais, la vi con la boca abierta, y no pude evitar sonreír—. Ella es mi mejor amiga, Thais Queen, una de las mejores brókeres de la ciudad.

—Encantado, señorita Queen —dijo mi jefe, acercándose a tomarle la mano y besarle el dorso.

—Walker, lo último que esperábamos era encontrarte aquí. Vamos a tomar una copa por la zona. Nos gustaría que nos acompañarais —propuso Donovan, bajo la atenta mirada de Harper, que parecía algo incómodo.

—Gracias, señor Lennox, pero aún estamos cenando, y no quisiéramos molestaros —contesté con la voz baja. No sé qué me pasaba cuando tenía a ese hombre delante, era como si toda mi determinación y fuera al garete. Y él lo sabía, porque su media sonrisa apareció en cuanto terminé de hablar.

—Señorita Walker, si nos molestara, no lo habríamos sugerido —dijo mi jefe, dejándome sin palabras. Thais seguía con la boca abierta. Otra que

había sucumbido.

—Haremos una cosa — propuso Donovan, dejándome totalmente sorprendida—. Terminad tranquilas de cenar, y os esperamos en el *pub* que hay justo enfrente. Tomaremos una copa allí.

—Buena idea, Donovan. Estaremos en uno de los reservados. No nos hagáis el feo de dejarnos plantados, u os buscaremos por cielo y tierra hasta tomarnos esa copa —dijo Harper, sin apartar la mirada de mí. Era una orden disfrazada de cortesía. Asentí.

Thais se me quedó mirando, sin poder articular palabra, hasta que estuvieron bien lejos de nosotras, que fue cuando lo dijo todo.

—Madre del amor hermoso… ¿Esos son tus jefes? Si yo tuviera dos jefes así, iría a trabajar aunque me tuvieran que operar y tuviera el gotero puesto. ¿Tú te has fijado bien en los dos monumentos que son?

—Todos los días. Trabajo con ellos, ¿recuerdas? Así que no me lo cuentes, porque lo tengo muy claro. Pero tú tampoco has dicho una palabra, te has quedado ahí con la boca abierta como si tuvieras quince años y se acercara tu actor favorito —le dije, riendo.

—Es que no me los imaginaba así. Porque si el dueño es un portento, el otro no se queda atrás, te lo puedo jurar.

Y era cierto. Tyler Harper, con su pelo negro, esos ojos esmeralda que te calaban el alma, los dientes blancos y perfectamente alineados, esa

mandíbula cincelada como si fuera obra de un escultor renacentista… era imponente. Pero Donovan Lennox también tenía lo suyo: cabello castaño oscuro, ojos azul profundo, como el mar en calma de noche, y esa cara, le acompañaba un cuerpo que se adivinaba escultural, al igual que el de mi jefe.

—Anda, vamos a pagar y nos tomamos esa copa. Son muy capaces de hacer lo que han dicho y no quiero lidiar el lunes con el mal humor del jefe —le dije, llamando al camarero.

—Están invitadas, señoritas. Los caballeros de la mesa cuatro abonaron también su cuenta —nos dijo. Me quedé helada. ¿Nos habían visto antes de acercarse? Porque, en el momento en el que se despidieron de nosotras, salieron directamente a la calle, así que lo tenían que haber hecho antes de acercarse, cuando pidieron la suya.

Nos levantamos, nos pusimos nuestros abrigos, porque a pesar de que tan solo teníamos que cruzar la calle, hacía un frío que pelaba. Eso sí, no me puse gorro ni guantes, porque iba a tardar más en ponérmelos que el tiempo que los tendría puestos.

Al salir del restaurante, nos llevamos otra sorpresa.

—Hemos pensado esperaros aquí, por si os confundíais de local o teníais la tentación de dejarnos plantados —dijo Donovan, sonriendo.

—No se nos ocurriría, señor Lennox —respondí, roja como un tomate.

—Vamos a dejar los formalismos, Norah. Ahora no estamos en la oficina. Aquí soy Donovan y él, Tyler. ¿No es así, amigo? —dijo, mirando a su amigo, que asintió.

—Sería un poco raro estar toda la noche llamándonos de manera tan formal. Parecería que seguimos en la oficina, trabajando. Esta noche quiero disfrutar. ¿Estás de acuerdo, Norah? —dijo mi jefe, y un escalofrío me recorrió la espalda.

—Está bien, como queráis. Pero si luego se me escapa en la oficina, no quiero reproches ni malas caras —contesté, sin mirarlo directamente.

—¿Acaso vas a ir pregonando por la oficina que te invitamos a cenar y a una copa? —dijo serio—. Mi vida privada se queda fuera de esas paredes.

—No me refería a eso… solo a que, si estando en su despacho, me dirijo a usted como *Tyler* y no como señor Harper, no haya malentendidos —aclaré, avergonzada, pero peor me puse al escuchar su respuesta.

—Eres una mujer lista. Sabrás no hacerlo. Como ya te he dicho, mi vida privada queda fuera de esas cuatro paredes.

Capítulo 5



Tyler

Salimos con tiempo suficiente para llegar cómodos y tranquilos al restaurante en el que Donovan había hecho la reserva. Por eso, antes de sentarnos a cenar, nos tomamos una copa de vino en la barra, hasta que mi amigo me avisó de que el jefe de sala ya tenía nuestra mesa preparada.

—Me encanta el sitio —comentó Donovan mientras recorría con la vista el local—. Es discreto, pero a la vez concurrido. No es de esos lugares en los que te sientan en una mesa y no puedes ver nada de lo que ocurre alrededor.

—Tienes razón. Ahora solo falta que la comida acompañe. Ya sabes que soy muy delicado para comer.

—¿Delicado? Lo que eres es un sibarita, no me lo niegues. Aunque presiento que esta cena te va a sentar peor que nunca, y no será por la calidad de la comida… sino por la persona que acaba de entrar —añadió,

señalando con la cabeza a dos mujeres que acababan de entrar y a quienes el jefe de sala no dejaba de mirar con descaro.

Al principio no la reconocí. Solo me fijé en lo bien que le sentaba el vestido, marcándole un trasero de esos que provocan infartos. Pero al subir la mirada y ver quién era, os juro que el trago de vino se me fue por mal camino. Estuve a punto de ahogarme.

No estaba acostumbrado a verla vestida así. Solo la conocía con la ropa que usaba para trabajar. Su pelo, que normalmente llevaba recogido en una coleta o moño, hoy caía suelto y precioso. Y sus labios, que solía llevar con tan solo un poco de brillo, estaban pintados en un tono marrón chocolate, tan apetecibles que daban ganas de morderlos hasta la saciedad.

—Joder... Era la última persona que me esperaba encontrar aquí. ¿Quieres ir a saludarla? —preguntó Donovan. Negué con la cabeza.

—Vamos a dejarla cenar tranquila. Nuestra aparición estelar será en los postres, cuando nos vayamos a marchar. Ya veremos cómo reacciona —le respondí.

Donovan soltó una carcajada. Me conocía lo suficiente como para saber qué tramaba, y estaba de acuerdo en llevarlo a cabo.

Cuando llegó nuestra comida, nos centramos en ella. Eso sí, sin perder de vista —ni de oído— la mesa donde estaban esas dos mujeres, especialmente Norah, cuya risa me tenía totalmente absorto. Su actitud con su amiga, que supuse era una de sus más cercanas, era muy distinta a la que mostraba

conmigo. Eso me gustaba aún más, porque confirmaba mi teoría: ella era perfecta para mis juegos de cama. Y tenía que lograr que cayera en mis redes.

—¿Me estás escuchando, Tyler? —preguntó Donovan, sacándome de mis pensamientos.

—Pues… si te soy sincero, no. ¿Qué me estabas diciendo?

Mi respuesta provocó la risa de mi amigo, que negó con la cabeza.

—Te decía que, ahora que has despedido a Johnson, tendremos que buscar a un nuevo jefe de departamento. ¿Tienes a alguien en mente?

—No he pensado en eso, la verdad. Todo ha pasado tan rápido que ni me he parado a considerar a un sustituto. ¿Tú tienes algún candidato? —le pregunté. La verdad es que tenía razón, pero no era algo que me preocupara en exceso, ya que cualquiera de mis empleados podría desarrollar ese puesto sin ningún problema.

—Más bien, candidata. Creo que Samantha podría asumir el puesto. Es muy responsable y está comprometida con la empresa, no creo que lo haga mal.

—Hay un problema con ella: mira a todos por encima del hombro. No creo que pueda desempeñar el cargo con imparcialidad. Sería como tener a otro Johnson, pero en versión femenina.

—Pues entonces dime a quién ponemos, porque el lunes, en cuanto entremos por la puerta de la oficina, tenemos que haber tomado una decisión para comunicárselo al candidato lo antes posible.

—Muy bien, pero ahora es viernes por la noche. Quiero dejar el trabajo a un lado por unas horas y simplemente disfrutar. Mañana, si quieres, quedamos para comer y ponemos todos los candidatos sobre la mesa. Pero por hoy —y después del día, o mejor dicho, de la semana que llevo— la conversación laboral se ha terminado —le dije. Y era verdad: quería centrar mi atención en otra cosa, sobre todo en cierta mujer que tenía enfrente y a la que no podía evitar mirar.

—Por mí perfecto. Mañana me llamas y analizamos todos los perfiles. Ahora cuéntame: ¿qué tienes pensado hacer con Norah?

—¿Yo? Absolutamente nada. Serás tú quien las invite a tomar una copa, y yo actuaré según su respuesta —dije, y me miró sorprendido.

—¿Me puedes explicar por qué demonios siempre termino yo en medio de tus movidas? —me preguntó, y es que no podía salir de su asombro.

—Muy sencillo: porque soy tu jefe.

Cuando iba a continuar hablando, una carcajada captó mi atención. Era la de ella. Su simple risa me puso duro como una piedra. Y eso no me pasaba con frecuencia; más bien lo contrario. Me gustaban las mujeres discretas, que hablaban poco y obedecían sin rechistar. Y justo en ese momento, ella representaba todo lo contrario.

Terminamos de cenar, y llamé al camarero para que trajera la cuenta, pidiéndole que también incluyera la de las señoritas que ocupaban la mesa que estaba a dos de la nuestra. El camarero asintió.

—¿Vas a pagar la cena de Walker y su amiga sin haber tenido el placer de compartirla con ella? —preguntó Donovan, sorprendido. Y no porque yo fuera tacaño, que no lo era, sino porque él sabía que, para mí, un gesto así solo tenía sentido si había una implicación previa—. Pues sí que te ha calado hondo…

—Deja de decir tonterías. No estaría bien acercarnos y dejar que pagaran la cuenta. Es una cuestión de caballerosidad.

—Claro, claro… Lo que tú digas. Anda, vamos a acercarnos antes de que terminen el postre y se vayan. ¡Cómo come la chica! Con ese cuerpazo, cualquiera lo diría. Si hace todo con las mismas ganas, vas a tener que empezar a tomar ginseng cuando te la lleves a la cama —añadió, haciéndome reír.

Estaba llegando a su mesa, cuando escuché el más sensual de los gemidos, y no pude evitar trasladar esa situación a otra más… digamos que caliente.

—Mmm —gimió, saboreando una cucharada de su postre, que debía de ser la primera por la forma en que lo hizo.

—Buenas noches, señorita Walker… y compañía —dije muy cerca de ella, y noté cómo se tensaba. Ese gesto, unido al gemido anterior, hizo que mi miembro diera un tirón dentro del bóxer. Tuve que recolocarme disimuladamente. Donovan se dio cuenta y me miró con una sonrisa pícara.

—Buenas noches, señor Harper. Señor Lennox —dijo ella con el tono formal que usaba en la oficina—. Ella es mi mejor amiga, Thais Queen, una de las mejores brókeres de la ciudad.

—Encantado, señorita Queen —respondí, besándole el dorso de la mano, dejando claro que mi interés estaba únicamente en Norah, aunque su amiga no pudiera dejar de alternar la mirada entre Donovan y yo.

—Walker, lo último que esperábamos era encontrarte aquí. Vamos a tomar una copa por la zona. Nos gustaría que nos acompañarais —dijo Donovan, mientras yo intentaba no mostrar cuánto me afectaba su cercanía.

—Gracias, señor Lennox, pero aún estamos cenando, y no quisiéramos molestaros —respondió en un susurro. Quedó claro que, cuando yo estaba presente, su determinación se desvanecía. Sonreí de medio lado, y ella lo notó.

— Señorita Walker, si nos molestara, no lo habríamos sugerido —le dije, sin apartar la mirada de ella. Su amiga aún parecía en *shock*, y tanto Donovan como yo lo percibimos.

—Haremos una cosa —propuso Donovan, dejándola visiblemente sorprendida—. Terminad tranquilas de cenar, y os esperamos en el *pub* que

hay justo enfrente. Tomaremos una copa allí.

—Buena idea, Donovan. Estaremos en uno de los reservados. No nos hagáis el feo de dejarnos plantados, u os buscaremos por cielo y tierra hasta tomarnos esa copa —añadí, sin quitarle la vista de encima.

Ella bajó la cabeza y asintió, sumisa. Sabía que, incluso si se iba a su casa, podría hacerla arrepentirse el lunes en forma de mal humor. No me gustaba que desobedecieran mis órdenes.

Salimos del restaurante y a Donovan se le ocurrió esperar en la puerta, por si acaso intentaban escabullirse. La idea me gustó.

Mientras fumábamos un cigarro, las vimos salir hacia nosotros, sin saber aún que las esperábamos.

— Hemos pensado esperaros aquí, por si os confundíais de local o teníais la tentación de dejarnos plantados —dijo Donovan, sin perder la sonrisa.

—No se nos ocurriría, señor Lennox —respondió Norah, visiblemente avergonzada por la situación que habíamos provocado.

—Vamos a dejar los formalismos, Norah. Ahora no estamos en la oficina. Aquí soy Donovan y él, Tyler. ¿No es así, amigo?

Asentí. Solo era «señor Harper» dentro de la empresa… o en alguna de las habitaciones del club. Y, de momento, no estábamos en ninguno de esos

lugares.

— Sería un poco raro estar toda la noche llamándonos de manera tan formal. Parecería que seguimos en la oficina, trabajando. Esta noche quiero disfrutar. ¿Estás de acuerdo, Norah?

—Está bien, como queráis. Pero si luego se me escapa en la oficina, no quiero reproches ni malas caras —dijo ella, aunque hablaba en plural, sabía que se dirigía solo a mí.

— ¿Acaso vas a ir pregonando por la oficina que te invitamos a cenar y a una copa? —dije serio—. Mi vida privada se queda fuera de esas paredes.

— No me refería a eso… solo a que, si estando en su despacho, me dirijo a usted como *Tyler* y no como señor Harper, no haya malentendidos — aclaró, visiblemente avergonzada.

—Eres una mujer lista. Sabrás no hacerlo. Como ya te he dicho, mi vida privada queda fuera de esas cuatro paredes.

Capítulo 6



Norah

No me esperaba para nada que estuvieran esperando en la puerta a que saliéramos, pero sus palabras me hicieron sentir bien, así que no dudamos en acompañarlos.

Al entrar en el local de copas, nos llevaron directamente a uno de los reservados, desde donde encargaron las bebidas. No se puede decir que estuviera abarrotado, pero sí había bastante gente, tanto tomando algo como bailando, lo cual me sorprendió, ya que no imaginé que tuviera pista de baile.

—¿Qué os apetece tomar? —nos preguntó Donovan a Thais y a mí, mientras miraba la pantalla desde la que se hacían los pedidos. Ya había encargado su copa y la de Tyler.

—Para nosotras, un *gin-tonic*, por favor —respondí, sabiendo que mi amiga solía pedir lo mismo que yo.

—Estás completamente distinta a como te veo en la oficina. Pero no me malinterpretes, no digo que te vea mejor ni peor —me susurró al oído, mientras su amigo entablaba conversación con Thais. Estaba ansioso por saberlo todo sobre su trabajo, y ella, apasionada como era por las finanzas, no dudó en contárselo con lujo de detalles.

—Bueno… no sé si tomarme eso como un cumplido o como todo lo contrario —le dije, visiblemente nerviosa, para qué engañarnos.

—Como un cumplido, siempre. Debes saber que, cada vez que me dirija a ti, será para alabarte… al menos en lo personal. En lo laboral, ya es otro cantar —añadió, mientras deslizaba su mano por mi espalda. Ese gesto me gustaba tanto como me inquietaba. Lo quisiera o no, era mi jefe, y mi futuro profesional dependía, en parte, de él.

Estuvimos hablando casi una hora. Me explicó lo que había ocurrido con Johnson, que yo no había sido la única a la que había acosado sexualmente en el trabajo, por lo que lo había despedido sin contemplaciones. No quería que la empresa se viera envuelta en un escándalo de ese tipo, así que cortó por lo sano.

Estaba nerviosa, no lo voy a negar, pero también cómoda a su lado. Supongo que eso era lo que pretendía: generar cierta confianza antes de que el lunes comenzáramos a trabajar codo a codo. Eso era lo que pensaba… hasta que me dejó completamente descolocada.

—Donovan, yo me marcho ya. Me esperan en el club —dijo Tyler, levantándose tras mirar el reloj y dejándome con la palabra en la boca.

—Sí, yo también me voy contigo. No es que haya quedado con nadie a una hora concreta, pero seguro que hay alguien allí con quien me pueda unir —respondió Donovan, mientras Thais y yo nos mirábamos confundidas. ¿Qué querían decir con eso?

—Si no has quedado con nadie, podemos acompañarte —se ofreció Thais, o más bien ofreció nuestra compañía. Pero en cuanto lo dijo, noté cómo Tyler se tensaba, así que intervine antes de que Donovan se sintiera obligado a aceptar. No tenía ni idea de a qué club se referían, pero estaba claro que, al menos mi jefe, no nos quería cerca.

—Déjalo, Thais. Ellos ya tienen compañía, y seguramente mucho más interesante que nosotras. Así que levanta y vámonos a la discoteca a la que teníamos pensado ir. Seguro que también encontramos a alguien con quien terminar la noche. Señores, buenas noches y que se diviertan. —Me despedí, tomando la mano de mi amiga y saliendo del reservado incluso antes que ellos, sin dar opción a réplica.

Me había cabreado mucho por su actitud. Si no tenían intención de terminar la noche con nosotras —y no me refería a lo que estáis pensando, solo a que nos dejaran en casa al terminar—, lo mejor habría sido que ni se acercaran.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué has salido de ahí como un toro de Miura? —me preguntó Thais, cuando íbamos caminando por la calle, en dirección a la discoteca a la que teníamos pensado acudir.

—¿No te has dado cuenta? Entonces, perdona que te lo diga, pero eres más cortita de lo que pensaba. Fuimos su entretenimiento hasta que llegó la hora de su verdadero plan. Y cuando ya no les servíamos… nos despacharon —le solté, llena de rabia.

—No hace falta que me insultes, pero te lo paso porque sé que estás cabreadísima.

—Y no te equivocas. Aun así, tienes razón. No tendría que haberte contestado de ese modo, lo siento.

—Mira, chica, al menos míralo por el lado bueno: no hemos gastado ni un centavo en toda la noche. Y a esos dos… que les den —dijo, como siempre buscando el lado positivo de cada situación, lo que me hizo soltar una carcajada. No pude evitarlo. Thais era única.

Entramos en la discoteca. Yo estaba decidida a conocer a alguien que me quitara de la cabeza a mi jefe, aunque solo fuera por una noche. A simple vista, no encontraba a nadie interesante, todo lo contrario de Thais, que ya tenía fichados a dos o tres.

Dejamos los abrigos y complementos en el guardarropa y nos lanzamos a la pista. No nos apetecía beber más: entre el vino de la cena y la copa del local anterior, ya íbamos bastante achispadas.

En un momento de la noche, sentí que alguien me observaba. Y así era: un hombre, bastante guapo, no me quitaba los ojos de encima. Le sonreí, y él me devolvió la sonrisa. Se acercó a mí cuando vio que no me había sentado

mal que me mirara, y empecé a ponerme nerviosa. Quería terminar la noche por todo lo alto, lo necesitaba. Pero hacía mucho tiempo que no estaba con un hombre, y eso me inquietaba.

—Hola, preciosa. Soy Jack. ¿Te invito a una copa? —me dijo al oído, la única forma posible de hacerse entender con la música a ese volumen.

—Hola, guapo. Soy Norah. Y encantada, te la acepto… ya estoy empezando a quedarme seca —contesté, mientras él rodeaba mi cintura con una mano y me guiaba a la barra.

Pidió una cerveza para él y un refresco para mí. Me negaba a beber más alcohol. Hacía mil años que no salía, y no quería que el sábado me pasara factura. Thais estaba en un rincón, dándose el lote con uno de sus «habituales». Siempre decía que no quería exclusividad, pero ese hombre claramente la encendía.

Nos fuimos a la terraza de la discoteca y estuvimos un buen rato hablando, de todo y de nada: del trabajo, de la ciudad… hasta que fue directo al grano.

—Me gustas mucho, Norah. Desde que te vi entrar, no he podido apartar los ojos de ti. Me gustaría besarte —dijo, acariciándome la mejilla con el pulgar.

—¿Y qué te lo impide? —pregunté, con todo el descaro del mundo. Estaba harta de reprimir mis deseos, de actuar como se esperaba de mí. Necesitaba sentir, hoy, más que nunca.

Tras preguntarle eso, y con una sonrisa en los labios, me besó. ¡Y qué beso! En mi vida nadie me había hecho sentir algo así. Me pegó a su cuerpo, con una mano en mi trasero, haciéndome notar lo duro que estaba. No lo dudé ni un segundo.

—¿Nos vamos a mi casa? —pregunté, con la mente completamente nublada por el deseo. Por un momento, había sido capaz de quitarme a mi jefe de la cabeza, así como el mosqueo que llevaba por su actitud.

—Yo me voy contigo al fin del mundo, preciosa —contestó, entrelazando nuestros dedos para salir de allí.

Camino a la salida me crucé con Thais, que me guiñó un ojo. Ella también se iba con ese hombre que la encendía tanto, según sus palabras.

Llegamos a mi casa, y apenas crucé la puerta, me empotró contra la pared. Se agachó detrás de mí y subió mi vestido, deshaciéndose de él. La situación no me podía excitar más. Se pegó a mí, y empezó a tocarme los pechos mientras frotaba su miembro duro contra mi trasero.

Cuando se cansó de lamerme el cuello, me tomó de la barbilla y volvió a besarme con rudeza y pasión. Me dio la vuelta y me alzó por el trasero, haciendo que rodeara su cintura con las piernas, y frotó su dureza contra el centro de mi placer, provocándome un orgasmo que apenas pude contener. Para no gritar, besé su boca con la misma intensidad.

—¿Dónde está tu cuarto, belleza? —susurró, mientras mordisqueaba mi cuello y bajaba por el valle de mis pechos, dejándome casi sin poder articular palabra.

—Es la primera puerta del pasillo —le indiqué casi sin aliento.

Cuando llegamos a mi dormitorio, me recostó en la cama con delicadeza y se deshizo de mis botas y mis medias, dejándome tan solo con el conjunto de ropa interior: un tanga negro de encaje y un sujetador tipo *balconette*, que realzaba aún más mi generoso pecho. Luego se puso de pie y comenzó a desnudarse, rápido pero de forma sensual, sin apartar la mirada de mí, con ese rostro cargado de deseo que no hacía más que encenderme aún más —si es que eso era posible.

—Esos pechos me están volviendo loco, igual que tu trasero. Esta noche pienso darme un festín con ambos —me dijo justo antes de lanzarse sobre uno de mis pechos, que lamió y mordió por encima del sujetador. Yo misma llevé las manos a mi espalda y me lo desabroché; quería sentir su lengua sin tela de por medio. Aquello pareció fascinarle, porque me bajó los tirantes y lo arrojó al suelo, para volver a hacer lo mismo, pero ahora sin barreras.

Mientras lo hacía, sus dedos comenzaron a pasearse por mis labios vaginales, provocándome un placer que hacía mucho no sentía, hasta que me penetró con dos de ellos, haciéndome arquear la espalda y mover las caderas en busca de más.

Sin más preámbulos, se puso un preservativo y me penetró de una sola embestida, fuerte y profunda, llegando al fondo de mi vagina con una

facilidad que me dejó sin aliento. Ni siquiera me había dado cuenta de cuándo se había deshecho de mi tanga; el placer me tenía completamente nublada.

Cuando se cansó de esa postura, me colocó de rodillas en la cama, apoyando mi cuerpo sobre los codos y dejando mi trasero a su altura. Mientras me penetraba de esa forma, comenzó a estimular esa otra entrada que, aunque no era la primera vez que exploraban, sí hacía mucho tiempo que no era tocada, y que, sin embargo, me proporcionaba un placer inmenso.

Me lanzó una mirada, preguntando en silencio si podía continuar, y yo asentí con la cabeza, deseosa de que lo hiciera. Lo hizo de forma completamente opuesta a como me había penetrado vaginalmente: lenta, cuidadosa, quizás para evitar hacerme daño… o tal vez porque disfrutaba saboreando cada movimiento. Casi me muero de placer, sobre todo cuando, al mismo tiempo, sus dedos comenzaron a acariciar el interior de mi vagina.

Fue entonces cuando ambos alcanzamos el clímax, un estallido tan intenso que no pudimos evitar gritar, tras el cual caímos, exhaustos, rendidos sobre mi cama.

—Joder, si llego a saber que iba a ser así, me habría acercado antes a ti —dijo, dejando un beso en mis labios mientras se quitaba el preservativo.

—Tengo que reconocer que ha sido espectacular —dije, y fui al baño a darme una ducha. Él me siguió… y dejamos que la pasión se desatara de nuevo, antes de caer dormidos, desnudos, en mi cama.

Capítulo 7



Norah

Me desperté y Jack ya no estaba a mi lado. No hubo despedida, ni una nota, nada de nada. Y no es que esperara lo contrario, ni mucho menos, porque ambos sabíamos lo que había significado esa noche para los dos. Así que me levanté, me di una ducha ligera y me puse ropa cómoda para estar en casa. Solo sabía su nombre y a qué se dedicaba; ningún apellido, ningún dato más. Lo mismo que él sabía de mí: cómo me llamaba y que era licenciada en Márquetin y Publicidad. Aunque quisiera buscarlo, no sabría por dónde empezar. Así que descarté la idea. Había sido un polvo de una noche —magnífico, por cierto—, pero nada más que eso.

Con música de fondo, me dispuse a limpiar y a preparar la comida, cuando de repente sonó el timbre. Fui a abrir la puerta y me encontré con quien menos esperaba: mi jefe. Y tengo que admitir que, si ya llamaba la atención con su traje de chaqueta, vestido de manera informal, estaba para gritarle.

—Señor Harper, ¿qué hace usted aquí? —le pregunté, completamente desconcertada por su presencia.

—Solo venía a comunicarle que el próximo lunes tendremos una reunión importante, así que necesito que esté en la oficina antes de su horario habitual. He intentado llamarla por teléfono, pero aparece como apagado —me dijo, sin entrar, en parte porque yo tampoco lo había invitado.

—Se habrá quedado sin batería, ahora lo cargaré —le respondí, aún sin apartarme de la puerta. Hasta que me di cuenta de que no lo había invitado a entrar—. Disculpe, ¿quiere pasar?

—No hace falta, no te preocupes. Me voy, que me están esperando. Nos vemos el lunes, señorita Walker —dijo, dándose la vuelta y tomando el ascensor.

Cerré la puerta aún sin creerme lo que acababa de pasar. No tenía sentido. Podía haberme llamado más tarde o incluso mandado un correo electrónico. Su presencia me había dejado aturdida de nuevo, y eso me cabreaba. Justo cuando, por fin, había logrado quitármelo de la cabeza —gracias, en parte, a la noche con Jack—, él reaparecía y sacudía todos mis cimientos.

Fui al dormitorio, donde tenía el bolso, y busqué el móvil. Efectivamente, estaba sin batería. Lo enchufé, esperé a que cargara un poco y lo encendí. Tenía tres llamadas perdidas de un número desconocido —supuse que era él —, que guardé como contacto, y dos llamadas de Thais. Como lo de mi jefe ya estaba resuelto, decidí llamar a mi amiga para saber el motivo de sus llamadas.

—¡Asquerosa! Llevo un rato llamándote. ¿Todavía estabas dándole al mambo? —Fue lo primero que me dijo al contestar la llamada, provocándome una de esas carcajadas tan típicas con ella.

—¿Qué mambo ni mambo? El móvil se me quedó sin batería anoche. ¿Qué pasa? —le expliqué y pregunté para que me había estado llamando.

—¿Te apetece que comamos juntas?

—Sí, pero en mi casa. Pedimos lo que sea, lo que más te apetezca, que sabes que yo no tengo problemas con la comida. Y pasamos una tarde de pelis y chuches, que con el día que hace no me apetece salir. —Había empezado a llover y hacía muchísimo frío.

—Perfecto, pero espero que tengas chuches para parar un tren, porque lo que tengo que contarte es muy fuerte. Necesitaré azúcar y tu ayuda para tomar una decisión —dijo, y su tono cambió de pronto, volviéndose un tanto melancólico e inseguro.

—Tengo la despensa llena, así que por eso no hay problema. Vente para mi casa y, desde aquí, buscamos el restaurante para pedir la comida.

—No, hoy no quiero comida de restaurante. Lo que quiero es una hamburguesa grasienta, enorme, con todo lo que se le pueda echar encima y entre los panes. Y patatas fritas, muchas. Y un refresco gigante. No quiero tomar decisiones con el alcohol corriendo por mis venas, que luego me

arrepiento —me contestó. Supe entonces que pasaría por su hamburguesería favorita antes de llegar.

—Por mí, perfecto. Pero asegúrate de que la mía no lleve queso, que ya sabes cómo me sienta —le advertí, porque siempre se le olvidaba—. Aquí te espero.

Si ella tenía algo fuerte que contarme, lo mío tampoco se quedaba corto. Cuando le contara mi experiencia con Jack y la visita absurda de mi jefe para decirme una chorrada que podría haberme dicho por teléfono, más tarde, cuando estuviera operativo, se iba a caer de culo.

Me entretuve poniendo unas olivas en un cuenco, junto a varias gominolas y frutos secos, para tenerlo todo listo después de comer. Me faltaban las patatas chip, pero esas no quería ponerlas hasta que no fuéramos a comerlas, que luego se ponían un poco revenidas y me daban mucho asco.

—¡Ya estoy aquí! —dijo al abrir la puerta con su llave. Ella tenía copia de mi casa, y yo de la suya, por lo que pudiera pasar—. Y mira lo que traigo. —Levantó una enorme bolsa de papel con el logo de su hamburguesería favorita.

—¡Toma ya! El almuerzo de hoy va directo a las arterias. Si después de esto no nos sube el colesterol, es que somos indestructibles —le dije, y ambas nos echamos a reír.

Nos sentamos a la mesa, que ya estaba puesta, y mientras comíamos, ninguna dejaba de mirar a la otra, pero tampoco nos atrevíamos a empezar la conversación. Hasta que la curiosidad y las ganas de contarlo pudieron más.

—Te veo muy contenta hoy, ¿tienes algo que contarme? —me preguntó, justo antes de darle un enorme bocado a su hamburguesa.

—Una noche fantástica con un hombre de los pies a la cabeza. No te puedes imaginar cómo es Jack.

—Uy, como el del anuncio de nuestras madres. Ya te veo encima de una moto, con un mono de cuero, gritando: «Busco a Jack» —soltó, y no pude reprimir una carcajada.

— Pues me iba a volver loca buscándolo, hasta sin gasolina me iba a quedar, porque solo sé su nombre y a qué se dedica. Imagínate cuánta gente habrá en la ciudad, que se llame igual y se dedique a lo mismo —dije sin poder parar de reír—. Pero eso no es lo mejor. Esta mañana ha venido mi jefe a casa. Con la excusa de que me había llamado y el número aparecía como apagado, se ha presentado aquí para decirme que el lunes tengo que ir una hora antes por una reunión.

—Ese hombre está loquito por tus huesos, hazme caso. Ha aprovechado esa tontería como pretexto para venir hasta aquí. Como bien dijiste, podría haberte llamado más tarde o mandado un correo. Todavía estamos a sábado —dijo, y me dejó con la boca abierta con esas primeras palabras.

—Venga ya, Thais. Ese hombre puede tener a cualquier mujer. Y además, si hubiera querido algo conmigo, se habría insinuado anoche, pero prefirió dejarme tirada porque había quedado en el club. No fui más que un mero entretenimiento —le solté, y es que me había dolido mucho lo que había hecho. Y para cambiar de tema, le pregunté—: ¿Y tú? ¿Me vas a contar ya qué es eso tan fuerte que tenías que decirme?

—Se trata de Luke. el hombre con el que me he estado viendo últimamente, con el que no tenía ningún compromiso… Me ha pedido exclusividad, y no sé qué hacer —me dijo mientras nos acomodábamos en el sofá, con una mantita sobre las piernas y la mesa llena de porquerías.

—Solo te voy a hacer una pregunta, pero contéstame con sinceridad. ¿Te has acostado con alguien más mientras estabas con él?

—No. Y tú lo sabes. Si hubiera sido así, te lo habría contado —respondió, mientras retorcía la manta con las manos.

—Entonces, ¿cuál es el problema? Si ya hay exclusividad en el sexo, ¿qué importa que él lo sepa?

—Me da miedo. Me aterra enamorarme de él y que luego descubra que no soy lo que busca. Hasta ahora solo nos veíamos en la discoteca o donde coincidíamos, y si a ambos nos apetecía, teníamos sexo. Nada más. Lo que él me propone es algo serio… y eso me asusta —dijo, visiblemente nerviosa.

—Thais, ya estás enamorada, aunque no lo admitas. Si no lo estuvieras, habrías estado con otros, y no lo has hecho. No pienses en negativo. ¿Y si tú eres la mujer de su vida y lo descubre gracias a esto? ¿Y si tú también te das cuenta de que es el hombre de tus sueños y lo pierdes por miedo? No seas tonta. No dejes pasar la oportunidad de descubrirlo por miedo a sufrir. ¿Acaso no estás sufriendo ya por no hacerlo?

—Tienes razón. Lo voy a llamar, y le voy a decir que quedemos, necesito decírselo cara a cara, mostrarle mis miedos y que él me los disipe, no solo con palabras, sino también con gestos —dijo, levantándose para coger el móvil y hacer esa llamada.

Mientras ella hablaba, yo me puse a pensar en todo lo que me había dicho Thais con respecto a mi jefe, llegando a la conclusión de que no podía ser cierto. Si lo fuera, habría actuado de otra manera. No quise darle más vueltas.

—¿Has podido hablar con él? —le pregunté, aunque su expresión ya me lo decía todo.

— Sí, hemos quedado esta noche para cenar en su casa. Dice que prefiere que estemos a solas, para poder hablar tranquilos de todo. Me ha dicho que está dispuesto a poner todas las cartas sobre la mesa y que espera que yo haga lo mismo; que no podemos empezar una relación con miedos y desconfianza.

»¡Una relación! Eso sí que no me lo esperaba, la verdad… pero yo también quiero intentarlo. Así que, si me disculpas, me voy a mi casa a ducharme y arreglarme en condiciones. Esta vez quiero que se dé cuenta de

que lo he hecho solo por él —me dijo, y yo le hice un gesto con la mano, dándole a entender que ya estaba tardando en hacerlo.

Cuando se fue y me quedé sola, mi mente no paraba de darle vueltas al mismo tema… una y otra vez… hasta que me quedé dormida en el sofá.

Capítulo 8



Tyler

—Definitivamente, eres un imbécil, amigo —me dijo Donovan, justo cuando las vimos salir del local de copas.

—¿Y según tú, por qué soy imbécil? —le pregunté, bastante enfadado. No por el comentario que había hecho mi amigo, sino por el hecho de que mi marcha le hubiera molestado a Norah, ni que hubiera nada entre nosotros o fuéramos pareja o algo.

—Esa mujer te gusta, y mucho, por lo que he podido ver. Pero tú decides dejarla marchar —bastante molesta, por cierto—, ¿para qué? Para irte al club con alguien que ya no te atrae, solo por echar un polvo vacío, que es lo único que buscas en ese sitio —me soltó. Y entonces sí, me molesté. Esta vez, por su comentario.

—No te equivoques. Esa mujer me gusta para lo mismo que las demás: hasta que me canse o me aburra. Si lo que pretendes decirme es que estoy enamorado, vas muy mal encaminado. Ahora, si no te importa, me voy al

club. Si quieres venir, perfecto. Si no, hasta mañana, a la hora de comer —le solté, saliendo del reservado rumbo a la calle, donde tomé un taxi directo al club.

Al salir, volví a verlas. Se dirigían a una discoteca que estaba muy de moda. Mi primera intención fue seguirlas, pero luego decidí que no: si la había dejado marchar para seguir con mis planes iniciales, eso era lo que haría. Así que paré un taxi y me marché. Ni siquiera esperé a Donovan; me daba igual si venía o no.

—Buenas noches, señor Harper —me saludó el portero del local, con quien tenía bastante confianza desde la apertura, aunque siempre guardaba las formas frente a todo el mundo.

—Buenas noches, Harry —respondí, mientras él abría la puerta para dejarme paso.

El interior estaba como en todas las noches anteriores en las que había acudido: en semipenumbra, con música tenue y la gente reunida en corrillos o en pareja, decidiendo a qué sala ir y con quién. Me acerqué a la barra de la zona principal y pedí un *whisky*. Aún no tenía claro lo que iba a hacer; lo único que sabía era que necesitaba desfogarme, y hacerlo a lo grande. Primero, para sacarme de la cabeza a esa morena; y segundo, para no pensar en lo que el cerdo de Johnson podría haberle hecho. Eso me recordó que debía hablar con el dueño antes de marcharme, pero lo primero era lo primero, así que comencé a echar un vistazo, buscando alguna mujer que llamara mi atención.

—Hombre, si está aquí mi amo favorito —dijo Margot, insinuante. Era una mujer espectacular, a la que estoy seguro de que ningún hombre se atrevería a rechazar, pero era todo lo opuesto a Norah, físicamente hablando, así que no me servía para esta noche.

—Buenas noches, Margot. No quiero que te lo tomes a mal, pero esta noche busco algo distinto. Estoy completamente seguro de que encontrarás a un compañero de cama que esté a tu altura, algo que yo no estoy ahora mismo —le dije, amablemente, intentando que no se sintiera ofendida, y lo conseguí.

—No te preocupes, cariño. Ya tengo a alguien esperando. Solo me he acercado para ver si te gustaría unirte a nosotros —dijo, dejando un beso breve en mis labios.

Seguí observando hasta que la vi. Esa mujer era tan parecida a Norah que estaría dispuesto a cualquier cosa por tenerla en mi sala, en mi cama y a mi merced. No lo dudé, me levanté de mi asiento y me fui hasta donde estaba ella, muy decidido.

—Buenas noches. ¿Eres nueva por aquí? No te había visto. Mi nombre es Tyler, aunque en la cama prefiero que me llamen señor Harper. Eso, siempre y cuando yo te permita hacerlo, por supuesto —le dije, dándole un beso en la mejilla.

—Buenas noches, señor Harper. Yo soy Samie, y estoy dispuesta a seguir sus órdenes al pie de la letra —respondió, bajando la cabeza y devolviéndome el beso.

No hubo más palabras. La tomé de la mano y la llevé a mi sala habitual, donde nadie entraba, salvo yo y mis acompañantes. Todo lo que había dentro era de uso exclusivo, y aunque el club se encargaba de su mantenimiento y limpieza, yo cubría esos gastos de mi propio bolsillo. Cuando me hice socio, hablé con el dueño y establecimos ese acuerdo. Por eso, solo él y yo teníamos las llaves de esa habitación.

Samie llevaba un vestido de lo más sensual. Me senté en mi butaca —esa que había colocado para este tipo de situaciones— y, con un gesto, le indiqué que se desnudara, mientras yo permanecía completamente vestido. Una de mis reglas era no besar en la boca a ninguna de ellas; consideraba eso demasiado íntimo, reservado solo para mis verdaderas parejas. Ninguna de estas mujeres lo era, y se lo dejé claro desde el primer momento. Las demás ya lo sabían, pero ella, al no haber estado nunca conmigo, desconocía ese detalle.

Una vez que comprendió las normas y estuvo completamente desnuda, le indiqué que se tumbara en la cama. Le abrí las piernas y me lancé a su sexo, recorriéndolo con una lamida de abajo hacia arriba, lo que le provocó un grito de placer. Una sola mirada bastó para que entendiera que no permitiría ese tipo de reacciones sin mi consentimiento, así que bajó la cabeza y reprimió sus gemidos como pudo.

—La próxima vez que me desobedezcas, habrá consecuencias —le advertí, muy serio.

—Sí, señor Harper —respondió, sumisa. Eso me hizo sonreír.

—Así me gusta —dije, mientras una de mis manos se apoderaba de su pecho, que luego llevé a mi boca, succionando y mordisqueando.

A continuación, me levanté para buscar uno de los vibradores que solía usar con mis chicas. Por supuesto, lo cambiaba cada vez que terminaba una sesión, aunque siempre utilizaba el mismo modelo: uno que, aparte de tener la parte que se introducía en la vagina, tenía otro apéndice que servía como succionador de clítoris.

Mientras ella disfrutaba del vibrador, esforzándose por resistir el placer, comencé a desvestirme lentamente. Una vez completamente desnudo, me arrodillé a la altura de su rostro y le acerqué mi miembro a la boca. No fue necesario decir nada para que entendiera lo que quería. Samie se incorporó ligeramente, lo tomó entre sus dedos y lo lamió desde la base hasta la punta, y de vuelta, dibujando círculos con su lengua sobre el glande.

—Tienes mi permiso para correrte —le dije. Aunque me habría gustado llevarla más al límite, sabía que no lo lograría; no era una sumisa auténtica, por mucho que intentara aparentarlo. Seguramente se había fijado en mí y, al saber cómo me gustaba el sexo, había querido simular lo que no era, solo para llegar a tenerme donde me tenía.

La verdad, me daba igual. Porque, por más que la mirara, era a Norah a quien veía. Cerraba los ojos y me imaginaba que era su lengua, su boca, las que me proporcionaban el placer que estaba sintiendo.

—Gracias, señor Harper —musitó, casi sin aliento, justo antes de gritar su orgasmo.

Saqué mi miembro de su boca y la coloqué con las rodillas apoyadas en el colchón, las manos estiradas por encima de la cabeza. La penetré de espaldas, con una embestida fuerte. Su cabello suelto caía sobre su espalda, y no tuve ni que cerrar los ojos: parecía Norah. Grité su nombre al correrme, sin el menor reparo, aunque noté cómo la chica me miraba con una mezcla de sorpresa y pena.

¿De verdad pensaba que iba a gritar su nombre en pleno orgasmo? Había que ser muy ingenua para creer eso, sobre todo si alguien del club le había hablado de mí, que era lo más probable.

—Me llamo Samie, señor Harper —dijo, seria y molesta.

—¿Y qué? ¿Crees que me importa? Porque déjame decirte que no es así. Me acuesto con quien me da la gana y me corro pensando en quién me place. ¿Te ha quedado claro? —le solté. Si ella se había molestado por no oír su nombre, yo lo estaba aún más por la forma en que me lo había reclamado.

Agachó la cabeza y esperó a que le dijera qué hacer, pero a mí ya se me habían quitado las ganas de continuar. Tenía que darle la razón a Donovan: me sentía vacío. Aun así, no pensaba cambiar mi vida por nada ni por nadie. Simplemente, esa noche no había encontrado a la mujer capaz de satisfacerme. Quizás debería haber aceptado la invitación de Margot. Sin duda, me había equivocado con esta chica, que era más activa que sumisa.

—Será mejor que te vayas. No quiero nada más —le dije, sin ni siquiera dirigirle una mirada.

—Pero, señor Harper, yo…

—¿Eres sorda? ¡Te he dicho que te largues, que me dejes solo! —le grité, aunque ella no tenía la culpa de nada. Toda era mía. Si me hubiera quedado con Norah, quizá —y solo quizá— ahora estaría entre sus piernas. Y pensar en eso me cabreó como nadie imaginaba.

La vi vestirse y marcharse sin mirar atrás. Ni siquiera pasó por el baño, a pesar de que la habitación contaba con uno privado. Yo sí lo hice. Entré, me di una ducha lenta y reconfortante, y me vestí, dispuesto a salir y regresar a casa. Era lo mejor. Había venido al club para desahogarme y había conseguido justo lo contrario.

Cuando ya casi estaba saliendo, recordé lo de Johnson, así que di media vuelta y me dirigí al despacho del dueño del club.

—Adelante —respondió tras llamar a la puerta con los nudillos.

—Tyler, qué sorpresa. ¿Qué te trae por aquí?

—Buenas noches, Spencer. O mejor dicho, buenos días, que ya debe de estar amaneciendo —lo saludé, entrando al despacho y cerrando la puerta tras de mí—. Nada bueno, por cierto, es lo que me trae.

—Tú dirás. ¿Algún problema en el local?

—Por supuesto que no. Más bien fuera del local, aunque te afecta directamente. Se trata de Johnson. He tenido que despedirlo antes de verme envuelto en una demanda por acoso sexual a una empleada. En su rabia, me amenazó con contar lo que hacía aquí, y por lo que vi, no le importaría dar detalles sobre algunos clientes que han compartido cama conmigo.

»Como comprenderás, a mí me da igual lo que diga de mí, pero si suelta algo así, podría afectar al resto de socios y, por ende, a tu negocio. Y no me gustaría que eso ocurriera.

—No sabes cuánto te lo agradezco. Justamente llegó hace un rato. Estaré pendiente de él y, en cuanto lo vea salir, me acercaré para dejarle las cosas muy claras. Entre ellas, el contrato de confidencialidad que firmó cuando se hizo socio.

Salí de allí y decidí ir dando un paseo hasta mi casa. Me vendría bien despejarme. El aire frío de la mañana sería perfecto para eso.

Capítulo 9



Tyler

Llegué a mi casa con la intención de dormir, aunque fuera un rato, pero no podía quitarme de la cabeza a Norah. En ese mismo momento, sonó mi móvil. Pensando que era Donovan, me levanté para contestar, pero me llevé una sorpresa: no era él, sino un amigo y posible cliente.

—Buenos días, Tyler. Siento llamarte tan temprano, pero necesito tu ayuda —me dijo nada más escuchar mi voz al otro lado de la línea.

—No te preocupes, Jack, estaba despierto. ¿En qué puedo ayudarte? —respondí. Y era cierto. A pesar de estar en la cama, no había podido pegar ojo en todo el tiempo que llevaba allí.

— Verás, me gustaría contar con tu empresa para la publicidad de uno de los nuevos productos que vamos a lanzar al mercado. Lo que ocurre es que tiene que ser algo rápido, porque mi competencia va a publicitar el mismo producto en quince días. Así que, si no quiero parecer que voy a remolque,

tendría que anticiparme —me explicó. Entonces vi claro mi acercamiento a Norah: sin saberlo, me acababa de servir en bandeja la excusa perfecta.

—Tengo a la persona ideal para ello, no te preocupes. Eso sí, tendríamos que reunirnos el lunes a primerísima hora, porque luego tengo varias reuniones que no puedo aplazar ni cancelar.

—Dime una hora, y ahí estaré, en tu despacho, como un clavo.

—¿Te parece a las siete y media de la mañana? —le propuse. Norah, al igual que todos los empleados, no entraba a trabajar hasta las ocho y media, y no creía que me llevara más de media hora plantearle todo. Así tendría otra media para estar a solas con ella.

—Me parece perfecto. No sé cómo voy a agradecértelo —me dijo. Yo encontré las palabras adecuadas para destensar su voz, porque se notaba que estaba realmente jodido.

—La próxima vez que nos veamos en el club, me invitas a uniros a vosotros, y listo —le solté, provocando una carcajada. Sabía que no era precisamente de los que compartían a su pareja.

—Mejor te invito a un *whisky*. Lo dicho, Tyler, mil gracias. Nos vemos el lunes.

Colgué la llamada, pero me quedé con el teléfono en la mano, pensativo, sin saber si marcar su número o no. Lo primero que se preguntaría es de dónde lo había sacado, pero, aun así, lo hice: la llamé.

Cuando saltó la locución diciendo que el teléfono estaba apagado o fuera de cobertura, me desilusioné bastante. ¿Habría apagado el móvil porque estaba ocupada? ¿Estaría aún dormida? Tiré el teléfono a un lado de la cama. Lo intentaría más tarde e intenté dormir, sin conseguirlo.

Después de varios intentos con el mismo resultado, me levanté, me di una ducha para despejarme y me vestí. Estaba decidido: iría hasta su casa. Tenía que ver con mis propios ojos qué pasaba, porque si estaba con otro hombre, me iba a oír.

—Señor Harper, ¿qué hace usted aquí? —me dijo, totalmente desconcertada cuando me abrió la puerta. Por suerte para mí, la puerta de abajo estaba abierta cuando llegué porque justamente salía uno de sus vecinos, así que no tuve que llamar ni avisarla de mi llegada.

—Solo venía a comunicarle que el próximo lunes tendremos una reunión importante, así que necesito que esté en la oficina antes de su horario habitual. He intentado llamarla por teléfono, pero aparece como apagado —le respondí, sin pasar del rellano de la escalera.

No quería invadir su espacio. Por cómo la encontré, estaba seguro de que se encontraba sola, y eso me dio cierto alivio. No sabía qué me pasaba: la noche anterior me había molestado que se enfadara por mi marcha, y hoy era yo quien venía a comprobar si estaba con alguien más, como si fuera mi pareja o algo parecido.

—Se habrá quedado sin batería, ahora lo cargaré —respondió, sin apartarse de la puerta. No me molestó; no tenía derecho a invadir su intimidad. Pero parece que se dio cuenta de algo—. Disculpe, ¿quiere pasar?

—No hace falta, no te preocupes. Me voy, que me están esperando. Nos vemos el lunes, señorita Walker. —Me despedí de forma tan formal que ni yo me reconocía. Me estaba saboteando solo: daba un paso adelante y dos atrás, y todo era por mi forma de actuar.

Era cierto que me estaban esperando, pero se trataba de Donovan, y no hubiera pasado nada si llegaba media hora más tarde. Me habría esperado en el sofá, tomando algo al calor de la chimenea, porque aún hacía frío. Cuando me subí al coche, comenzaron a caer algunas gotas de lluvia, pero, a falta de diez minutos para llegar a mi propiedad, empezó a llover a cántaros. Terminé empapado desde el coche hasta la puerta de mi casa, a pesar de que no había más de dos o tres metros de distancia.

—Joder, macho, cámbiate o vas a coger una pulmonía —me dijo Donovan, tal y como había previsto, sentado en el sofá con una cerveza, al abrigo de la chimenea—. ¿De dónde vienes? Pensé que estarías durmiendo todavía.

—Voy a quitarme la ropa mojada y ahora te cuento —le dije, dirigiéndome a mi dormitorio. Metí la ropa en el cesto que había en el baño y me puse un pantalón de algodón y una sudadera calentita que usaba para estar en casa.

—¿Me vas a decir de dónde vienes hecho una sopa?

—De casa de Norah. Y no pongas esa cara: he ido por un tema profesional. Ni siquiera he pasado del umbral de su casa —le aclaré. Mi amigo era muy dado a inventarse películas, y ninguna tenía que ver con la realidad.

—¿Estuviste anoche en el club? Cuando salí, ya te habías ido, así que como no tenía ningún plan que me esperara allí, decidí irme a casa —me explicaba Donovan.

—Sí. Nada más salir, tomé un taxi y me fui. Aunque se me acercó Margot, no me fui con ella. Terminé en mi sala con una chica nueva, de la que ni recuerdo el nombre, y que no me satisfizo en absoluto. Quería pasar por mi cama y se inventó que era sumisa, pero de eso tenía lo mismo que yo de monje tibetano.

—No me jodas —dijo, partiéndose de la risa.

—Dejemos el tema. Tenemos mucho de qué hablar. Si fui a casa de la señorita Walker fue porque esta mañana me llamó Jack Turner. Tiene un problema con la competencia y necesita una campaña de publicidad muy agresiva. Lo he citado a las siete y media del lunes. Intenté decírselo a Norah por teléfono, pero lo tenía apagado. No tuve más remedio que ir hasta allí. Será ella quien se encargue de esa campaña.

—¿Estás seguro de dejársela a ella? Ya sabes cómo es «tiburón» Turner con las mujeres: donde pone el ojo, pone la bala, y Norah es su tipo por

completo —me advirtió Donovan. No había pensado en eso, aunque sabía que con él no trataría mucho. Casi todo sería conmigo.

—Estás empeñado en que me importa más de lo que en realidad lo hace. Además, con Turner apenas tendrá contacto. Solo le explicará el producto. El resto lo llevará conmigo, será una campaña secreta hasta que salga a la luz —expliqué. Donovan me miraba con una ceja levantada, como si no creyera nada.

—Si tú lo dices…

Nos pusimos a analizar a todos y cada uno de los empleados, intentando encontrar a la persona idónea para sustituir a Johnson, pero a todos les encontrábamos algún «pero». La única persona en la que coincidíamos era Norah, pero no la quería en ese puesto; la quería trabajando mano a mano conmigo. Tras más de dos horas de deliberación, finalmente nos decidimos por Mark Twain. Era una persona comprometida con su trabajo, íntegra, amable y, además, gay, lo cual nos aseguraba que no habría ningún tipo de problema, ni personal, ni laboral.

Cuando quisimos darnos cuenta, ya eran más de las tres de la tarde, así que llamamos a nuestro restaurante japonés favorito. Me moría por comerme un buen *sushi*, además del ramen, que me encantaba. Mientras esperábamos la comida, nos servimos una copa de vino y, junto a la chimenea, comenzamos a hablar del tema familiar.

La hermana de Donovan, Lindsey, se había separado hacía unos meses, pero no lograba levantar cabeza. Había sido un golpe muy duro para ella, ya

que no se esperaba encontrar a su marido en la cama con otro hombre. Por eso había decidido marcharse de viaje durante un tiempo. Estaba a punto de regresar y tendría que enfrentarse al hecho de que su exmarido aún no se había marchado de la casa.

Sus padres vivían fuera del país, más concretamente en el sur de España. Estuvieron de viaje por allí, se enamoraron del pueblo que visitaron y, como ya estaban jubilados, decidieron comprarse una casita y quedarse a vivir. Solo de vez en cuando venían a ver a sus hijos; generalmente, eran ellos quienes los visitaban cuando viajaban a Europa por motivos laborales o personales, como fue el caso de Lindsey, que hizo una parada de unos días en España.

Por mi parte, yo tan solo tenía un hermano, totalmente opuesto a mí en todos los sentidos. Era campeón de surf y vivía dando vueltas por el mundo, aunque su residencia estaba fijada en Florida. Sin embargo, pocas veces estaba en casa. Hacía varios años que no nos veíamos, y es que cada uno tenía su vida encauzada de forma muy distinta, por lo que era difícil coincidir. En Navidad o en los cumpleaños solíamos hacernos una llamada para felicitarnos, algún que otro regalo, y poco más. No necesitábamos del otro para ser felices, y en cierto modo lo agradecía, porque no quería a nadie cerca que se inmiscuyera en mi vida.

Cuando llegó la comida, pusimos la mesa que tenía frente a la chimenea, a los pies del sofá. Era una mesa de té, pero nos dio igual; estábamos muy calentitos allí, mientras afuera diluviaba. La tarde se había puesto demasiado fea para salir, por eso le comenté a Donovan que no debería marcharse.

—Fíjate cómo está la tarde. Deberías quedarte, si no quieres salir en canoa —le dije a Donovan, que me miró sonriente.

—Di la verdad: no quieres que me vaya porque te vas a aburrir como una ostra, y prefieres que me quede para jugar una partida de ajedrez.

—No lo había pensado, pero no te diré que no. Este día es perfecto para eso… y para ver una película de esas que nos gustan a nosotros —le dije. Y esta vez, el que sonrió fui yo. Tenerlo cerca me hacía bien. Evitaba que pensara en cierta morena que me estaba volviendo loco.

Capítulo 10



Norah

A pesar de que me había dicho que estuviera en la oficina a las siete y media de la mañana, siempre me gustaba llegar un poco antes. Por eso, eran las siete y cuarto cuando estaba entrando por la puerta del edificio.

—Buenos días, señorita Walker —me dijo el hombre de seguridad, que conocía el nombre de todos los trabajadores de la empresa. Tenía unos cincuenta años, pero muy bien llevados, y era bastante atractivo para su edad.

—Buenos días, señor Smith —le respondí sonriente, tal y como él me había recibido.

—El señor Harper acaba de subir hace unos instantes.

—Gracias por la información —le contesté, guiñándole un ojo. Tomé el ascensor, dejándolo en la puerta con una sonrisa.

Cuando llegué a la planta correspondiente, y ante la idea de tener a mi jefe delante, empezaron a temblarme las piernas. Tuve que aligerar el paso: cuanto antes llegara, antes podría sentarme. Llamé a la puerta de su despacho, que estaba entreabierta, y me dio paso al interior.

—Buenos días, señor Harper. Ya estoy aquí para la reunión —dije, bajando el tono de voz, como siempre me pasaba cuando estaba en su presencia.

—Buenos días, señorita Walker. Empezaremos en cuanto el señor Turner llegue. Mientras tanto, le iré adelantando el proyecto que tenemos entre manos —me dijo, y yo asentí con la cabeza, incapaz de pronunciar una palabra más—.

»La empresa de Turner tiene una fuerte competidora. Ambos tienen un producto en común, que la otra compañía pretende lanzar dentro de quince días. Por lo tanto, necesitaremos una campaña bastante agresiva que se pueda lanzar en siete días como máximo, para que no parezca que vamos a remolque de la competencia.

—Pero eso es muy poco tiempo, señor Harper. No sé si seré capaz de hacer algo medianamente decente en ese plazo —le respondí, y recibí una mirada que me dejó más temblorosa de lo que ya estaba.

—¿Me está diciendo que no va a ser capaz de hacer su trabajo, señorita Walker? Porque si es eso lo que está insinuando, ya está tardando en recoger sus cosas y marcharse de esta oficina —me dijo, dejándome inquieta y con la cabeza gacha. Aun así, me atreví a responderle.

—No he dicho que no sea capaz, sino que tengo muy poco tiempo para ponerlo en marcha —dije a media voz, cuando, de pronto, se abrió la puerta y entró la última persona a la que me esperaba encontrar.

—Buenos días, Tyler. Eres puntual como un reloj suizo —dijo, acercándose a él sin reparar en mi presencia.

—Buenos días, pasa, por favor, te estábamos esperando. Señorita Walker, él es el señor Turner, y ella es la persona que se va a encargar de tu proyecto —dijo mi jefe, pero cuando vio la forma en que su amigo me miraba, su rostro mudó a uno de desconcierto.

—¿Norah? ¿Eres tú? —me preguntó. Asentí con una sonrisa y me levanté para saludarlo.

—Buenos días, Jack. Qué alegría volver a verte —le dije, mientras me tomaba por la cintura para darme un beso en la mejilla.

—Señorita Walker, no voy a consentir esa falta de profesionalidad en mi empresa. Le rogaría que se dirigiera a él como «señor Turner». No está usted en una cafetería para tomarse tantas confianzas. —Me llamó la atención de esa forma, dejándome cortada delante del que había sido mi compañero de cama.

—Lo siento, señor Harper. No volverá a suceder —dije, mientras Jack me miraba extrañado. Luego se dirigió a mi jefe:

—No creo que eso sea necesario. Nos conocemos bastante bien como para andar con formalismos.

—Es mi empresa y las normas las pongo yo. ¿Quieres que pongamos en marcha la campaña de tu producto? —le preguntó, y Jack asintió con la cabeza—. Pues entonces, será con mis reglas. Una vez que el trabajo esté terminado, y fuera de estas oficinas, podéis hacer lo que os dé la gana.

Durante un rato, Jack estuvo explicándome en qué consistía el producto sobre el que giraría la campaña, cuáles eran sus cualidades y a qué público iba dirigido. Mientras él hablaba, yo tomaba notas que me servirían para desarrollar la campaña que ya empezaba a imaginar.

—¿Será solo una campaña en papel o también audiovisual? —pregunté, cuando mi jefe me fulminó con la mirada.

—Eso lo veremos sobre la marcha —me contestó. No estaba de acuerdo con él, así que, envalentonada por la presencia de Jack, me atreví a replicarle.

—Discúlpeme, señor Harper, pero no podemos improvisar. No es lo mismo diseñar un anuncio para una marquesina o una revista que hacerlo para un medio audiovisual. Necesito saber todos los detalles para poder adaptarlo correctamente a todos los medios.

—Venga conmigo, señorita Walker. Discúlpanos un momento, Jack, enseguida volvemos —le dijo a su amigo, dándole un apretón en el hombro

al pasar junto a él. Me levanté y lo seguí. Abrió la puerta del despacho del señor Lennox, que todavía no había llegado a la oficina, y me hizo pasar.

—Que sea la primera y la última vez que me replica delante de un cliente. Como bien he dicho antes, esta es mi empresa y estas son mis normas. Si no está dispuesta a cumplirlas, con mucho gusto le firmaré ahora mismo su despido —me dijo, y salió de allí sin darme opción a réplica.

¿Cómo pretendía que hiciera bien mi trabajo si no dejaba de ponerme inconvenientes para poder realizarlo en condiciones? Respiré hondo, salí del despacho en el que habíamos estado y me dirigí al otro, donde ya se encontraba hablando con Jack.

—Pues eso es todo. Yo me marcho ya. En cuanto tengáis algo, me llamas y me lo haces saber —le dijo a mi jefe. Luego se volvió hacia mí—. Es un placer volver a verte, Norah. Ya sé dónde localizarte. Si no fuera por el ultimátum que me ha dado tu jefe y por el adelanto de la presentación de la competencia, no dudes que te invitaría esta misma noche a cenar, pero no pierdo la esperanza de que trabajes rápido y pueda hacerlo.

—Para mí también ha sido un placer volver a verle, señor Turner. Espero que esa cena se pueda celebrar pronto —respondí, manteniendo las formalidades, como me había exigido el señor Harper, pero dejándole claro a Jack que estaría encantada de ir a cenar con él.

—¿Se puede saber qué parte de «no coquetee con el señor Turner» es la que no ha entendido? —me gritó, haciendo que me volviera muy pequeñita

por un instante, pero en cuanto que me di cuenta de que no era un tema laboral, sino personal, me erguí sobre mí misma y le contesté.

—He mantenido las formas, tal y como usted me exigió, pero no voy a perder la oportunidad de seguir conociendo a un hombre tan interesante como el señor Turner, con quien pasé la noche del viernes, por si le interesa saberlo —le repliqué. Vi cómo su mirada se transformaba en pura ira.

—Me importa muy poco —por no decir absolutamente nada—, a quien meta usted en su cama o entre sus piernas. Lo que sí debería hacer es informarse sobre esa persona antes. ¿Acaso piensa que la va a convertir en su novia o en su esposa? —preguntó, soltando una carcajada irónica—. Porque si es así, va muy mal encaminada. Le aseguro que el viernes se acostó con usted, pero el sábado fue otra la que estuvo entre sus sábanas.

—¿Ahora también sabe lo que yo pienso o busco? Pues le diré que se equivoca por completo. No busco que me pongan un anillo en el dedo, nada más lejos de la realidad. ¿Acaso sabe usted si yo también estuve con otro hombre el sábado? Que fácil es juzgar a las personas sin conocerlas de nada —le dije y salí del despacho, chocándome con el señor Lennox. Ni lo saludé. Iba tan enfadada que lo veía todo rojo.

Bajé a mi despacho, respiré hondo para tranquilizarme, encendí el ordenador y fui a por una infusión de tila. La iba a necesitar si quería concentrarme en mi trabajo, ese que debía estar listo en tiempo récord y para todos los medios. Tenía claro que él me pondría todas las pegas posibles con tal de evitar que fuera a cenar con Jack, pero no iba a consentir que se metiera en mi vida privada, igual que yo no lo hacía con la suya. «Mi

vida privada se queda fuera de esas cuatro paredes del edificio», me dijo antes de invitarme a aquella copa. Pues la mía iba a tratarla del mismo modo, eso lo tenía claro.

A las cinco de la tarde, y con ayuda de la inteligencia artificial, que me permitió plasmar gráficamente todo lo que tenía en la cabeza y en mis bocetos, ya tenía cuatro propuestas totalmente distintas para presentarle al cliente. Antes, debían pasar por el filtro de mi jefe. Grabé todo en una memoria USB y me dirigí a su despacho.

—Norah, ahora mismo está ocupado —me dijo su secretaria, con una sonrisa entre pícara y divertida.

—¿Está con algún cliente? —pregunté. Si era lo que me imaginaba, iban a darle por saco, porque estaba dispuesta a arruinarle el plan.

—No que yo sepa. Es una mujer rubia la que ha venido a verlo, y me pidió que no lo interrumpieran a no ser que fuera algo urgente e importante —me dijo la secretaria, y esta vez fui yo quien sonrió.

—Pues esto lo es. Es una campaña que tiene que ver la luz en siete días, así que no puedo perder el tiempo —le dije, a la vez que ella se levantaba para marcharse, decía que prefería una bronca por no estar en su puesto a una por haberme dejado pasar.

Llamé con los nudillos, pero al no recibir respuesta, abrí la puerta. No vi a la rubia de inmediato, porque estaba debajo de la mesa, practicándole una felación. La sangre me hervía, pero lo disimulé como pude.

—Señor Harper, le traigo varias propuestas para la campaña del señor Turner —dije. Al levantar la cabeza y verme, su cara se puso roja como un tomate, mezcla de vergüenza e ira.

—¿No sabe llamar a la puerta? —me gritó, levantando a la rubia del suelo y subiéndose la cremallera del pantalón.

—He llamado, pero al parecer estaba usted muy ocupado para escucharme. Como no podemos perder el tiempo, tal y como me dijo esta mañana, necesito que me diga cuál de las propuestas le parece mejor para empezar a perfilar los detalles —respondí, sentándome en una de las sillas frente a su escritorio.

—¿Todavía no se ha dado cuenta de que estoy ocupado? ¿O es que le da morbo ver cómo otra mujer me hace una felación? ¿Es eso, señorita Walker? —me preguntó. No supe cómo responderle. Solo dejé la memoria USB sobre la mesa y me marché del despacho sin mirar atrás, o acabaría derrumbándome.

Capítulo 11



Tyler

Cuando vi la familiaridad con la que se trataban esos dos, noté cómo la sangre hervía en mis venas. Por eso, no dudé ni un solo instante en zanjar el tema de raíz.

—Pues eso es todo. Yo me marcho ya. En cuanto tengáis algo, me llamas y me lo haces saber. —Se despidió de mí. Pero, a pesar de lo que había dicho antes y de ver mi cara de enfado, no dudó ni un segundo en dedicarle unas palabras a ella—.

»Es un placer volver a verte, Norah. Ya sé dónde localizarte. Si no fuera por el ultimátum que me ha dado tu jefe y por el adelanto de la presentación de la competencia, no dudes que te invitaría esta misma noche a cenar, pero no pierdo la esperanza de que trabajes rápido y pueda hacerlo.

—Para mí también ha sido un placer volver a verle, señor Turner. Espero que esa cena se pueda celebrar pronto. —Fue su respuesta. Seguía tratándolo de usted, pero dejando claro que aceptaría esa invitación. No sé qué me pasaba con esa mujer, pero la iba a doblegar, sí o sí.

—¿Se puede saber qué parte de «no coquetee con el señor Turner» es la que no ha entendido?—pregunté, con un grito sonoro. Al ver su cara, pensé que me había pasado tres pueblos, pero en cuanto vi que se erguía para contestarme, supe que no. Incluso, quizás, me había quedado corto.

— He mantenido las formas, tal y como usted me exigió, pero no voy a perder la oportunidad de seguir conociendo a un hombre tan interesante como el señor Turner, con quien pasé la noche del viernes, por si le interesa saberlo —replicó, dándome detalles que no necesitaba saber. Lo único que logró fue incrementar mi ira.

—Me importa muy poco —por no decir absolutamente nada— a quien meta usted en su cama o entre sus piernas. Lo que sí debería hacer es informarse sobre esa persona antes. ¿Acaso piensa que la va a convertir en su novia o en su esposa? —pregunté, soltando una carcajada de lo más irónica, queriendo que supiera lo que le esperaba con ese hombre… que, por otro lado, era lo mismo a lo que podía aspirar conmigo, para ser sinceros—. Porque si es así, va muy mal encaminada. Le aseguro que el viernes se acostó con usted, pero el sábado fue otra la que estuvo entre sus sábanas.

—¿Ahora también sabe lo que yo pienso o busco? Pues le diré que se equivoca por completo. No busco que me pongan un anillo en el dedo, nada más lejos de la realidad. ¿Acaso sabe usted si yo también estuve con otro hombre el sábado? Que fácil es juzgar a las personas sin conocerlas de nada. —Fue su respuesta, antes de salir del despacho con un enfado a la

altura del mío. Chocó con Donovan y ni siquiera se disculpó, se limitó a seguir andando hasta el ascensor, donde se montó sin mirar atrás.

—¿Se puede saber qué ha pasado aquí? —preguntó mi mano derecha y amigo, con la ceja enarcada y conteniendo una sonrisa.

—Mejor no quieras saberlo. Si me lo hubieran dicho antes, le habría dado la campaña a otro empleado —le respondí, pasándome las manos por el pelo con desesperación.

—Me da la leve impresión de que te ha salido el tiro por la culata, amigo. ¿Estoy equivocado?

—Para nada. Resulta que el sábado, cuando se fueron del *pub* donde estábamos después de cenar, no sé cómo ni dónde, Norah conoció a Jack… y pasaron la noche juntos. He tenido que ver cómo coqueteaban delante de mis narices, y la sangre me hierve, amigo. Tengo un enfado de mil pares de narices —le respondí, suspirando por el agobio.

—Lo que yo te diga, Tyler: has jugado con fuego y vas a terminar quemándote. No debiste dejarla marchar aquel día, y ahora te estarías ahorrando este dolor de cabeza.

—¡Qué bien, tengo un amigo que es adivino! —le contesté con toda la ironía del mundo, mientras él levantaba los brazos, en señal de rendición.

—Mejor me voy. Solo había venido a saber cómo fue la reunión, pero casi que ni pregunto. Ya me enteraré mañana o pasado —dijo, saliendo del

despacho igual que había entrado.

Una vez solo, intenté concentrarme en el trabajo pendiente —que no era poco— para evadirme de lo que rondaba mi cabeza: la imagen de Norah y Jack enredados en una cama. Estaba cerrando una de las campañas cuando mi secretaria me avisó de que tenía una visita. No esperaba a nadie, así que no sabía quién podía ser. Aun así, le dije que le diera paso. Quizás fuera un nuevo cliente, y no quería parecer antipático.

—Hola, señor Harper —dijo una voz melosa al entrar. Una que reconocería entre miles, y que me venía estupendamente en este momento.

—Margot, ¿en qué puedo ayudarte? —pregunté casi con el mismo tono. No era normal que se presentara en mi despacho; de hecho, nunca lo había hecho, por eso su presencia me sorprendió.

—Pasaba por aquí y me dije: «¿Por qué no subir y desestresar al señor Harper?» —dijo, acercándose como un león acecha a su presa. Lo que no sabía ella es que esta presa, hoy, no pondría resistencia.

—Que nadie me moleste, salvo que sea algo urgente o grave —ordené por el interfono. Mi secretaria confirmó.

—Umm, veo que estamos en sintonía, ¿no crees? —dijo, arrodillándose y empujando mi silla hacia atrás, con acceso directo a mi miembro, que ya se encontraba erecto, anticipándose a lo que sabía que venía.

Margot abrió la cremallera de mi pantalón y, mientras me miraba lujuriosamente, metió la mano en mi bóxer, relamiéndose ante la gota preseminal en el glande, que lamió como si fuera su helado favorito.

Mientras lo acariciaba de arriba abajo, comenzó a lamerlo, provocándome un gruñido ahogado. Era la primera vez que practicaba sexo en mi despacho. Siempre había dicho que mi vida personal quedaba fuera de esas paredes. Pero hoy… hoy me daba igual todo. Lo necesitaba.

Estaba tan ensimismado que no oí cómo se abría la puerta.

—Señor Harper, le traigo varias propuestas para la campaña del señor Turner. —Escuché su voz. Al principio pensé que era una alucinación, pero cuando levanté la cabeza y la vi… me puse rojo de ira. Eso era lo último que quería que presenciara, más aún después de lo que le había dicho sobre mantener lo personal fuera del trabajo.

—¿No sabe llamar a la puerta? —grité, levantando a Margot del suelo para que viera que no estaba solo. Lo que me faltaba era que pensara que me estaba masturbando. No debía saber que estaba acompañado; si mi secretaria estuviera en su sitio, no la habría dejado pasar. Pero eso era otro tema.

—He llamado, pero al parecer estaba usted muy ocupado para escucharme. Como no podemos perder el tiempo, tal y como me dijo esta mañana, necesito que me diga cuál de las propuestas le parece mejor para empezar a perfilar los detalles —respondió, sentándose frente a mí, bajo la mirada divertida de Margot.

—¿Todavía no se ha dado cuenta de que estoy ocupado? ¿O es que le da morbo ver cómo otra mujer me hace una felación? ¿Es eso, señorita Walker? —pregunté, sabiendo que la enfurecería. Y así fue. Se levantó, dejó la memoria USB sobre la mesa y se marchó, con una mezcla de ira y decepción. Pero debía saber quién mandaba aquí: yo.

—¿Continuamos o me marcho? —preguntó Margot, divertida.

—Será mejor que te vayas. Mi empleada ha conseguido reducir mi libido a menos veinticinco, por lo menos —contesté, aunque no podía sacarme de la cabeza la mirada de decepción de Norah.

—Si me permites un consejo: no la dejes marchar. Has dado con una mujer que es tu horma del zapato. Tiene la capacidad de desafiarte justo lo suficiente como para hacerte sentir vivo, y, al mismo tiempo, sabe cuándo agachar la cabeza y mostrar sumisión.

»No vas a encontrar a nadie mejor que ella para complacerte, dentro y fuera del club. Además, es preciosa. Si algún día decides compartirla con otra mujer, no dudes en llamarme. Será un placer… nunca mejor dicho —me dijo Margot, antes de marcharse tal y como había llegado.

Realmente, fue un error intentar tener sexo en la oficina. Pasó lo que podía pasar, ni más ni menos.

Cogí la memoria USB que había dejado sobre la mesa y me puse a revisar todas las propuestas que había preparado. Sinceramente, cada una era mejor que la anterior, y no lograba decidirme por una sola. Por eso pensé en

llamar a Donovan para que me ayudara a elegir. Quería que, cuando se la presentáramos al señor Turner —me negaba a llamarlo Jack en ese momento—, fuera ya la definitiva.

—Aquí estoy, presto y veloz. ¿En qué puedo ayudarte? —preguntó al entrar en mi despacho, cuya puerta se encontraba abierta, ya que Margot, al salir, no la había cerrado.

—Primero, déjame que te cuente lo que ha sucedido hace unos minutos en este despacho —le dije, y me dispuse a contarle todo. Una carcajada brotó de lo más profundo de su pecho—. Pues no veo dónde está la gracia, la verdad —respondí, molesto.

—Ni la gracia ni nada. Últimamente, estás cegado con Norah. O espabilas, o verás cómo Jack Turner se alza con el trofeo —me dijo, sonriendo. Lo miré, sin entender a qué se refería—. Hasta Margot se ha dado cuenta de lo que sentís el uno por el otro, aunque lo neguéis por cabezotas.

—Yo no siento nada por ella, ni por ninguna otra. Es solo atracción sexual, sin más.

—Pues si es así, entonces no debería importarte que vaya a cenar o se acueste con Jack. Sabes que no es mal tipo. Si ambos buscan lo mismo, no debería afectarte para nada —me dijo. Pero os prometo que tan solo pensarlo, un escalofrío me recorrió la espalda.

—No me afecta a nivel personal. Lo único que no quiero es que interfiera en la relación laboral; lo demás me trae sin cuidado —le dije, intentando disimular mi malestar. Pero no coló: Donovan me miró con una ceja arqueada, dejándome claro que no me lo creía ni yo. Luego cambió de tema y nos centramos en las distintas campañas.

Capítulo 12



Norah

Salí de ese despacho como alma que lleva el diablo y me encerré en el baño más cercano. ¿Tenía que humillarme de esa manera? ¿Era realmente necesario que lo hiciera? Lloré amargamente, no por el hecho de encontrarme en esa tesitura, sino por sus palabras y por lo que me habían hecho sentir.

Cuando me sentí algo mejor, me dispuse a salir del cubículo en el que me había encerrado y me encontré de frente con la persona que menos me hubiera imaginado que iba a encontrar: la mujer que le estaba practicando una felación al señor Harper en su despacho.

—Hola, me llamo Margot y me gustaría hablar contigo un momento —me dijo amablemente. A pesar de que no me había hecho nada malo, rehusé poniendo una excusa que, por otro lado, era muy cierta.

—Hola, yo soy Norah, encantada, pero me temo que mi horario ha terminado y necesito salir de aquí cuanto antes —le respondí. Sin embargo,

lejos de conformarse, transformó mi respuesta en una oportunidad.

—Entonces, perfecto. Coge tus cosas y nos tomamos un café juntas; así hablaremos más tranquilas.

Me acompañó a mi despacho, donde me puse el abrigo, los guantes y el gorro. Hacía un frío horrible y, aunque supuse que no iríamos muy lejos, no pensaba ir tiritando. Ella me miró con una sonrisa.

Bajamos en el ascensor en completo silencio, pero no era uno de esos silencios incómodos, sino que cada una iba sumida en sus propios pensamientos. Yo intentaba averiguar qué era lo que quería decirme; quizá pretendía contarme que era la pareja del señor Harper y advertirme para que lo dejara en paz. Por su parte, suponía que estaría buscando la mejor manera de decírmelo, aunque yo tenía claro que entre él y yo solo había habido una copa una noche, nada más.

—¿Te parece bien si nos sentamos en aquella cafetería? —me preguntó, señalando la que estaba justo enfrente de las oficinas, a la que solíamos acudir casi a diario.

—Está bien, pero no podré quedarme mucho rato, lo siento. Tengo cosas que hacer —le dije con una sonrisa. Como he dicho antes, ella no me había hecho nada malo. Cada quien es libre de hacer con su cuerpo lo que desee, y si era su pareja, tampoco hacía nada fuera de lo común.

—Te preguntarás qué hacía en el despacho de tu jefe —dijo en cuanto nos sentamos y pedimos un café cada una.

—No tengo que preguntarme nada. Como bien has dicho, es solo mi jefe, nada más, así que puedes estar tranquila.

—Entre el señor Harper y yo no hay más que algún encuentro sexual ocasional, en exclusiva o en compañía —dijo, y la miré asombrada. Era lo último que esperaba oír. Debió notarlo, porque soltó una carcajada que me contagió.

—No te rías, que no tiene gracia —le dije, pero yo tampoco podía parar de reír.

—Veo que no estás al tanto de los gustos sexuales del hombre que te atrae. Porque, aunque me lo niegues, estás tan colgada por él como Tyler por ti.

—Yo no estoy colgada por nadie. ¿Que me atrae? Sí, tendría que estar ciega para no reconocer que está bueno hasta límites insospechados. Pero de ahí a decir lo otro…

— Sois igual de cabezones los dos, pero te voy a proponer algo. Eso sí, debes tener la mente completamente abierta, porque, de lo contrario, no serás capaz de entenderlo y te frustrarás hasta la saciedad. Te lo digo por experiencia —me dijo con una mirada melancólica. No sabía a dónde quería llegar, pero no me quedaría con las ganas de comprobarlo.

—Me estás asustando, Margot.

—¿Ves? Eso es precisamente lo que tienes que evitar: asustarte por algo que no lo merece y que solo puede proporcionarte placer en exceso —dijo, y ahora sí que me sentí completamente perdida.

—Necesito que seas un poco más explícita, por favor. No soy una mojigata que se asuste por tener sexo. Lo que ocurre es que he estado mucho tiempo en barbecho, digámoslo así, hasta el viernes pasado, cuando conocí a un hombre que llamó mi atención y con quien pasé la noche.

»Esta mañana lo he visto en el despacho del señor Harper; al parecer, son viejos conocidos, y me han encargado la propuesta de la campaña de su producto. Mi jefe se ha molestado mucho cuando me ha invitado a cenar —le expliqué. Y es que esa mujer me inspiraba muchísima confianza; era como si la conociera de toda la vida.

—No te lo puedo contar; los socios tenemos firmado un contrato de confidencialidad. Pero lo que sí puedo hacer es mostrártelo. Por eso te propongo que vengas conmigo el sábado. Yo te llevaré como invitada —eso sí podemos hacerlo— y así comprobarás de primera mano a qué te expones.

»Te digo que vengas ese día porque habrá una fiesta de máscaras, en la que nadie te reconocerá. Estando a mi lado, te iré diciendo quién es cada hombre, porque no es la primera vez que los veo de esa guisa —explicó.

En mi mente se formó un torbellino de dudas, pero no pensaba negarme a comprobar de primera mano lo que me estaba contando. ¿Estaba loca por aceptar esa propuesta? Pues quizá sí, no voy a negarlo, pero siempre he sido de las que piensan que es mejor arrepentirse de lo que se ha hecho, que quedarse con la duda de lo que podría haber sucedido.

—Está bien, iré contigo a esa fiesta. Solo te pido una cosa: que esto quede entre tú y yo. No quiero que el señor Harper se entere y se ponga en sobre aviso.

—Por eso no te preocupes, de mi boca no saldrá nada. No te arrepentirás, te lo prometo. Podrás disfrutar de ese hombre sin que tenga idea de que eres tú, con lo cual no afectará en ningún momento vuestra relación laboral.

Nos despedimos intercambiando nuestros teléfonos y quedamos en que pasaría a recogerme el sábado a las siete en mi casa. Me dijo que ella se encargaría de hacerme llegar todo lo necesario para que no me sintiera fuera de lugar allí y pudiera mimetizarme con el resto de las mujeres; que, si tenía que destacar, lo hiciera por la elegancia con la que iba a poder asistir, no porque pareciera una monja en medio de un lupanar.

Justo cuando estaba a punto de montarme en mi coche, me encontré con mi jefe y su fiel escudero, quien me hizo un gesto para que esperara hasta que ellos llegaran hasta donde yo estaba. No quise tensar más la cuerda, así que me mantuve de pie junto a la puerta del conductor.

—He salido a buscarla y ya se había marchado —dijo, en un tono nada conciliador.

—Había terminado mi horario laboral, a pesar de que la hora que adelanté mi entrada no la he contado —le contesté, bastante seria y en el mismo tono.

—¿Por qué no enterráis el hacha de guerra los dos por un rato? —preguntó el señor Lennox, y ambos asentimos.

—Está bien, tienes razón, Donovan. —Dirigió su mirada hacia mí—. Le he dicho que nos espere para comunicarle que todas las propuestas son fantásticas, por lo que mañana mismo llamaré al señor Turner para que sea él quien elija la que más le guste. Le pido, por favor, que las prepare para su presentación —me indicó, y no pude reprimir una sonrisa.

Él supuso que ese gesto se debía a las ganas que tenía de cenar con Jack, según la incomodidad que mostró en su rostro, pero nada más lejos de la realidad: era porque, por una vez, había conseguido que me valorara, aunque solo en el plano laboral.

—No se preocupe por eso, lo haré. Mañana mismo le mostraré las presentaciones. Solo espero no encontrarme en su despacho con algo tan desagradable como lo que tuve que presenciar hoy —le dije, dejándole claro cuánto me había molestado.

—Quería pedirle disculpas por eso. Es cierto que no debió entrar sin permiso, pero también lo es que eso no debería estar ocurriendo dentro de este edificio —me dijo, con un tono que sonó sincero.

—Disculpas aceptadas. Hasta mañana, señores. Ahora tengo que marcharme, me están esperando —les dije, aunque en realidad lo único que me esperaba era el sofá y la manta, pero eso ellos no lo sabían.

Me subí al coche y salí del aparcamiento con una sonrisa, con la satisfacción del trabajo bien hecho, pero también con la incertidumbre que me generaba la idea de acudir a esa fiesta, sin saber con qué me iba a encontrar.

Por fin llegó el momento de entrar en casa, donde había dejado la calefacción encendida para que estuviera cálida a mi llegada. Me di una ducha rápida, ya que tenía el pelo limpio de la noche anterior y, con este frío, no lo lavaba todos los días porque era imposible secarlo. Me puse el pijama y me senté frente al televisor, con una manta sobre las piernas.

En muchas ocasiones había pensado en tener una mascota, concretamente un perrito, pero el simple hecho de saber que estaría solo todo el día me echaba para atrás. Aun así, sería reconfortante tener a alguien esperándome en casa y poder compartir con él momentos como ese, así que volvería a planteármelo.

Me preparé un sándwich de pollo para cenar; hacía tiempo que no lo comía y se me antojaba muchísimo. Lo acompañé con patatas chips y un refresco. Justo cuando me disponía a darle el primer bocado, sonó el teléfono con un mensaje: era Margot, que me enviaba una foto. Lo tomé para abrirla.

El vestido que aparecía en la imagen era absolutamente espectacular: de color azul marino, con escote en V atado al cuello y toda la espalda descubierta. Tenía una caída elegante y una abertura en el lado derecho de la pierna.

Norah: *Es espectacular. La única pega que le encuentro es que me voy a morir de frío, con lo friolera que soy.*

Margot: *Ja, ja, ja. No te preocupes por eso, te garantizo que, en cuanto traspases las puertas de «El Paraíso», entrarás en calor.*

Norah: *Confío en ti, así que sé de buena tinta que acudiré a esa fiesta sin ningún tipo de prejuicios.*

Margot: *Eso espero, porque si no, lo vas a pasar muy mal, y no solo en la fiesta. Te haré llegar todo el atuendo; considéralo un regalo de una amiga. Nos vemos el sábado. Un beso.*

Me dejó pensando en todo lo que me había dicho, y ya empezaba a formarse en mi mente una idea de lo que me iba a encontrar. Lejos de asustarme, me motivaba aún más. Era algo contradictorio, porque nunca había acudido a un lugar así, ni siquiera a algo parecido. La inquietud estaba ahí, para qué negarlo, pero al mismo tiempo sentía una extraña tranquilidad, sabiendo que estaría arropada por esa mujer, que al parecer era una clienta asidua y no pensaba dejarme sola.

Con todo lo que estaba haciendo por mi jefe, tenía claro que, además de las relaciones sexuales que pudieran haber mantenido, los unía una bonita amistad. Y era por esa amistad que ella estaba haciendo todo esto: para que yo comprendiera todos sus lados ocultos. Y eso, sin duda, se lo tenía que agradecer.

Capítulo 13



Tyler

—Llame a la señorita Walker a mi despacho, por favor —le dije a mi secretaria. Necesitaba, en primer lugar, felicitarla por las varias propuestas que había creado para la campaña del producto de Turner, y en segundo, aunque no menos importante, ofrecerle una disculpa por lo que había tenido que presenciar en la oficina, algo que nunca debería haber ocurrido.

—Señor Harper, la señorita Walker, se marchó hace un rato de la oficina, en cuanto cumplió con su horario laboral —me respondió ella. No sé por qué me molestó tanto; después de todo, había trabajado sin descanso para ofrecerme varias alternativas, así que estaba en todo su derecho de irse. Quizás fue porque sentía la necesidad de disculparme.

—Muchas gracias. En ese caso, yo también me marcho ya.

—Espera, amigo, que bajo contigo. Así me acercas a mi casa, que todavía no tengo el coche listo —me pidió Donovan. Esperé a que entrara en su despacho a recoger sus cosas, lo cual no le tomó más de cinco minutos.

El tiempo que pasamos en el ascensor transcurrió en completo silencio; ninguno de los dos queríamos decir nada que pudiera incomodar al otro. Al llegar al garaje, las puertas se abrieron y salimos.

—Vas a tener suerte, amigo. Mira quién se está acercando a su coche —me dijo, señalando a Norah, que estaba abriendo la puerta del conductor. Le hice un gesto para que se esperara y, contra todo pronóstico, ni siquiera rechistó.

—He salido a buscarla y ya se había marchado —me dirigí a ella en un tono que dejaba entrever mi molestia.

—Había terminado mi horario laboral, a pesar de que la hora que adelanté mi entrada no la he contado —me contestó, bastante seria y en el mismo tono que yo había empleado, lo que tampoco me sorprendió, la verdad.

—¿Por qué no enterráis el hacha de guerra los dos por un rato? —nos preguntó Donovan, y ambos asentimos.

—Está bien, tienes razón, Donovan. —Me giré para mirarla a ella—. Le he dicho que nos espere para comunicarle que todas las propuestas son fantásticas, por lo que mañana mismo llamaré al señor Turner para que sea él quien elija la que más le guste. Le pido, por favor, que las prepare para su presentación —le indiqué. Una sonrisa apareció en su boca. No puedo expresar con palabras lo que eso causó en mí, porque me dejó claro lo que significaba para ella: nada más y nada menos que poder ir a cenar pronto con Jack. Intenté disimularlo por todos los medios, pero no lo conseguí.

—No se preocupe por eso, lo haré. Mañana mismo le mostraré las presentaciones. Solo espero no encontrarme en su despacho con algo tan desagradable como lo que tuve que presenciar hoy —me respondió. Y si antes, con mi gesto, le había mostrado mi malestar, ella ahora lo hizo con su tono.

—Quería pedirle disculpas por eso. Es cierto que no debió entrar sin permiso, pero también lo es que eso no debería estar ocurriendo dentro de este edificio —le dije, intentando sonar sincero. Por su rostro, supe que me había creído.

—Disculpas aceptadas. Hasta mañana, señores. Ahora tengo que marcharme, me están esperando —se despidió de nosotros, y algo en mí no pudo evitar preguntarse quién sería la persona que la esperaba. ¿Acaso había desobedecido mis órdenes y había quedado con Turner? Estaba dispuesto a comprobarlo de inmediato.

—Turner al aparato —dijo él, contestando a la llamada al segundo tono.

—Soy Harper. Te llamaba para ver si podíamos reunirnos en un rato —le dije, sin darle más explicaciones. Si me decía que ya tenía un compromiso, sabría qué hacer al día siguiente, en cuanto pusiera un pie en la oficina. No iba a permitir que se tomara mis órdenes a la ligera, por mucho que se tratara de su vida privada y fuera de su horario laboral.

—Claro, ¿dónde nos vemos? Eso sí, me tendrás que dar al menos diez minutos para vestirme… más el tiempo que tarde en llegar, por supuesto. —

Esas simples palabras me tranquilizaron. Sabía que estaba actuando de forma totalmente irracional e impulsiva, para qué negarlo, pero pensar en eso hacía que mi cuerpo se moviera antes de que mi mente pudiera detenerlo.

—Si te cojo en mal momento y lo prefieres, podemos vernos mañana, sobre las diez, en mi despacho. Por lo que veo, ya estás en casa y con ropa cómoda —le dije, una vez que me aseguré de que no era él la persona con la que Norah había quedado. Tal vez era su amiga Thais quien la esperaba para cenar, y yo, como siempre, actuando sin pensar.

—Pues, siendo sincero, te lo agradecería. Acabo de salir de la ducha, tengo el pijama puesto y he tenido un día de cojones en el trabajo. Estoy deseando cenar, tomarme una copa e irme a dormir. —Se sinceró, y no pude evitar reprocharme mentalmente mi actitud.

—Sin problema, entonces. Nos vemos mañana. Solo te diré que tendrás varias campañas entre las que elegir, y todas buenas de cojones —le dije, sonriendo, aunque él no pudiera verlo.

—Estoy deseando verlas. Y a tu empleada también. No sé si la habrás catado ya, pero si no lo has hecho, no pierdas la oportunidad, porque es una diosa, dentro y fuera de la cama. —La sangre me hirvió al escuchar ese comentario, y mi tono se encargó de dejárselo, claro.

—Estamos hablando de trabajo. Ese comentario está fuera de lugar. Mañana nos vemos —le dije, y corté la llamada sin darle opción a réplica. Me había cabreado como nadie podía imaginar.

—Por lo que he podido escuchar, se ha pasado con el comentario hacia Norah, ¿me equivoco? Pero déjame decirte algo: es el tipo de comentarios que soléis hacer entre vosotros después de acostaros con una mujer. Así que no entiendo por qué te has puesto así —dijo Donovan mientras nos subíamos a mi coche.

—No ha sido por el comentario, como tú bien has dicho, estamos acostumbrados a hacerlos. Ha sido porque se ha referido así a una de mis empleadas, y no quiero que me acusen de lo que no es.

—Es tu empleada, no la suya, así que no tienes por qué temer que te acusen de nada. Pero vamos, no voy a insistir más en el tema. Allá tú con las consecuencias —me dijo, dando por zanjada la conversación.

Durante todo el camino no nos dirigimos la palabra. Cada uno tendría sus motivos; el mío estaba claro: no podía quitarme de la cabeza lo que me había dicho Jack. El simple hecho de imaginarla entre sus brazos me iba encendiendo por minutos, hasta el punto de pisar el acelerador más de la cuenta.

—¿Te importaría ir más despacio? No quiero morir joven solo para tener un bonito cadáver, como dijo no sé quién —y con esas palabras me di cuenta de que me vendrían varias multas por exceso de velocidad, porque la que había alcanzado superaba todos los límites que aparecían en las señales de tráfico de la ciudad.

—Perdona, Donovan. Iba tan sumido en mis pensamientos que ni siquiera me di cuenta —me disculpé. Él me miró extrañado, para enseguida esbozar una mueca de diversión.

—¿En tus pensamientos o en las palabras de Turner? —preguntó riendo. Y no pude más que reír yo también. Era mi amigo de toda la vida, y me conocía mejor que mi propio hermano.

—Anda, para en el bar de siempre y vamos a tomarnos algo. Así, cuando llegue a casa, ya habré cenado y no tendré que prepararme nada —me dijo Donovan.

Desvié el camino y, tal como me había sugerido, aparqué cerca del bar al que solíamos ir cuando queríamos tapear algo. Yo tampoco tenía ganas de encerrarme en casa. La soledad, esa que tanto me gustaba, a veces se me hacía un mundo. No voy a negar que, al principio de montar la empresa, soñaba con compartir mi éxito con una mujer, tener hijos e incluso un perro que llenara mi enorme casa; disfrutar del jardín con ellos cuando el clima lo permitiera. Con el tiempo, todo eso se quedó en lo que era: un sueño. Empecé a tener otras prioridades, descubrí el tipo de sexo que me gustaba y, hasta el momento, aunque disfrutaba del cuerpo de las mujeres que compartían conmigo mi sala, no había llegado ninguna que me hiciera replantearme ese viejo anhelo. Al poco tiempo, siempre terminaba cansándome de ellas.

Tan solo Margot había permanecido en el tiempo, pero simplemente porque ni ella ni yo teníamos sentimientos de por medio. Me daba mi

espacio, y a ambos nos gustaba alternar nuestros encuentros sexuales con otras personas.

Nos pedimos dos cervezas bien frías. A pesar de que el termómetro marcaba temperaturas bajo cero, dentro del local se estaba bien. El ambiente era cálido, en todos los sentidos. Era un lugar donde el frío invernal quedaba atrás, y cada sorbo de cerveza se disfrutaba aún más en ese entorno tan agradable.

— ¡Hombre, mis chicos preferidos! —saludó la camarera, que nos conocía desde que empezamos a frecuentar el lugar en los años de universidad, mientras nos dejaba las cervezas sobre la mesa—. ¿Os pongo algo de comer?

—Sí, pon dos bocatas de beicon con extra de queso y dos raciones de patatas fritas. Si nos quedamos con hambre, te avisamos —le dije, sin ninguna intención oculta, aunque ella se lo tomó como una indirecta. No sería la primera vez que, tanto Donovan como yo, nos lo montábamos con ella en el almacén.

—Siempre a vuestra disposición. Ya sabéis que para mí es un placer terminar de saciaros —respondió, guiñándonos un ojo antes de marcharse.

Todo empezó una noche, cuando estábamos en el último curso de la carrera. Después de cenar, ella vino y nos preguntó si nos habíamos saciado. Donovan y yo nos miramos, y con tono mordaz le dijimos que lo único que podía saciarnos era entrar con ella al almacén y montárnoslo allí los tres. Ni corta ni perezosa, le dijo a su jefe que se tomaba la media hora de descanso

que le correspondía, y nos cogió de la mano a ambos, llevándonos hasta donde habíamos sugerido.

Digamos que su descanso duró bastante más de media hora, y que luego tuvo que ir al vestuario para arreglarse la ropa y el peinado. A su jefe le dijo que le habían entrado náuseas y que, por eso, se había echado en el banco de la sala de descanso y se había quedado dormida. Para mí que él también se la beneficiaba, porque por la forma en la que le dijo que podía haberle avisado para hacerle compañía… lo dejaba bastante claro.

—Esta quiere rememorar viejos tiempos, amigo —me dijo Donovan, con una sonrisa en los labios.

—Si quieres aprovechar, adelante, pero yo estoy muerto hoy. En cuanto terminemos de cenar, me voy directo a mi casa —le contesté, y era cierto; nada más sentarme, el agotamiento se apoderó de mí.

Nos dejó la comida sobre la mesa, y mientras cenábamos, hablamos de la fiesta que habría en el club el sábado, a la que ambos pensábamos asistir. Era una fiesta de máscaras, como las que se solían hacer varias veces al año, y en la que podíamos llevar un invitado o invitada que disfrutaría por una noche de los beneficios del club. Si después de esa noche quería volver, tendría que hacerlo como compañero o compañera de uno de los socios, o hacerse socio directamente.

El código de vestimenta era claro: las mujeres con traje largo y los hombres de etiqueta, ambos acompañados, por supuesto, de una máscara.

Capítulo 14



Norah

—Ya tengo preparadas todas las presentaciones. ¿Quiere que le haga una demostración de cada una de ellas antes de que llegue el señor Turner? —le pregunté a mi jefe, una vez que llegué a la oficina y que entré en su despacho.

—No hace falta, pero no se vaya, repasemos todo. El cliente estará a punto de llegar —me contestó. No sabía si su amabilidad era impostada o no, porque no estaba acostumbrada a que me tratara de esa manera.

Durante más de una hora estuvimos dándole vueltas a todas las propuestas, resaltando cuál era el punto fuerte de cada una, cuando la secretaria, a través del interfono, nos avisó de la llegada de Jack.

—Amigo, después de tu llamada de ayer me dejaste de lo más intrigado —dijo Jack al entrar en el despacho, y luego se dirigió a mí—. Señorita Walker, un placer, como siempre. Aunque el auténtico placer será cuando pueda llevarla a cenar, y ese momento cada vez está más cerca.

—¿Por qué no dejas el coqueteo para fuera de las oficinas? Ahora vamos a lo que vamos, que ni tenemos todo el día ni tú tienes tiempo que perder —le dijo mi jefe, de forma cortés, pero tajante, en la que demostró la incomodidad que le producía la dichosa cena.

—Cierto, amigo, no hay tiempo que perder.

—Señorita Walker, cuando desee. —Me indicó mi jefe. Era el momento de la verdad: vender nuestro proyecto al señor Turner y dejarlo con la boca abierta, para que se viera obligado a encargarnos todas las futuras campañas de su empresa.

Más de tres horas estuve exponiendo, con todo detalle, cada una de las tres propuestas que llevábamos, y el señor Turner no había ni pestañeado, así que no sabía si era porque le estaban impactando las propuestas o por todo lo contrario.

—¿Sabes una cosa, señorita Walker? Las tres opciones que me has presentado me parecen realmente impresionantes, así que voy a dejar la decisión en tus manos. Sin embargo, hay un par de condiciones que quiero que tengas en cuenta: no quiero que ofrezcas las otras dos propuestas a ninguna otra empresa, y es fundamental que todo quede formalizado mediante un contrato.

»Estas serán las que utilizaremos para lanzar dos nuevos productos que tenemos planeados para el mercado en un futuro cercano —dijo Jack cuando terminé de explicarle las tres opciones que teníamos. Dirigí una

mirada a mi jefe, quien me hizo un gesto para que le indicara cuál de las opciones consideraba más adecuada.

—Teniendo en cuenta que, en breve, la competencia sacará un producto similar, creo que la más adecuada es la segunda opción. Al ser la más agresiva, llegará mejor al público en general. Muy buena tendría que ser la publicidad del producto de la otra empresa para poder desbancar al suyo —le expliqué, orgullosa de mi trabajo.

—Estoy de acuerdo con ella, Turner, esa es la ideal para una primera campaña. Ahora mismo llamaré a mi secretaria para que tome nota y, si quieres, mañana podremos firmar el contrato —dijo mi jefe, pero el señor Turner negó con la cabeza.

—Tenemos que dejarlo firmado hoy mismo, ya que esta noche salgo de viaje de negocios y no vuelvo hasta el sábado por la mañana. Vamos a hacer una cosa, os invito a comer y, a la vuelta, dejamos todo el tema cerrado. Acabo de encargar que os hagan la transferencia, cuando la recibáis, le enviáis a mi departamento de contabilidad la factura —dijo y, miré a mi jefe, dispuesta a negarme a asistir a esa comida.

—A mí, si me disculpáis, tengo bastante trabajo acumulado, así que no podré unirme a vosotros. Agradezco la invitación —les comenté, pero antes de que Jack pudiera decir algo, mi jefe tomó la palabra. Era como si entre ellos se desatara una especie de competencia silenciosa, cada uno intentando imponerse al otro en la conversación.

—No digas tonterías, Walker, tendrás que comer. No quiero que me acusen de maltratar a mis empleados, así que coge el bolso y el abrigo, la esperamos en el vestíbulo —me dijo, no había opción a réplica ni a negativa posible, así que me marché de allí para coger mis cosas.

Cuando bajé, allí estaban los dos esperándome. Por suerte para mí, no era uno de esos días en los que decidía ir a la oficina con vaqueros y botas planas. En su lugar, llevaba un elegante vestido de lana que se ajustaba perfectamente a mi figura, combinado con unas medias que realzaban mis piernas y unas botas altas que me daban un aire sofisticado. Para completar el conjunto, me había puesto un abrigo de punto que me llegaba a media pierna, además de una bufanda del mismo color que el vestido, porque estaba segura de que a una hamburguesería no íbamos a ir.

—Norah, no saques tu coche. Como tenemos que volver, vayamos en el mío —dijo Jack, y mi jefe aprovechó que lo había dicho en plural para subirse al carro, nunca mejor dicho.

—Es cierto, Jack. ¿Para qué ir en varios vehículos si en el tuyo cabemos los tres? —dijo, con una sonrisa de suficiencia al ver la cara que puso el otro, que era un poema. Si pretendía hablar conmigo de algo que mi jefe no considerara parte de la relación laboral, lo tenía claro. Y eso me sacó una sonrisa.

—Sentaos vosotros delante, yo iré en el asiento trasero —dije, y es que Turner había acudido a la oficina sin chófer. Lo tenía todo planeado, pero le salió el tiro por la culata.

Con los nuevos planes que tenía con Margot, cada vez me apetecía menos ir a cenar con Jack. Era un hombre espectacular, no lo voy a negar, y en la cama era una fiera, pero prefería ahondar en los gustos de mi jefe. Si, tal y como ella me había dicho, iba con la mente abierta, lo iba a entender todo y, de paso, también lo iba a disfrutar.

—¿Vas a ir a la fiesta del sábado en el club, Tyler? —le preguntó Jack a mi jefe, que, sin darse cuenta, me estaba ofreciendo información privilegiada.

—Por supuesto. ¿Tú no?

—No me la perdería por nada del mundo. Sabes que esas fiestas de máscaras me encantan. Por cierto, Norah, ¿te apetece venir conmigo a esa fiesta? —me preguntó Jack, mientras Tyler apretaba los dientes de forma poco disimulada.

—Lo siento, señor Turner, pero tengo planes con una amiga, unos que son imposibles de cambiar o aplazar. Otra vez será —le respondí. Tras mi negativa, noté cómo mi jefe soltaba el aire que no sabía que tenía contenido.

—Pues para la próxima, entonces. Aunque no me he olvidado de que me debes una cena. Ya nos pondremos de acuerdo un día que estemos los dos disponibles.

Estuvimos en el restaurante más de dos horas, hablando de la campaña y de otros asuntos laborales. A pesar de que me sentía cómoda en la conversación, no podía evitar sentirme fuera de lugar en algunos momentos.

Sobre todo cuando una mujer, muy parecida a mí físicamente, se acercó a nuestra mesa y saludó a mi jefe de una manera que me pareció un tanto inapropiada.

—Señor Turner, señor Harper… cuánto placer junto en una sola mesa —dijo, dándoles un beso a cada uno, peligrosamente cerca de la comisura de los labios.

—Enseguida vuelvo —dije, aprovechando que ninguno de los dos se molestó en presentarme a aquella mujer. Me levanté con tranquilidad y fui al baño.

Una vez que estuve sola, no dudé en enviarle un mensaje a Margot para contarle lo que acababa de pasar.

Norah: *No te vas a creer lo que me acaba de pasar. Estoy en una comida con mi jefe y Jack Turner, y este último me ha invitado a ir con él a la fiesta del club.*

Margot: *¿No me jodas? Ja, ja, ja. Me puedo imaginar la cara de Tyler ante esa propuesta. Parece que lo estoy viendo, apretando los dientes y reteniendo el aire, expectante por tu respuesta.*

Norah: *Exactamente así, ni más ni menos. Parece que lo estabas viendo por un agujerito, ja, ja. Te dejo, amiga, que estoy en el baño y van a pensar que tengo mal el estómago. Nos vemos pronto.*

Justo cuando estaba a punto de salir del baño, entró aquella mujer con cara de pocos amigos, y me señaló con el dedo.

—Tú. No te vayas a pensar que, porque te parezcas a mí, te vas a quedar con mis dos hombres, ¿te enteras? —me soltó, sin venir a cuento.

—En todo caso, eres tú la que te pareces a mí, que para eso eres una cría. Y, por si no lo sabes —o nadie te lo ha dicho—, estoy con ellos en una comida de trabajo. Ahora, si me disculpas, tengo que seguir comiendo —le respondí, apartándola con la mano para salir por la puerta, sin más.

Al llegar a la mesa, mi jefe me miró con el ceño ligeramente fruncido.

—Señorita Walker, ¿le ocurre algo? Viene algo así como… indignada —me dijo, con tono contenido.

—Exactamente así es como me siento. No sé qué clase de relación tienen ambos con la chica que ha estado antes en la mesa, pero deberían decirle que no puede juzgar a la gente por lo que ella haría. Y que, antes de hablar, piense un poquito las cosas —le contesté, ya bastante cansada de las situaciones inverosímiles en las que me veía envuelta con él.

—¿Qué es lo que le ha dicho, exactamente? —me preguntó, y le reproduje la conversación palabra por palabra. Ambos me miraban, visiblemente sorprendidos por lo que acababan de oír.

—Por mi parte —y creo que por parte del señor Turner será igual— tan solo he tenido con ella… digamos que un encuentro sexual. Que, por cierto,

y aunque esté feo que lo diga, no fue en absoluto lo que había imaginado —añadió mi jefe con tono seco.

—Yo ni siquiera eso, amigo. Tan solo la invité a una copa en el club, después de que… —Empezó a explicar Jack.

—No hace falta dar más detalles, Jack. Creo que, con eso, Walker tiene suficiente aclaración —lo interrumpió mi jefe con firmeza, evitando que su amigo siguiera contando lo evidente: que fue justo después de que se acostaran.

—Exacto. Ni siquiera necesitaba saber lo que me habéis contado. Os lo he dicho a modo de consejo, porque una persona así os puede buscar un disgusto en cualquier momento —añadí, dando por zanjado el tema.

Terminamos de comer y regresamos a la oficina. Los dos subieron para dejar firmado el contrato, mientras yo me encerré en mi despacho para empezar a dar forma a la campaña basada en la propuesta elegida. Tenía que buscar modelos disponibles para los anuncios, y dos nombres concretos me venían a la cabeza. No dudé en llamar a la agencia que nos los proporcionaba para consultar su disponibilidad. Afortunadamente, ambos estaban libres, así que cerré el contrato para esos días en concreto.

A continuación, bajé para hablar con el fotógrafo y con el equipo que se encargaría del rodaje del anuncio. Les expliqué dónde queríamos grabarlo y cómo sería la estética general. Todos estuvieron de acuerdo en que la localización era ideal, y que no nos molestaba que hubiera gente alrededor. De hecho, casi que nos vendría bien. Al ser una zona sin tráfico y sin

necesidad de acotar espacios, no necesitábamos permiso municipal. Así que acordamos hacerlo el viernes por la mañana.

Poco a poco, y casi sin darme cuenta, había llegado mi hora de salida. Me marchaba con todo el trabajo organizado. Solo nos quedaba concretar el vestuario, que estaría a cargo del equipo de fotografía, por supuesto, guiándose por los datos que yo les había proporcionado.

En la empresa, todos teníamos firmado un contrato de confidencialidad, incluso el cliente. De ese modo, se aseguraban de que las campañas no se filtraran antes de tiempo, a menos que algún curioso en la calle grabara algo con el móvil durante el rodaje, claro.

—Buenas tardes, señor Harper. Me marcho ya —le dije a mi jefe, llamando antes a la puerta de su despacho, para evitar lo del día anterior.

—Buenas tardes, Walker. Puede marcharse cuando quiera y, por cierto, buen trabajo. Tenemos aseguradas dos campañas más con la empresa de Turner, después de todo el esfuerzo que nos costó ganarnos su confianza.

—Muchas gracias, señor. Y enhorabuena a usted también. —Me despedí, agradeciendo sus palabras. Estaba deseando llegar a casa y descansar; me sentía agotada por completo.

Capítulo 15



Tyler

Cuando vi el tonteo que esos dos se traían entre manos, no sé cómo no salté del escritorio para coger a Turner por la solapa de su chaqueta y echarlo a patadas de mi despacho. Gracias al cielo, pude controlarme, porque, de lo contrario, habría perdido uno de los mejores contratos de los últimos tiempos.

Tengo que reconocer que todo se debió al excelente trabajo de Norah. Así que, cuando dijo de ir los tres a comer mientras se preparaba el contrato —que dejaríamos firmado ese mismo día—, no me pareció justo decirle que no fuera. Aunque, siendo sincero, pasé uno de los peores momentos de mi vida.

—¿Vas a ir a la fiesta del sábado en el club, Tyler? —me preguntó Jack. Aunque lo hizo sin malicia, había tocado un nervio. Mi desconcierto e incomodidad se debieron notar a leguas. Aun así, intenté mantener una conversación normal, como si esa simple pregunta no me hubiera afectado en absoluto.

—Por supuesto. ¿Tú no? —le respondí, queriendo hacerle saber que yo también podía jugar a su mismo juego. Lo que no esperaba era su siguiente movimiento.

— No me la perdería por nada del mundo. Sabes que esas fiestas de máscaras me encantan. Por cierto, Norah, ¿te apetece venir conmigo a esa fiesta? — le preguntó a ella. No pude disimular lo que sentí por dentro. Apreté la mandíbula hasta tal punto que, de hacerlo un poco más, me habría partido una muela. Contuve el aire, ansioso por escuchar su respuesta.

—Lo siento, señor Turner, pero tengo planes con una amiga, unos que son imposibles de cambiar o aplazar. Otra vez será. —Fue su contestación, y tras eso, pude respirar tranquilo. Quería ser yo el primero que la llevara, que conociera ese mundo de mi mano, aunque en este momento eso se me antojara como un imposible.

— Pues para la próxima, entonces. Aunque no me he olvidado de que me debes una cena. Ya nos pondremos de acuerdo un día que estemos los dos disponibles —insistió Jack. *Y otra vez la dichosa cenita.* ¿Ese hombre no se cansaba nunca?

Intenté cambiar de conversación, y lo conseguí. Incluso echamos algunas risas recordando anécdotas de la universidad. Todo marchaba razonablemente bien… hasta que, de pronto, apareció la última persona que esperaba ver, y lo hizo con una actitud bastante deplorable, para qué negarlo.

— Señor Turner, señor Harper… cuánto placer junto en una sola mesa —dijo Samie en cuanto estuvo a nuestro lado, dejando un beso en nuestras mejillas. El mío, peligrosamente cerca de la comisura de los labios. Noté al instante la incomodidad en el rostro de Norah, y lo que hizo a continuación no hizo más que confirmar mis sospechas.

—Enseguida vuelvo —dijo, aprovechando la oportunidad para levantarse y dirigirse directamente hacia la zona de los baños.

—¿Compartiendo chica, de nuevo? —dijo en un tono que destilaba una posesión que no existía—. Espero que no la llevéis ninguno a la fiesta del club del sábado, porque pienso pasar con vosotros dos cada minuto de esta.

—No irá, tiene otros planes. Pero no dudes que cualquiera de los dos estaríamos encantados de llevarla —respondí, provocando que su rostro mudara de la sorpresa al enfado en cuestión de segundos.

—¿Para qué tener la copia, si podéis tener el original? —dijo, mirando a cada uno de nosotros alternativamente.

—Pues porque, da la casualidad, de que la copia eres tú… y la original, ella. Ahora, si nos disculpas, tenemos asuntos de trabajo que tratar —le respondí, sin apartar la mirada, mientras Jack se limitaba a observar la escena desde el otro lado de la mesa, con su típica expresión impasible.

—Ten cuidado con ella, amigo. Una mujer despechada es más peligrosa que cualquier grupo terrorista, te lo aseguro —murmuró Jack en cuanto la

vimos alejarse. Ni siquiera nos dimos cuenta hacia dónde se dirigía… hasta que apareció Norah.

—Señorita Walker, ¿le ocurre algo? Viene algo así como… indignada —le pregunté, preocupado. Su expresión era digna de estudio.

—Exactamente así es como me siento. No sé qué clase de relación tienen ambos con la chica que ha estado antes en la mesa, pero deberían decirle que no puede juzgar a la gente por lo que ella haría. Y que, antes de hablar, piense un poquito las cosas —me contestó en un tono firme, casi agotado, dejando claro el hastío que empezaba a acumular.

—¿Qué es lo que le ha dicho, exactamente? —quise seguir indagando, por si tenía que tomar otro tipo de medidas. Y no dudaría en hacerlo, por supuesto.

Y nos contó la conversación que habían tenido punto por punto.

—Por mi parte —y creo que por parte del señor Turner será igual— tan solo he tenido con ella… digamos que un encuentro sexual. Que, por cierto, y aunque esté feo que lo diga, no fue en absoluto lo que había imaginado.

—Yo ni siquiera eso, amigo. Tan solo la invité a una copa en el club, después de que … —empezó Jack.

—No hace falta dar más detalles, Jack. Creo que, con eso, Walker tiene suficiente aclaración —lo interrumpí. No quería que hablara de más delante de ella. Turner lo entendió a la perfección y guardó silencio.

—Exacto. Ni siquiera necesitaba saber lo que me habéis contado. Os lo he dicho a modo de consejo, porque una persona así os puede buscar un disgusto en cualquier momento — respondió Norah. También ella quería zanjar el tema, aunque no dejó pasar la oportunidad de remarcar lo mismo que me había dicho Jack.

El resto de la comida transcurrió con tranquilidad. Recuperamos el buen ambiente que teníamos antes de la aparición de Samie, aunque mi cabeza no dejaba de dar vueltas. Más pronto que tarde, Jack volvería a invitarla a cenar, eso lo sabía. Y tampoco podía quitarme de la mente la expresión que Norah traía al volver del baño. A saber qué le habría dicho esa mujer. Pero era algo que no iba a conocer nunca, porque ni la una ni la otra soltarían prenda.

Al regresar a la oficina, Norah se dirigió directamente a su despacho para organizar todo lo relacionado con el rodaje y los preparativos de la campaña del producto de la empresa de Turner. Yo, por mi parte, me fui con él a mi despacho. Teníamos que firmar el contrato y revisar que todo lo acordado estuviera correctamente reflejado en cada una de las cláusulas.

—Tienes a una de las personas más talentosas que hay en el mercado del márquetin trabajando para ti. No la dejes escapar —dijo Jack, sonriendo, mientras dirigía esas palabras a Norah.

—Lo sé. Pocas personas son capaces de sacarse de la manga tres campañas de este nivel en poco más de cuatro horas. Y pensar que su

antiguo jefe de departamento la tenía relegada a trabajos menores porque no quiso acostarse con él…

—Lo habrás despedido, doy por hecho —respondió Jack. Mi compañero de universidad no solo me conocía en mi faceta más… digamos, personal, sino también en la empresarial. Sabía perfectamente que no iba a consentir algo así entre los muros de mi compañía.

—Por supuesto. Hablé también con el dueño del club. El tipo me amenazó con contar todo lo que yo hacía allí en una entrevista pública. Como comprenderás, me importa un pimiento lo que cuente; es mi vida privada y no tengo ningún compromiso con nadie. Pero no me parece de recibo que la confidencialidad que exigen algunos personajes públicos se vea comprometida por un individuo así. Me dijo que se encargaría de él, así que no puedo contarte más. Quizás el sábado me entere de algo —le expliqué a Jack, que mostró cierta inquietud en el rostro—.

»Pero no te preocupes por si puede salir algo. Sabes tan bien como yo que no tendría dinero suficiente ni en seis vidas para pagar la millonada que tendría que abonar si se saltara el contrato que todos firmamos al hacernos socios.

Jack se despidió de mí diciéndome que se pondría en contacto con Norah para concretar esa cena. Por su forma de mirarme al decirlo, tuve la clara impresión de que lo hacía más por pincharme, por ver si saltaba y le decía algo, que porque realmente sintiera la necesidad de informarme. Que le apetecía cenar con ella, eso era evidente. Se le notaba que le gustaba mucho. Pero yo no estaba dispuesto a quedarme de brazos cruzados y permitir que me la arrebatara. Tenía que idear un plan para asegurarme de

que eso no sucediera, porque no iba a dejar que se interpusiera entre nosotros.

Me sumergí en la montaña de documentos que se acumulaban sobre mi escritorio, una pequeña muestra del trabajo acumulado que debía dejar listo antes del fin de semana. No pensaba llevarme nada a casa. Solo lo hacía cuando era estrictamente necesario, y esta vez, no lo era. La idea de pasar la noche revisando informes y correos electrónicos no me atraía en absoluto, así que decidí concentrarme en lo que podía terminar aquí y ahora, dejando el resto para el lunes.

—Buenas tardes, señor Harper. Me marcho ya — dijo Norah desde la puerta de mi despacho, con el bolso al hombro y cara de puro agotamiento.

— Buenas tardes, Walker. Puede marcharse cuando quiera y, por cierto, buen trabajo. Tenemos aseguradas dos campañas más con la empresa de Turner, después de todo el esfuerzo que nos costó ganarnos su confianza.

—Muchas gracias, señor. Y enhorabuena a usted también. —Se despidió de mí con una expresión de satisfacción que reflejaba perfectamente la mía. Habíamos hecho un buen trabajo.

Pasado un rato desde que Norah se marchó, miré el reloj y no podía creer la hora que era. Donovan debía haberse ido ya, sobre todo teniendo en cuenta el tiempo que había pasado desde nuestra hora de salida. No lo había visto en todo el día, y, a pesar de lo que solía pensar, decidí comprobarlo y fui hasta su despacho.

—¿Todavía estás aquí? Pensaba que ya te habrías marchado —me dijo desde detrás de su escritorio.

—Yo creí lo mismo de ti. Recoge y vámonos ya, te acerco a tu casa —le respondí, mientras apagaba el ordenador y se ponía el abrigo. Afuera ya había oscurecido, y las temperaturas eran aún más bajas que por la mañana.

Salimos de la oficina y nos dirigimos al garaje, donde me esperaba mi coche. Durante el trayecto, le fui contando todo lo que había sucedido con Turner y Norah, así como la inesperada aparición de Samie en el restaurante y su actitud provocadora. Donovan me escuchaba en silencio, sin emitir juicio alguno, hasta que terminé.

—Sigo pensando que deberías mover ficha en cuanto a Norah. Jack es un tipo muy atractivo y con mucho carisma, y ya cayó entre sus brazos una vez —me dijo, recordándome una verdad incómoda: que Turner y Norah ya se habían acostado.

—¿Estás insinuando que yo no lo soy? —le respondí con una sonrisa irónica. En ese momento tenía tantas cosas en la cabeza, que prefería tomármelo con humor.

—Sabes perfectamente que eso no es cierto. Con un solo chasquido de tus dedos tendrías cola de mujeres esperando acostarse contigo. Pero el problema es que no quieres hacerlo con ninguna de ellas, y a las pruebas me remito. El viernes, en el club, te acostaste con esa tal Samie y saliste peor de lo que entraste. —Otra verdad que no podía discutir. Era así.

—Pero soy su jefe, Donovan, y eso lo complica todo —contesté, con un suspiro. Hasta ese día no me había dado cuenta del verdadero valor de Norah como profesional. No la habían dejado brillar en su anterior empleo, pero aquí había aprovechado hasta la más mínima oportunidad. No podía permitirme perderla… y menos que la captara la competencia. Ese pensamiento me pesaba como una losa.

—¿Serías el primer jefe que mantiene una relación con una empleada? Déjame decirte que no —replicó con naturalidad.

—Pero es que yo no quiero una relación. Solo quiero sexo —admití, más para mí mismo que para él. Eso era lo peor de todo: que por unos cuantos polvos podría perder a una de mis mejores trabajadoras.

Él levantó ambas manos en señal de rendición, y casi que lo agradecí. No tenía ganas de seguir defendiéndome de mí mismo.

Capítulo 16



Norah

La semana transcurrió lenta y tediosa, aunque suponía que se debía al nerviosismo y las malditas ganas de que llegara el sábado y la dichosa fiestecita, que ya me traía de los nervios.

Entre Margot y yo había surgido una bonita amistad, sin dejar de lado a Thais, por supuesto. Ella era, es y será mi hermana sin compartir sangre. Seguía con su Luke, y habían dado un paso más: mantenían una relación como cualquier pareja. Hacían planes juntos, compartían más allá del sexo —que, supongo, seguirían disfrutando a lo grande.

Bueno, a lo que iba. Durante toda la semana, mi nueva amiga y yo hablábamos a diario por teléfono, y esa misma mañana me dijo que estuviera lista a las diez, que nos íbamos directas al salón de belleza.

—¿Quieres que Tyler te reconozca? —me preguntó, aparcando el coche justo delante del salón al que íbamos a ir.

—¡No! Nada más lejos de mis intenciones, por favor —le respondí, casi horrorizada, solo de pensarlo.

—Bien, pues entonces vamos a tener que hacer algo con tu pelo, porque es reconocible a cien kilómetros de distancia. Peluca no podemos usar, se te podría caer en el fragor de la batalla…

—Hija, lo dices de una manera que parece que voy a ir a una guerra en vez de a pasar un buen rato —la interrumpí, mirándola.

Ella soltó una carcajada, divertida.

Entramos en el salón de belleza y, tras hablar con la peluquera, me aconsejó que me alisara el pelo. Si siempre lo había llevado rizado, nadie lo asociaría conmigo. Acepté, todo con tal de que mi jefe no pudiera reconocerme.

Nos hicieron de todo: depilación, uñas, limpieza de cutis… Y aunque íbamos a llevar máscara, quisimos que nos maquillaran los ojos. En mi caso, optamos por un ahumado que realzaba el color de mis iris, y unos labios permanentes en rojo intenso. Nos llevamos el labial, por si necesitábamos hacer algún retoque más tarde.

En cuanto al cabello, además de alisarlo, lo recogieron en una coleta alta y bien tirante, de lo más elegante. De esta manera, la espalda del vestido se luciría, ya que de otro modo quedaría oculta por mi melena, que ahora estaba alisada y caía casi hasta la parte baja de la espalda.

Tras salir de allí, nuestra idea era ir a comer a un restaurante, pero decidimos que lo mejor sería pedir comida a domicilio en mi casa. No quería arriesgarme a que me viera alguien que, más tarde, pudiera reconocerme por el peinado.

—Recuerda: tienes que ir con la mente abierta y actuar con total normalidad, veas lo que veas —me dijo Margot mientras terminábamos de comer.

—¿Tan fuerte va a ser lo que me encuentre? —pregunté, entre intrigada y temerosa, por las situaciones a las que tendría que enfrentarme esa noche.

—Para nada. Más bien todo lo contrario. Ya sabes que no puedo darte detalles, estaría incumpliendo el contrato de confidencialidad. Ese que tú también tendrás que firmar antes de entrar. Me has dicho que no eres una mojigata en cuanto al sexo, ¿verdad? —me preguntó, y yo asentí.

—No, en ese aspecto no tengo reparos. Siempre que sea algo consensuado por ambas partes, no tengo problema en experimentar —le aseguré, y era completamente cierto. No me daba miedo explorar, y mucho menos juzgar. Me parece que la apertura y el entendimiento son fundamentales en cualquier tipo de relación, así que estoy completamente a favor de probar cosas nuevas siempre que haya un consenso.

—Entonces no tendrás ningún problema. Eso es exactamente lo que te vas a encontrar allí. Y hasta aquí puedo contarte. Por tu forma de ser, sé que eres la persona perfecta para Tyler. Ahora solo falta que él se dé cuenta, igual que lo he hecho yo —añadió.

Esa última frase retumbó en mi cabeza durante toda la tarde.

Llegó el momento de arreglarnos. Margot no se separó de mí en todo el día. Decía que era por si me daba la tentación de echarme atrás y no acudir a la fiesta. Que esa era mi noche, y que tendría a mi jefe a mis pies si yo así lo deseaba.

Intenté que me pasara el importe de todo lo que había gastado en vestido, salón y complementos, pero resultó ser una misión imposible. Así que, para contribuir de alguna manera, decidí contratar un coche con conductor que nos llevaría y nos recogería a la hora que quisiéramos. ¿Protestó? Muchísimo. Pero ya no había vuelta atrás.

Según me estuvo contando, ella provenía de una familia bastante adinerada y, aunque había estudiado la carrera de Económicas, nunca había trabajado, porque no le hacía falta. Con los intereses que generaba el dinero recibido de su fideicomiso al cumplir la mayoría de edad, podría haber vivido tres vidas sin llegar a gastarlo. Ahora entendía por qué no había querido cobrarme nada: para ella, el dineral que habría costado aquel vestido era lo mismo que para mí comprar un paquete de chucherías en el supermercado. Aun así, era algo que valoraba enormemente. No todas las personas con su nivel adquisitivo eran tan generosas, además de la naturalidad con la que vivía su día a día.

—Amiga, déjame decirte que estás total y absolutamente arrebatadora. Estoy segura de que esta noche tendrás una cola de hombres dispuestos a

pasar un buen rato contigo. Solo te pido que no te dejes cegar y tengas claro cuál es tu objetivo.

»En caso de que Tyler no te preste atención —algo que veo poco probable, por no decir casi imposible—, permítete el lujo de irte con otra persona y disfrutar de las mieles del club —me dijo, completamente convencida, aunque yo no lo estaba tanto.

—Tú, por si acaso, no te despegues de mí hasta que veas que todo está claro. Te lo suplico —le pedí, y ella asintió.

—Eso ni lo dudes. Me quedaré contigo hasta ver la reacción de Tyler hacia ti. Otra cosa que quiero contarte es que, en este tipo de fiestas, la mayoría de las personas no utilizan su nombre real, a menos que sean habituales del club, así que lo lógico es que tú tampoco lo hagas. Te lo digo por si quieres ir pensando en algún alias mientras tanto.

— Atenea. Así me presentaré a los demás.

—Bonito nombre y con un gran significado —dijo sonriente, aprobando mi elección.

Tan pronto como recibí el mensaje del conductor informando que nos esperaba abajo, nos pusimos los abrigos y bajamos para emprender el camino hacia *El Paraíso*, que así se llamaba el club. Os puedo jurar que, a pesar de que la noche era la más gélida del mes —o al menos eso habían pronosticado—, sentía un calor en el cuerpo que ni en pleno julio había experimentado.

Durante todo el trayecto, Margot me sostenía de la mano, tratando de calmar mis nervios. Su gesto, tan simple, pero lleno de significado, me transmitía una sensación de seguridad que necesitaba en ese momento. Y, en cierto modo, lo logró, con ese gesto y sus palabras de aliento.

—Vamos a ponernos las máscaras, no queremos que nos reconozcan antes de entrar… aunque va a ser difícil no identificarme a mí —dijo con una sonrisa que iluminaba su rostro, y eso fue lo mejor que me pudo regalar, porque me indicó que no tenía nada que temer.

Me coloqué la máscara y me dispuse a bajar del coche con la mayor elegancia posible. Era fundamental para mí que mi apariencia reflejara la confianza que intentaba proyectar, a pesar de que mis piernas temblaban ligeramente, traicionando la mezcla de nervios y emoción que sentía ante lo desconocido que me esperaba. La noche prometía ser memorable, y estaba decidida a enfrentarla con gracia, sin dejar que la ansiedad me dominara.

—Buenas noches, Harry. Ella es mi amiga, la señorita Atenea —le dijo Margot al portero, que estaba como para gritarle desde la acera de enfrente.

—Buenas noches, señorita Margot. Encantado de conocerla, señorita Atenea. Sabe que, al ser su primera visita, debe pasar por admisión para firmar el contrato de confidencialidad. —Le indicó a mi amiga, quien asintió con un gesto.

—Allí tendrás que poner tus datos reales, pero no te preocupes, solo el dueño y la chica encargada de verificar la información tienen acceso a ellos —me dijo, lo que consiguió tranquilizarme aún más. No porque tuviera algo

que ocultar, sino porque no quería que mi jefe me reconociera antes de enterarme bien de todo lo que se movía allí dentro.

Entramos al club y, lejos de lo que había imaginado encontrar tras esas puertas, la escena que me recibió me relajó al instante. La mayoría de los invitados ya estaban allí, agrupados en pequeños círculos o en parejas, disfrutando de una copa y conversando con una naturalidad que hacía que el lugar se sintiera acogedor. La música suave que sonaba de fondo creaba una atmósfera perfecta, invitando a dejarse llevar por el momento. Era justo lo que había venido a buscar, así que no dudé en sumergirme en la experiencia, lista para disfrutar tanto de la fiesta como de las posibilidades que ofrecía la noche.

—Hija, me lo pintaste de tal forma que pensé que al entrar me iba a encontrar con los cuerpos enredados de todos los presentes —le comenté a Margot, que soltó una carcajada.

—Eso será un poco más tarde, pero no aquí, sino en la sala habilitada para ello. Y solo si quieres entrar en el juego; nadie te va a obligar a hacer nada que no desees —me respondió con una sonrisa, guiñándome un ojo.

—Voy a intentar que sea Tyler quien me muestre las mieles de este sitio, pero si por algún motivo no es él, te aseguro que no me voy a ir de aquí con las manos vacías —le dije, y ella me miró con una mezcla de cariño y orgullo.

—Hablando del rey de Roma… por la puerta asoma. Y viene muy bien acompañado. —Me señaló hacia la entrada, por donde Tyler avanzaba junto

a otros dos hombres, a quienes, a simple vista, no reconocí.

—¿Con quién viene? —pregunté, deseosa de conocer sus nombres.

—Parece mentira que reconozcas a tu jefe y no a un hombre que ha pasado por tu cama. Son Tyler, Donovan y Jack. Y si te soy sincera, yo me lo montaba con los tres… juntos o por separado, me da igual —dijo con tanta soltura que no pude evitar soltar una carcajada, lo cual llamó la atención del trío.

—Por ahora me voy a centrar en uno… aunque, hablando desde el corazón, tampoco me molestaría que fueran Tyler y Jack, los dos a la vez —respondí, mordiéndome el labio.

—Pues piénsalo rápido, porque vienen hacia aquí. Parece que nuestras risas han despertado su curiosidad. No desperdicies la oportunidad.

—Señoritas —dijo Tyler al llegar hasta nosotras—. Un placer verlas aquí esta noche, aunque a esta preciosidad aún no tengo el gusto de conocerla.

—Gracias por la parte que me toca, señor Harper. Pero eso que ha dicho tiene fácil solución: ella es Atenea, una amiga que viene a *El Paraíso* por primera vez. Espero que sea tratada como se merece —dijo mi amiga, lanzando el anzuelo… y vaya si picó.

—Como bien ha señalado la señorita Margot, soy el señor Harper, y ellos son el señor Lennox y el señor Turner. Un placer —dijo con un tono que me

puso los vellos de punta. Luego tomó mi mano y dejó un beso en el dorso, un gesto muy suyo cuando conocía a una mujer.

—Espero que el placer sea mío, señor Harper —le respondí con todo el descaro del mundo. Un atrevimiento que, sinceramente, no sabía que tenía.

Capítulo 17



Tyler

Donovan y yo llegábamos al club cuando vimos a Jack apearse de su vehículo, así que nos detuvimos para esperarlo y comenzamos a caminar una vez que estuvo a nuestra altura.

—Pongámonos las máscaras, aunque podríamos entrar sin ellas… Total, todo el mundo nos conoce ahí dentro —dijo Donovan, provocando las risas de los tres. Y es que era cierto: aunque viniéramos disfrazados de superhéroes, nos reconocerían a la legua.

—Buenas noches, Harry. ¿Qué tal se presenta la noche? —le pregunté al portero. Él era el único capaz de adelantarnos si hubiera novedades o si nos encontráramos con los de siempre.

—Solo puedo decir que, entre todas las personas que han entrado, me ha sorprendido una amiga de la señorita Margot. Irradia magnetismo… no sé cómo explicarlo —nos dijo. Y con eso, despertó por completo nuestra curiosidad, así que entramos decididos a comprobarlo por nosotros mismos.

Atravesamos la puerta interior de *El Paraíso* con la clara intención de encontrar a esa misteriosa mujer. Para eso, primero debíamos localizar a Margot, y nos pusimos a ello. Estábamos echando un vistazo por la sala cuando unas risas —más bien carcajadas— captaron nuestra atención, obligándonos a voltear en la dirección de donde provenían. Y entonces la vimos.

Miré a los otros dos, que estaban igual de atónitos que yo. Harry tenía razón: era absolutamente espectacular. No solo por su belleza física, sino también por el aura que la rodeaba. Había algo en ella que hipnotizaba, como si un magnetismo invisible la rodeara, atrayendo la atención de todos a su alrededor.

—Esta noche es mía, que lo sepáis —les dije, mientras comenzaba a caminar en dirección a donde se encontraban ellas, sin dejarles opción a réplica. Aunque podía afirmar, con conocimiento de causa, que salvo que ella no mostrara interés por mí, ninguno de los dos iba a interferir.

—Toda tuya, campeón. Solo espero que lo consigas. —Escuché la voz de Jack detrás de mí, lo que dejaba claro que, si ella no se interesaba por mí, él no iba a desperdiciar la oportunidad.

—Señoritas —saludé en cuanto estuve a la altura de las dos, que no pasaban desapercibidas para ningún hombre presente en el lugar—. Un placer verlas aquí esta noche, aunque a esta preciosidad aún no tengo el gusto de conocerla.

—Gracias por la parte que me toca, señor Harper. Pero eso que ha dicho tiene fácil solución: ella es Atenea, una amiga que viene a *El Paraíso* por primera vez. Espero que sea tratada como se merece — dijo Margot, con ese toque de ironía tan suyo. Sabía perfectamente lo que provocaba en los hombres. Le respondí con una sonrisa, pero pronto volví a centrarme en lo que realmente me interesaba: Atenea.

—Como bien ha señalado la señorita Margot, soy el señor Harper, y ellos son el señor Lennox y el señor Turner. Un placer — me presenté con el tono pausado y sensual que acostumbraba a usar dentro del club, especialmente en mi sala. Tomé su mano con delicadeza y dejé un beso en el dorso, lentamente, como dejando claro que con ella no tenía ninguna prisa.

—Espero que el placer sea mío, señor Harper —me respondió con un descaro que, para ser sincero, no era lo que solía atraerme en una mujer. Sin embargo, había algo en su voz, en la cadencia con la que hablaba, y en esos labios carnosos, que fueron directamente a mi entrepierna. En cuestión de segundos, mi pene se puso más duro que una piedra.

—Si usted me lo permite, esta noche le demostraré que hay muchas formas de alcanzar ese placer del que me habla —le dije, con el mismo tono atrevido con el que ella me había contestado.

—¿Va a hacerlo solo o acompañado, señor Harper?—preguntó, dejando claro que no era una mujer que se escandalizara fácilmente en cuestiones de sexo. Lo cual, por otro lado, tenía todo el sentido del mundo en un lugar como este.

—Esta noche, por ser la primera, me gustaría que estuviéramos solos en la sala, usted y yo. Al menos, para disfrutarnos el uno al otro. En otra ocasión, no tendría ningún inconveniente en complacer otros deseos, siempre que sea su voluntad.

»Pero si usted piensa lo contrario, como le he dicho antes, me amoldaré a lo que anhele en este momento —le respondí, deseando que su respuesta implicara que esta noche sería solo para nosotros dos. Me provocaba tanto que apenas podía respirar del deseo contenido.

—Me parece perfecto. Esta noche, solo usted y yo. En el futuro… ya veremos —respondió, dejando la puerta abierta a cualquier propuesta futura. Apuré mi copa de *whisky* y le ofrecí el brazo. Justo cuando iba a tomarlo, apareció otra vez *esa* mujer. Maldita la hora en que me decanté por ella en lugar de pasar la noche con Margot. Estaba claro que iba a darme más de un dolor de cabeza.

—Vaya suerte la mía… encontrarme con estos tres monumentos de hombre a la vez. ¿Dispuestos a vivir una noche inolvidable? —dijo, llevando su dedo índice a los labios con fingida inocencia. Estaba a punto de contestar, pero Atenea se me adelantó, dejándome —una vez más— completamente desarmado. Y no solo en sentido figurado.

—Siento decirte que tu suerte ha cambiado, porque la noche inolvidable se la voy a dar yo… al menos a este monumento de hombre que tengo delante. ¿Nos marchamos, señor Harper? —dijo, tomando mi mano para que la ayudara a bajar del taburete. Lo hice encantado, y al posar mi mano sobre su espalda, sentí cómo se estremecía ante el contacto.

—Por supuesto que sí. El placer nos espera —le respondí. Y no sé cómo ni por qué, pero cuando quise darme cuenta, ya la estaba besando en los labios. Algo que jamás había hecho dentro de esas cuatro paredes, pero que, esta vez, no pude —ni quise— resistir.

Nos alejamos del bar, dirigiéndonos a mi sala con una mezcla de anticipación y deseo. A pesar de que la pasión me consumía por dentro, decidí tomarme mi tiempo. Quería que cada caricia que le ofreciera se quedara tatuada en su piel como un recuerdo imborrable, que cada centímetro de su cuerpo quedara grabado en mi memoria. Anhelaba saborear cada gemido y cada jadeo que escapara de sus labios. Esta vez, no me reprimiría como lo había hecho en ocasiones anteriores; estaba decidido a dejarme llevar por el momento y a explorar cada rincón de nuestra intimidad sin reservas.

—Solo voy a pedirte una cosa, y espero que la respetes: las máscaras se quedan puestas… al menos la mía —me pidió. Y aunque moría de ganas por ver su rostro completo, acepté.

—Si eso es lo que deseas, no seré yo quien lo contradiga. Ya te la quitarás cuando sientas que es el momento —le aseguré, La atraje hacia mí y la besé de nuevo, pero esta vez fue diferente; el beso se tornó más intenso, más profundo, cargado de pasión. Hacía años que no besaba a una mujer así, con tanta hambre… y mi cuerpo no tardó en hacerse eco. La presión de mi erección se hizo evidente, golpeando con fuerza contra el interior de mis pantalones, ansiosa por liberarse.

En cualquier otra circunstancia, ya habría empezado a dar órdenes. Sin embargo, con ella todo era diferente. La conexión era más intensa, más visceral. Mientras continuaba besándola, mis manos se deslizaron hacia el cierre de su vestido, que se sostenía con una simple lazada al cuello. Con cuidado y lentitud, deshice el nudo, y la parte superior del vestido se deslizó hacia abajo, cayendo hasta su vientre. Ante mis ojos se revelaron unos pechos firmes, de proporciones perfectas, con los pezones completamente erguidos, lo que intensificó aún más el momento que compartíamos.

Abandoné su boca con pesar para descender por su cuello hasta llegar a sus senos. Lamí uno, jugueteé con su pezón entre mis dientes y luego lo succioné, antes de pasar al otro con idéntico deleite.

Fue entonces cuando tomé conciencia de lo que estaba haciendo. Me aparté, confundido. No era solo deseo. Había algo más. Su presencia me había nublado los sentidos… y no entendía por qué. Era la primera vez que la veía, y, aun así, su olor, su sabor, su voz… todo en ella se había convertido en adicción.

—Desnúdate —le ordené, mientras me despojaba de la camisa y la corbata. La chaqueta ya se había encargado ella de quitármela—. A partir de ahora, las órdenes las doy yo. No podrás hablar ni correrte hasta que te lo indique. Te dirigirás a mí como *señor Harper*. Cada vez que desobedezcas, recibirás un castigo. ¿Lo has entendido? ¿Estás de acuerdo? Si hay algo por lo que no quieras continuar, este es el momento de marcharte. Si en algún momento deseas detener cualquier práctica, solo di «para» y lo haré.

—Sí, señor Harper. Muéstreme ese placer que me ha prometido —respondió, con un tono tan sensual que, por un segundo, olvidé que no tenía permiso para hablar.

Al volverme, la vi: frágil y poderosa a la vez. Llevaba un tanga de encaje que coincidía a la perfección con el color de su vestido, lo que acentuaba su silueta de manera sutil pero impactante. Sus medias, que llegaban hasta la mitad del muslo, añadían un toque de sensualidad, mientras que las sandalias de tacón, elegantes, parecían rendir homenaje a su nombre. Atenea. Una diosa, sin duda alguna.

—Quieta. —Fue lo único que logré decir antes de tomarla por la cintura y devorar su boca de nuevo. ¿Por qué deseaba tanto morder esos labios? Nunca antes me había ocurrido algo así con ninguna mujer.

En apenas dos pasos, la situé frente a la cruz de San Andrés. La ayudé a subir y até sus muñecas y tobillos con firmeza, dejándola completamente expuesta para mí. De un solo tirón, rompí su ropa interior. No se quejó. Al contrario, parecía disfrutarlo.

Me arrodillé ante ella, separé sus labios vaginales y recorrí su sexo de una sola lamida, lenta y profunda. No le prohibí gemir ni jadear, como solía hacer con otras. Esta vez, quería escucharlo todo: alto, claro, sin censura. Repetí el movimiento varias veces, añadiendo mis dedos, siempre atento a sus reacciones. Cada vez que estaba a punto de alcanzar el clímax, me detenía, dejándola al borde, frustrada… pero sabía que, cuando llegara, sería el orgasmo más intenso de su vida. Y sería mío.

Tras un buen rato explorándola con lengua y manos, me levanté y busqué una pluma. Era evidente que era su primera vez en una experiencia como esta. No quería que fuera la última. Quería que descubriera ese mundo poco a poco… conmigo como guía.

De un plumazo, la imagen de Norah se desvaneció de mi mente. Tal vez era mejor así. No debía cruzar la línea que nos separaba: ella, mi empleada; yo, su jefe. Así que me entregué por completo a Atenea, mi diosa, con el firme propósito de colmar todos sus deseos… y, por supuesto, los míos.

Recorrí con la pluma cada rincón de su cuerpo, provocando en ella un escalofrío que le puso toda la piel de gallina. Su respiración se volvió más agitada y su cuerpo, tenso, respondía con cada caricia, cada roce. Con lentitud, deslicé la pluma hasta llegar a ese punto donde el deseo se concentraba, hinchado, palpitante, suplicando liberación.

Mi voz salió ronca, cargada de deseo, mientras mi vista se nublaba por la intensidad del momento. Me arrodillé de nuevo ante ella, sabiendo que estaba justo al borde.

—Puedes correrte con mi lengua —le susurré.

Ella me miró con los ojos encendidos, agradecida, vulnerable y completamente entregada, deseosa de que le proporcionara el placer que tanto necesitaba.

Capítulo 18



Tyler

Antes de separar sus labios vaginales, pasé mis dedos por todo su sexo, llevando sus fluidos hasta su trasero, ese en el que tenía pensado perderme en cuanto se presentara la ocasión. Tenía claro que esa noche exploraría todos y cada uno de los orificios de su cuerpo, por si no volvía a tenerla entre mis brazos, aunque procuraría que no fuera así, más que nada por mi salud mental.

Me levanté un momento y me dirigí al armario donde guardaba mis juguetes sexuales. Tomé un dilatador anal, lo cubrí generosamente con vaselina para que no le resultara doloroso, e introduje el juguete en su interior sin resistencia alguna. Aquello me indicó que disfrutaba de ese tipo de prácticas, o al menos que tenía experiencia, porque no era precisamente pequeño: tenía el mismo tamaño que mi miembro.

Una vez colocado el dilatador, ahora sí era el momento de darle ese orgasmo tan merecido. No me había desobedecido ni una sola vez desde que cruzamos el umbral de esa habitación. Con mi lengua, comencé a trazar

círculos sobre su clítoris, alternándolos con suaves succiones, mientras introducía dos dedos en su vagina. Los arqueé en forma de gancho, buscando intensificar su placer, hasta que alcanzó el clímax con un grito, quedando completamente laxa en la cruz.

Con mucho cuidado, la desaté y la llevé hasta el sofá sexual que tenía preparado. Me acomodé a horcajadas, apoyando la espalda en uno de los brazos, y la senté encima de mí, también a horcajadas. Yo ya estaba completamente desnudo, con un preservativo puesto —me lo había colocado antes de bajarla—, porque sentía una necesidad urgente de penetrarla.

Tomé mi erección, que no podía estar más dura, y la posicioné en la entrada de su vagina. La bajé de un solo impulso, entrando con fuerza. Ella soltó un grito de placer, arqueando el torso hacia atrás, dejando sus pechos a la altura de mi boca, donde volví a recrearme. No había retirado el dilatador anal, lo que acentuaba la sensación de una doble penetración.

No sabría decir cuánto tiempo permanecimos en esa posición. Lo que sí tenía claro era que quería explorarla por completo. La llevé hasta la cama, donde até nuevamente sus manos a uno de los cuatro postes, especialmente diseñados para ello. La dejé de rodillas, de espaldas a mí.

Saqué el dilatador y la penetré con mi miembro completamente erecto. El placer que estaba sintiendo con esta mujer era como nada que hubiera sentido antes, lo cual me provocaba un desasosiego difícil de explicar. Si me decía que no quería volver a estar conmigo, creo que me volvería

completamente loco. Ella gemía y jadeaba mientras mis dedos volvían a buscar su sexo, dándole el placer que claramente deseaba

—Córrete para mí, y solo para mí —le susurré al oído. Ella giró la cabeza, me miró, y lo hizo, sin apartar la vista de la mía. Fue un gesto tan íntimo que estuve a punto de correrme también, pero logré contenerme. Aún me quedaba una última cosa por probar: su boca.

Con los últimos coletazos de su orgasmo, saqué mi miembro del interior de su trasero e hice algo que nunca antes me había permitido: quitarme el preservativo. Pero necesitaba sentir su aliento y su lengua, sin ningún tipo de barrera que entorpeciera sentirla plenamente. La desaté del poste, me arrodillé en la cama y la miré. No hizo falta decirle absolutamente nada, porque se colocó frente a mí, tomo mi pene con su mano y lamió desde la base al glande. Allí se entretuvo con su lengua, acariciándolo durante un buen rato, con movimientos lentos, calculados, mientras su mano recorría el eje de arriba abajo en un vaivén delicioso.

Cuando se cansó de ese juego, se lo llevó entero a la boca. Lo succionó, pero sin dejar de jugar con su lengua en esa parte tan sensible de mi anatomía.

Perdí la noción del tiempo. El placer era tan intenso que me dejaba completamente fuera de mí. Me estaba devolviendo, con creces, todo lo que yo le había dado momentos antes. Quise apartarme, evitar terminar en su boca, sabiendo que a muchas mujeres no les gustaba, y no quería incomodarla. Pero ella no me dejó. Me apretó contra sí, rodeándome con

sus manos firmes, una de ellas aferrada a mi trasero, acariciándolo, incitándome a seguir.

No aguanté más. Me corrí en su boca con un grito y un gruñido que jamás me había escuchado soltar. Y ella no se detuvo: seguía lamiendo mi glande como si se tratara de un helado de su sabor favorito. Me dejó completamente sorprendido.

Os puedo asegurar que mi pene ha estado en muchas bocas, he recibido innumerables felaciones… pero ninguna como esa. Lo juro.

—Has hecho honor a tu nombre. Eres una diosa del sexo, Atenea. Me gustaría que volviéramos a vernos… que te convirtieras en mi compañera dentro del club —le dije sin pensar. No sé qué tenía esta mujer, pero estaba rompiendo una a una todas esas barreras que tanto me había costado levantar.

—No tengo ningún problema, señor Harper. Pero la condición sigue siendo la misma: si quiere que vuelva, será con la máscara puesta —respondió. Y aquello, lejos de molestarme, me gustó aún más. Le daba al asunto un aire de misterio que lo hacía todo todavía más excitante, así que no tuve reparo en aceptar su condición.

—Me parece perfecto. Pero yo no la llevaré. Ya sabes quién soy, y no tengo por qué esconderme.

—No es que tenga que esconderme, señor Harper. Soy libre de acostarme con quien me apetezca. Sin embargo, siento que si me muestro sin el

antifaz, no seré capaz de dejarme llevar como lo he hecho hoy. El anonimato que me da el antifaz me protege —explicó con firmeza. Y, como no quería perder lo que habíamos construido, asentí sin discutir.

—Ahí tienes un baño, por si quieres asearte. Y siento lo de tu ropa interior… pero no pude resistirme.

—No te preocupes por eso. Así estarás pensando en que no llevo nada debajo del vestido durante todo el tiempo que estemos en la zona del bar —dijo con una sonrisa que casi me hizo arrastrarla de nuevo a la cama. Si no fuera por la hora y por el tiempo que llevábamos ahí dentro, lo habría hecho sin dudarlo.

Antes de salir, la besé con una necesidad apremiante. Era un beso cargado de deseo, como si mi boca reclamara la suya con una urgencia casi palpable. La calidez de su aliento aún me envolvía, y el sabor que quedaba en sus labios era un recordatorio de lo que habíamos compartido. Quería que le quedara claro que, a esa habitación, volvería conmigo y solo conmigo.

—Te voy a dejar registrada como mi compañera habitual, para que no tengas problemas la próxima vez. Eso sí: solo podrás entrar de mi mano o con mi autorización.

—¿Cómo lo haremos?

—Tendrás dos opciones: esperarme en la puerta, justo en la zona detrás de Harry, o avisarme antes si quieres tomar algo mientras tanto. Pero que te

quede claro: a la zona de juegos solo pasarás conmigo.

»Si no estoy, no pasarás del bar. ¿De acuerdo? —le expliqué con voz firme. No quería que nadie le pusiera una mano encima en mi ausencia. Y, sinceramente, ni siquiera estaba seguro de querer compartirla, a menos que fuera ella quien lo pidiera.

—Es justo. Cuando quieras que nos veamos aquí, avisa a Margot. Ella se pondrá en contacto conmigo. Tal vez, cuando nos hayamos visto varias veces y vea que eres de fiar, te dé mi número para que me contactes directamente —dijo. Y me dejó aún más fascinado de lo que ya estaba. Pero no fui yo quien discutió. Por una noche, como la que había vivido con ella… vendería mi alma al diablo.

Margot

Cuando vi que Tyler la besaba en los labios, no supe cómo reaccionar. Ni yo ni ninguno de los que lo conocíamos o habíamos estado en esa sala con él. Tan solo nos miramos, sobre todo Donovan y yo, porque sabíamos lo que eso significaba.

—Y decía que no besaba a nadie en los labios… Pues a esa bien que le ha comido la boca. ¿Se puede ser más falso? —dijo Samie, con una rabia difícil de disimular.

—A lo mejor es que ella no es «nadie», y es la mujer de su vida. ¿Has oído hablar de los flechazos? —le respondí, bastante enfadada por el comentario que había hecho.

—¿Esos dos, un flechazo? No me lo creo ni yo. Ese no tiene sentimientos, ni por ella, ni por nadie. Es un robot del sexo. Y tampoco te vayas a creer que es tan bueno, que a mí me dejó con ganas de más, antes de echarme de allí —respondió, visiblemente despechada y dispuesta a seguir discutiendo, pero lo hizo Donovan por mí.

—Mira, cariño, hay mujeres que, por muy bonito que sea el envoltorio, una vez que lo abres, lo que hay dentro no vale absolutamente nada. Y no te provoca ni siquiera para practicar sexo. Eso es lo que le ha pasado contigo. No podemos negar que eres preciosa y tienes un cuerpazo, pero una vez que abres la boca, se te baja la libido hasta el sótano.

»Y si encima luego te muestras como la mujer desesperada que eres, entonces ya, apaga y vámonos —le contestó nuestro amigo, recibiendo de su parte una mirada que destilaba todo el odio que sentía en ese momento.

Se dio la vuelta y se marchó, dirigiéndose hacia donde estaba otro hombre, también conocido por todos los presentes, y con el que yo me negaba a practicar sexo, porque trataba a las mujeres como si fuéramos prostitutas. Por mucho que lo había intentado, por ahí no iba a pasar.

—Joder, y ahora se va con Johnson. Esa no sabe lo que está haciendo —dije, y tanto Jack como Donovan siguieron con la mirada el recorrido de mi cabeza, que señalaba dónde estaban los dos.

—Se pensará que es millonario, como todos los que estamos aquí, y no tiene ni trabajo. Si entró en el club fue porque, tanto Tyler como yo, dimos la cara por él, pagando la cuota con nuestro dinero, para luego ir retirando cada mes una pequeña cantidad de su nómina.

»Así que no creo que pueda seguir aquí una vez que se le termine la suscripción anual —dijo Donovan, con un asco en su voz que dejaba claro que, detrás de todo eso, había mucho más de lo que yo no tenía conocimiento.

—¿Os ha pasado algo para despedirlo? Porque, si no recuerdo mal, era uno de vuestros empleados, ¿no? —pregunté, porque si había algo turbio, quería saberlo, y sabía que Donovan no me lo ocultaría.

—Acoso sexual a varias empleadas, entre ellas a la chica que os encontró a Tyler y a ti en su despacho —me dijo, y un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Ojalá no se diera cuenta de que era ella, de que Atenea en realidad era Norah, porque entonces todo lo que habíamos planeado se iría al garete.

—No te preocupes, Margot. Ninguno de nosotros vamos a permitir que te ocurra nada —dijo Jack, mirándome con deseo, como solía hacerlo siempre. Como sabía que Norah estaba en buenas manos, no dudé en hacerles una proposición a los dos. No iba a encontrar a nadie mejor esa noche, así que me lancé a la piscina. Solo esperaba encontrarla con agua, porque eran dos bombones que podían elegir a la mujer que quisieran.

—Puestos a protegerme… ¿por qué no lo hacéis en una de las salas? Creo que hemos venido aquí para algo más que tomar una copa, ¿no pensáis lo mismo que yo? —les dije de forma muy sensual, esperando una respuesta afirmativa.

—Totalmente de acuerdo. No perdamos más el tiempo —dijo Donovan, haciéndole un gesto a Jack para que se uniera a nosotros. Así que,

tomándome cada uno de una mano, entramos en el pasillo donde se encontraban las distintas salas.

Capítulo 19



Norah

Decir que había pasado una de las mejores noches de mi vida, sería quedarme demasiado corta. En todos mis años de adulta, desde que empecé a practicar el sexo, no me había sentido así con ningún hombre, ni siquiera la noche que pasé con Jack, que fue realmente espléndida; no le llegaba a esta ni a la suela del zapato.

—Has hecho honor a tu nombre. Eres una diosa del sexo, Atenea. Me gustaría que volviéramos a vernos… que te convirtieras en mi compañera dentro del club —me dijo, una vez que hubimos recuperado el aliento después de una sesión de sexo bastante intensa, aunque también muy placentera.

—No tengo ningún problema, señor Harper. Pero la condición sigue siendo la misma: si quiere que vuelva, será con la máscara puesta —le respondí.

No podía arriesgarme a que me descubriera y que todo se terminara casi antes de empezar. Se lo diría, por supuesto, pero solo cuando ya no tuviera más remedio. Mientras aceptara verme con la máscara puesta, mantendría mi anonimato.

—Me parece perfecto. Pero yo no la llevaré. Ya sabes quién soy, y no tengo por qué esconderme.

—No es que tenga que esconderme, señor Harper. Soy libre de acostarme con quien me apetezca. Sin embargo, siento que si me muestro sin el antifaz, no seré capaz de dejarme llevar como lo he hecho hoy. El anonimato que me da el antifaz me protege —le expliqué, dejándole claro que no lo hacía porque tuviera que esconderme de nada ni de nadie, sino porque así me dejaba llevar sin presión, que era totalmente cierto, ya que de lo contrario, no podría mirarlo a la cara en la oficina.

Me miró, asintiendo, estaba conforme con mi condición, al igual que yo lo había estado con todo lo que me propuso dentro de esa sala. Había sentido una conexión y una complicidad que no había sentido nunca, y no quería perderla y, al parecer, a él le estaba pasando lo mismo.

—Ahí tienes un baño, por si quieres asearte. Y siento lo de tu ropa interior… pero no pude resistirme.

—No te preocupes por eso. Así estarás pensando en que no llevo nada debajo del vestido durante todo el tiempo que estemos en la zona del bar —le respondí con descaro, y vi como su mirada me recorría de arriba abajo, y como tragaba saliva sonoramente.

Estoy segura de que, de no ser por el tiempo que llevábamos ahí dentro y de que casi no podíamos con nuestro cuerpo, me hubiera arrastrado de nuevo a la cama. Eso me hizo sentir poderosa. A pesar de que era él el que llevaba las riendas en cuestiones sexuales, el poder lo tenía yo, y no os podéis imaginar lo que eso significaba para mí, la seguridad que me daba.

—Te voy a dejar registrada como mi compañera habitual, para que no tengas problemas la próxima vez. Eso sí: solo podrás entrar de mi mano o con mi autorización.

—¿Cómo lo haremos?

— Tendrás dos opciones: esperarme en la puerta, justo en la zona detrás de Harry, o avisarme antes si quieres tomar algo mientras tanto. Pero que te quede claro: a la zona de juegos solo pasarás conmigo. Si no estoy, no pasarás del bar. ¿De acuerdo? —me explicó su dinámica y asentí. En cierto modo, tampoco quería estar con nadie que no fuera él; para eso no volvería aquí, sino que me iría a cualquier discoteca, como hice la semana anterior, donde conocí a Jack.

—Es justo. Cuando quieras que nos veamos aquí, avisa a Margot. Ella se pondrá en contacto conmigo. Tal vez, cuando nos hayamos visto varias veces y vea que eres de fiar, te dé mi número para que me contactes directamente —le dije.

Me miró con la boca abierta, como si lo hubiera sorprendido. No era porque no me fiara de él, sino porque no podía darle mi móvil, ese que tenía

registrado como Norah, así que tendría que comprar otro, que usaría solo para que se pusiera en contacto conmigo. Para eso necesitaba tiempo. Le daría mi nuevo número la próxima vez que nos viéramos; mientras tanto, Margot nos serviría de enlace.

Salimos a la zona del bar, donde entramos con las manos entrelazadas, como si fuéramos una pareja cualquiera que entra en un local a tomar una copa. La diferencia era que no éramos pareja, ni él sabía nada sobre mí. Por lo menos no sospechaba quién era en realidad, aunque de esa persona sí que sabía, si no todo, casi todo.

—¿Qué te apetece tomar? —me preguntó cuando llegamos a la barra, mientras me tomaba en brazos para subirme a uno de los taburetes, como si yo no pudiera hacerlo sola— Recuerda que no llevas ropa interior y, de momento, no quiero que nadie vea lo que me pertenece, lo que es solo para mí —me susurró al oído, lamiendo el lóbulo de mi oreja, poniéndome, digamos, un poquito taquicárdica.

—Una ginebra con limón, por favor —le respondí. Luego hice lo mismo que él: tomándolo de su corbata, lo atraje hacia mí y, poniendo mi mano en su miembro y acercándome a su oreja, le dije casi en un susurro—: ¿Y esto también es solo para mí o tengo que compartirlo?

— En otro momento te habría dicho que con mi cuerpo hacía lo que quería y se lo daba a quien quisiera, porque tampoco les exigía exclusividad a mis compañeras. Pero en este caso es justo que también sea solo para ti, para tu uso y disfrute —me dijo, colocó una mano en mi cuello y me volvió a devorar la boca.

Tenía entendido, por lo que me había contado Margot, que él nunca besaba en la boca a ninguna mujer, sin excepciones, y a mí ya me lo había hecho infinidad de veces esa noche. Por supuesto, no me iba a quejar, porque daba unos besos de infarto, de esos que te ponían las piernas como gelatina.

Inmersos en ese beso estábamos, cuando escuchamos la voz de esa mujer de nuevo a nuestro lado. Era incómoda hasta para escucharla, y tendría que darle un buen corte como el que le había dado antes.

— No se puede ser más falso que tú. El que no besaba a ninguna mujer dentro del club, y lleva toda la noche con la lengua dentro de su boca. Por suerte para mí, he encontrado a un hombre de verdad, que me ha hecho sentir lo que es el verdadero sexo —le dijo, dirigiéndose a Tyler, que se volvió para contestarle, pero no le dio tiempo porque yo me adelanté.

—Su lengua, sus manos y todo él, son míos ahora. Si dices que has encontrado a un hombre que te ha hecho sentir tantas cosas, ¿por qué no vas a que siga demostrándotelo? Porque, hija mía, para venir de acabar de follar, tienes muchas ganas de joder —le contesté, haciendo un juego de palabras que provocó que Tyler riera con ganas.

Me miró con odio, se dio media vuelta y se fue hacia donde se suponía que estaba ese hombre maravilloso. La seguimos con la mirada y, cuando me di cuenta de quién era —porque hasta con la máscara puesta era indiscutible de quién se trataba— me tensé y, aunque intenté disimularlo, mi jefe lo notó.

—¿Te pasa algo con ese hombre, Atenea? Te has puesto tensa en un segundo y pensaba que te había dejado de lo más relajada —me preguntó, intentando quitarle hierro al asunto.

—No, nada. Ni siquiera se ha acercado a mí, pero es su mirada, no me gusta. Es como si mirara a todas las mujeres con una mezcla de deseo y odio. Ha sido verlo y ponérseme los pelos como escarpias —le dije, y en cierto modo era verdad; nunca me había gustado la manera en la que Johnson miraba a las mujeres.

—No te preocupes por eso. Mientras estés junto a mí, no se va a atrever ni a acercarse, y no pienso separarme de tu lado hasta que no vuelva, Margot —me dijo, justo cuando ella apareció detrás de él.

—¿Me llamabais? Sé que soy irresistible y que juntos, los tres, seríamos la bomba, pero siento comunicaros que vengo sin fuerzas ni para respirar. Estos dos hombres son dos bombas sexuales, que han hecho conmigo lo que han querido, pero que me han proporcionado una cantidad de orgasmos en los que, en el tercero, ya perdí la cuenta —dijo, con todo el arte que tenía. Mi nueva amiga era graciosa y amable hasta decir basta.

Al principio, debo admitir que la juzgué de manera precipitada y no muy favorable, pero ella no se lo tomó a mal; todo lo contrario, se había esforzado por mostrarme quién era realmente Margot, la que era con sus amigos, y se había ganado mi corazón.

—De momento, ni ella ni yo queremos meter a más gente en nuestra sala, aunque tengo que reconocer que, solo de imaginarme con vosotras dos, me he puesto tan duro como una roca. Me tocará hacer trabajos manuales para bajar la erección que me habéis provocado —dijo Tyler, también en tono de broma.

—Sigue soñando, cariño, porque si alguna vez considerara la idea de sumar a alguien más, definitivamente sería otro hombre. Y si llegara a pensar en otra mujer, ni se me pasaría por la cabeza que fuera Margot; no podría mirarla a la cara después de eso —le respondí con seriedad, dejando claro que si tenía esa idea en mente, mejor que se la fuera sacando de la cabeza.

—A mí tampoco me gusta hacer un trío con dos mujeres, aunque pueda ser la fantasía sexual de muchos hombres. Personalmente, prefiero compartir ese tipo de experiencias con uno de mis amigos, con los que tengo suficiente confianza y que saben dónde están mis límites. Pero contigo ni me lo he planteado. Ahora eres tú la que te tienes que quitar esa idea de la cabeza —dijo Tyler, en un tono bastante posesivo, que me puso como una moto.

Solo nos bastó una simple mirada, para saltar uno a los labios del otro, devorándonos como si no hubiera un mañana. Esos besos eran adictivos; cada vez me gustaban más.

Tanto Donovan como Jack nos miraban sorprendidos. Supuse que era por el hecho de que Tyler estuviera besando a una mujer en ese club, pero yo no estaba dispuesta a renunciar a esto, no después de haberlo probado.

Nos tomamos la copa allí, todos juntos, entre bromas y risas, hasta que llegó el momento de marcharnos.

—Te aviso pronto, preciosa. Margot, quiero que estés pendiente del teléfono, de momento, tú nos servirás de enlace —habló. Mi amiga me miró de manera interrogante, pero le hice un gesto de que luego le explicaría todo.

—Espero tu mensaje —le respondí y, cuando estaba dispuesta a salir de allí, tomó mi brazo, haciendo que me girara bruscamente y me volvió a besar.

Un beso demandante, como si quisiera que no me olvidara de él. Cosa que sería imposible, entre otras cosas porque tendría que verlo todos los días. Pero no lo haría Atenea, esa nacía y moría entre las paredes de ese club; la que lo haría sería Norah, su empleada, la que tenía que trabajar a su lado, codo con codo, en las campañas que teníamos pendientes.

—Asquerosa, espero que me cuentes todo con pelos y señales, nunca mejor dicho. No tengo idea de lo que has sentido, pero estoy convencida de que lo dejaste impresionado desde el primer instante. En todos los años que llevamos asistiendo al club, nunca lo había visto besar a ninguna mujer. Ni siquiera conmigo lo ha hecho, así que siéntete afortunada —me dijo, y esas últimas palabras resonaron en mi cabeza durante todo el trayecto de regreso a casa.

Capítulo 20



Tyler

—¿Me vas a contar cómo te ha ido o tengo que adivinarlo? Porque, déjame que te diga algo, en todos los años que te conozco —que no son pocos, precisamente—, y en todo el tiempo que llevamos acudiendo juntos al club, jamás te había visto besar a nadie de esa manera. Ni siquiera a la innombrable —me dijo Donovan una vez que estuvimos dentro del coche. Y era cierto. Pero la verdad es que nunca me había sentido así con ninguna mujer.

—Has visto mis gestos con ella. Ahora mira mi cara… ¿Hace falta que responda a tu pregunta? —le dije, con una sonrisa que era imposible borrar de mi rostro.

—La verdad es que no. Y me alegro de que, por fin, hayas encontrado a alguien que remueva tus cimientos.

—Lo único que me preocupa es que quiere que sigamos viéndonos dentro del club.

—Pero eso no es malo, más bien todo lo contrario, porque eso es lo que tú has querido siempre, amigo, solo sexo, nada de compromiso.

—Sí, es cierto, pero con ella, algo ha cambiado. No sé decirte qué. Además, sigue queriendo mantener el anonimato conmigo. Apuesto a que «Atenea» ni siquiera es su nombre real.

—¿Estás seguro de eso que estás afirmando?

—Me ha dicho que la única condición que pone es que ella llevará la máscara puesta. ¿Y si está casada y por eso no quiere que sepa quién es? ¿Y si la cosa va a más y me lo confiesa cuando ya no haya remedio? —solté todas mis dudas como el que está en un confesionario. Pero era verdad, y con Donovan no tenía ningún secreto.

—Si te ha dicho que no tiene pareja, debes confiar en ella. No todas son como Catherine, amigo. Ella ha confiado en ti dentro de la sala, ¿por qué no puedes hacerlo tú fuera de ella? —Me aconsejaba mi amigo y, aunque sabía que tenía razón, no entendía su propuesta.

Catherine había sido mi pareja durante más de dos años. Era ocho años mayor que yo, pero no me importaba un pimiento, porque era la mujer de mi vida… o eso pensaba. Fue quien me introdujo en este tipo de prácticas sexuales —que me fascinaba llevar a cabo con ella—, quien me hizo socio de los clubes a los que asistíamos. Por aquel entonces yo no era más que un crío; acababa de terminar la universidad y estaba empezando a montar mi empresa. Ella era una mujer adinerada, así que todos los gastos de cuotas y

demás los asumía sin problema, alegando que yo se lo devolvía en «cuotas de placer», con un alto interés.

Me cegué, esa es la verdad. Y, en determinados momentos de nuestra relación, lo pasé realmente mal, sobre todo cuando quería que compartiéramos la cama con más gente. El simple hecho de ver cómo otro hombre la tocaba y la hacía gemir me partía el corazón. Pero ella era así, y tenía que entenderla. Siempre me decía que debíamos dejar el amor fuera de esas cuatro paredes, que no era lo mismo compartir el cariño que el sexo. Por eso nunca besaba a nadie en la boca, que no fuera yo cuando íbamos a cualquiera de los clubes, y yo empecé a hacer lo mismo.

No sabía dónde vivía ni en qué trabajaba. Se excusaba diciendo que lo único que debía conocer era el lugar y la hora donde estaría dispuesta para mí, que lo demás eran minucias, que ya lo sabría con el tiempo. Un día, cansado de que me manejara como a un pelele, decidí seguirla después de uno de nuestros encuentros. Ella siempre me dejaba en mi casa, pero ese día le pedí a Donovan que me esperara con el coche preparado. Así que, en lugar de subir a mi casa, salí por la puerta lateral y me monté en el asiento del copiloto. Donovan arrancó, dispuesto a seguirla.

Dimos con su casa, pero no dije nada. Al día siguiente me presenté allí con un ramo de flores. Al llamar, me abrió la puerta un niño de unos ocho años, más o menos.

—Buenos días, busco a Catherine Stone —le dije al niño, que me miró extrañado.

—¡Papá, preguntan por mamá! —gritó el niño.

Y casi me caigo de culo al ver que quien apareció fue uno de mis antiguos profesores de la universidad.

—Como puedo comprobar, mi esposa ha vuelto a hacer de las suyas, embaucando a otro papanatas para que la satisfaga sexualmente —me dijo su marido.

—¿Cómo? —pregunté perplejo.

No me respondió directamente, solo continuó como si nada.

—Chico, lo llevas claro. La conozco desde que éramos unos críos y siempre tiene el mismo *modus operandi*. Se pasea por la universidad, le echa el ojo a alguien a quien sepa que podrá manejar a su antojo, y ya tiene a su esclavo sexual… hasta que se cansa y escoge a otro.

»Todavía estás a tiempo de escapar de sus garras, hazlo tú que puedes. A mí me tiene cogido por los huevos con el tema de los niños —me explicó, cerrando la puerta a continuación.

Eso me dolió como no os podéis imaginar, porque me había enamorado de ella hasta las trancas. Y fue por eso por lo que me negaba a tener una relación más. Por eso no consentía que nadie se me subiera a la chepa en ningún ámbito de mi vida. Y ahora había llegado ella, Atenea, con su misterio y su dulzura, para echar abajo, de una sola patada, el muro que me había costado tanto tiempo levantar.

Si alguien podía contarme algo de ella —y sé que no me mentiría— esa era Margot. Así que tomé la determinación de que, al día siguiente, a primera hora, la llamaría para quedar a tomar un café. Quería saberlo todo sobre Atenea. Bueno, no quería… lo necesitaba. Necesitaba tranquilizar mi corazón y que mi cabeza dejara de darle vueltas al mismo tema.

—Ya hemos llegado, amigo. Y la verdad, no sé muy bien cómo lo hemos hecho, porque venías conduciendo en modo piloto automático. Afortunadamente, son las cinco y media de la madrugada y no había casi ningún coche por la calle. Porque si, en vez de ser esta hora, hubiera sido hora punta, nos hubiéramos matado. Eso te lo aseguro —me dijo Donovan.

Y tenía razón. No había estado atento a la carretera. Iba sumido en mis pensamientos.

—Venía pensando en ella, en todo lo que descubrí después de dos años, y en que no quiero que me vuelva a pasar lo mismo. Por eso he decidido que, en cuanto me levante, voy a llamar a Margot. Quedaré con ella para tomar un café. Si hay alguien que me aprecia, y que sé que no me va a mentir —aparte de ti—, es ella —le explicaba a Donovan, quien se veía realmente preocupado por mí.

—En eso tienes razón. Además, si ella supiera que te iba a hacer daño de alguna manera, no la habría llevado, y mucho menos habría permitido que se acercara a ti.

Una gran verdad la que acababa de decir mi amigo, porque, independientemente de que entre nosotros hubiera habido sexo en el club —

y fuera de él también, para qué negarlo—, lo cierto es que entre nosotros existía una bonita amistad de años, en los que fue mi confidente, al igual que yo lo fui suyo. Compartimos muchas cosas que nos pasaron en la vida, como lo de Catherine, que solo lo sabían ella y Donovan.

—Abre la verja, anda, y mañana la invitamos a que coma con nosotros aquí.

—No, que te conozco, y al final me lías. Le he prometido a Atenea que tendremos exclusividad el uno con el otro.

—¿Crees que Margot, sabiendo eso —y siendo su amiga además—, va a proponerte sexo? Qué poco la conoces. En esa sala, absolutamente todos los que estábamos presentes, fuimos testigos de lo que esa mujer provocó en ti, de cómo removió tus cimientos, derribando sin esfuerzo el muro que habías construido alrededor de tu corazón.

—Hablando de los presentes en la sala —dije, intentando cambiar de tema porque la situación ya me resultaba un poco incómoda—, ¿te fijaste en que Johnson estaba allí? Cuando Atenea se dio cuenta de su presencia, se tensó. Me juró que ni siquiera se le acercó, pero que su mirada le resultaba intimidante. Y no en el buen sentido, más bien todo lo contrario. Me dijo que, cuando se fija en una mujer, muestra una mezcla de deseo y odio que le da miedo.

—Yo también me fijé. Lo que no entiendo es cómo esa chica que estuvo contigo la semana pasada —Samie, creo que se llama— accedió a irse con él. Solo hay dos opciones para eso: o le va la marcha, o es una inconsciente,

porque ya sabes que el resto de las mujeres, después de pasar una noche con ese tipo, no repiten nunca.

—Eso mismo, pensé yo. Pero no voy a decirle nada, no vaya a creer que lo hago por celos. Está claro que, psicológicamente, no están bien ninguno de los dos: él por obseso, y ella porque se piensa que todos los hombres caen rendidos a sus pies.

—Sí, la forma en que se acercó hoy a nosotros no ha sido muy elegante, que digamos.

—Ya nos pasó el otro día en el restaurante, cuando fuimos a comer con Turner. Agarró a Norah por el brazo a la salida del baño y le recriminó que estuviera con «sus hombres». ¿Te lo puedes creer?

—Pues va a ser un problema. Ya se dará cuenta el dueño del club. Por cierto, me dijo que habló con Johnson, y le advirtió que, si se atrevía a contar algo sobre alguno de los socios del club —ya fuera en público o en privado—, y llegaba a sus oídos, lo demandaría por incumplimiento de contrato y difamación.

—No me jodas. ¿Y cuál fue su reacción?

—Según el dueño, bajó la cabeza y le aseguró que solo había sido un arrebato, que no se le ocurriría hacer algo así. Lo habían investigado y descubrieron que tenía a una chica dispuesta a contarlo todo en un programa de televisión. Así él se lavaba las manos.

»Pero como ya sabe que no podrá decirle nada a ella, ni alegar que lo hizo por desahogarse ni nada por el estilo, tuvo que recular. De todos modos, deberíamos estar atentos y tener cuidado con él. No me fío ni un pelo.

—En eso estoy de acuerdo contigo. De alguna manera se las va a arreglar para vengarse, tanto de Norah como de nosotros.

—Otra cosa: ¿qué va a pasar con Norah ahora? ¿Vas a seguir en tu empeño de llevarla al club? —me preguntó Donovan. Y, la verdad, no me lo había planteado. Pero, pensándolo en frío, no lo iba a hacer.

—Si te soy sincero, no me lo había planteado, pero creo que seguiremos siendo jefe y empleada. Esa mujer, Atenea, ha sido la única capaz de quitármela de la cabeza. No sé si ha sido por su sensualidad, por su carisma o por qué, pero el caso es que no puedo dejar de pensar en ella.

—Lo mismo y el sexo también ha tenido algo que ver —me contestó él, con tono burlón.

—Eso lo puedo tener con cualquiera; lo único que hace falta es que estemos en sintonía. Aunque, con ella, hasta eso ha sido especial. Me conoces, sabes que normalmente les prohíbo a mis compañeras de juego los gemidos y jadeos… pues con ella no podía. Necesitaba oírla. Era como la gasolina que prendía mis venas.

Capítulo 21



Tyler

Eran las doce y diez cuando pude abrir los ojos. No es que hubiera dormido mucho, porque mi cabeza era un hervidero, pero, por lo menos, había podido descansar un par de horas. En un primer momento, pensé en llamar a Margot, pero como seguramente estaría durmiendo todavía, opté por enviarle un mensaje de WhatsApp.

Tyler: *Buenos días, Margot. Necesito hablar contigo. Cuando puedas, llámame. Un beso.*

Ese era yo, directo al grano, sin adornos ni florituras que empañaran el mensaje realmente importante. Cuando le di a enviar, me levanté para prepararme una taza de café. En condiciones normales, me hubiera comido un par de tostadas con mantequilla y mermelada, además de unos huevos revueltos, que era mi desayuno habitual, pero ese día tenía el estómago cerrado, y no se abriría de nuevo hasta que no aclarase todas mis dudas.

Salí con la taza al porche trasero. La mañana seguía estando muy fría, pero el sol lucía espléndido y el cielo se encontraba totalmente despejado, así que hoy apetecía estar ahí, bajo los cálidos rayos de sol. Ni cinco minutos habían pasado desde que le envié el mensaje, pero ya empezaba a impacientarme. Era uno de mis mayores defectos: cuando quería algo, lo quería para ayer, y tenía que aprender a respetar el tiempo de las personas.

Terminé de tomarme el café. Estaba leyendo el periódico digital en mi Tablet y ya había perdido toda esperanza de que esa llamada se realizara pronto, cuando mi teléfono sonó, y sin mirarlo, supe que era ella: Margot.

—¿Se puede saber qué tripa se te ha roto para llamarme tan temprano? —me preguntó en cuanto fue consciente de que había descolgado la llamada.

—Técnicamente, la que me has llamado has sido tú a mí, pero te lo perdono porque ya estaba a punto de coger el coche para ir a tu casa —le respondí. Sabía que estaba de broma, al igual que yo.

—Venga, déjate de tonterías que me voy a acostar de nuevo. Te he llamado porque mi vejiga me estaba llamando con urgencia y, al mirar la hora que era en el móvil, he visto tu mensaje. Ahora en serio, ¿qué te pasa? —me dijo, cambiando su tono por completo.

—Iba a invitarte a comer para hablar de ello, pero no puedo esperar más. Necesito que me digas todo lo que sabes de Atenea, te lo ruego, por mi salud mental —le supliqué, y ella soltó una sonora carcajada.

—Para empezar, no puedo aceptar esa invitación porque he quedado. Aparte de esa apreciación, solo puedo decirte que confíes en ella, y en mí, ya que lo dices. Ni tiene pareja, ni está casada, ni nada de lo que hayas podido imaginarte. Lo de contactar conmigo cuando quieras quedar con ella también va a cambiar pronto. En breve te enviaré un mensaje con su número de teléfono, pero tendrás que esperar a que ella me lo autorice.

—Entonces no lo entiendo, de verdad.

—Tiene sus motivos para ocultar su rostro, y en estos momentos no lo entenderías. Déjala que se descubra cuando esté realmente preparada para ello. No dudes de que nunca, jamás, pondría a alguien en tu vida que pudiera hacerte algún tipo de daño, ni físico, ni psicológico —me dijo, y eso me tranquilizó bastante. No se podía imaginar cuánto lo hacía.

—Gracias, Margot, por ser mi amiga, por el cariño que me tienes, que sabes que es mutuo, pero, sobre todo, por poner a esa mujer en mi camino. No sabía que necesitaba tanto algo así hasta que no la he tenido delante. Solo espero que el destino no sea tan cruel de quitármela una vez que le haya abierto mi corazón, como me pasó con Catherine.

—Estás de un intenso que impresiona, chico —me dijo, quitándole hierro al asunto, para luego volver a tomar el tono serio con el que yo le había hablado—. No todas las mujeres son igual que ella, Tyler, y eso es algo que tienes que aprender. Déjate querer y permítete querer. Te aseguro que, cuando descubras realmente a la persona que se esconde detrás de esa máscara, vivirás una de las experiencias más bonitas que te habrá proporcionado la vida.

—Un beso, Margot, y gracias por ayudarme a aplacar a mis demonios interiores —le dije, despidiéndome de ella, para colgar la llamada al instante en el que aparecía Donovan detrás de mí.

—Deduzco, por eso último, que has pronunciado, que has hablado con Margot. ¿Todo bien? ¿Te ha tranquilizado un poco? —me dijo mi amigo, mientras tomaba asiento frente a mí, con una taza de café en la mano y una manta sobre los hombros.

— No te lo puedes imaginar. Me ha dicho que nada tiene que ver el hecho de que quiera ocultar su rostro con todo lo que me había imaginado, que tiene otras razones, pero que confíe en ella, que jamás pondría a nadie en mi vida que me pudiera hacer daño.

»Por primera vez, en muchísimo tiempo, me voy a dar la oportunidad de querer y que me quieran —le dije, levantándome a por otra de las mantitas que había en uno de los sofás, porque, con los nervios, ni cuenta me había dado del frío que realmente hacía.

—Déjate de mantas y volvamos adentro, que frente a la chimenea se está de miedo, amigo. Aquí nos arriesgamos a coger media pulmonía y, en ese caso, no podrías acudir a tu próxima cita con esa diosa del sexo llamada Atenea —dijo, soltando una carcajada, por lo que, al pasar por su lado, le di una colleja.

—Anda, vamos, que tenemos que mirar varias cosas del trabajo, y voy a aprovechar que estás aquí para no perder el tiempo el lunes —le dije, y me

respondió con una mueca que era una mezcla entre miedo y asco, y esta vez el que soltó la carcajada fui yo.

Es cierto que no tenía pensamientos de trabajar nada este fin de semana, pero la inquietud que sentía interiormente por todo lo ocurrido la noche anterior con Atenea —de quien, por cierto, me moría por saber su nombre real y por ver su rostro— la podría calmar sumergiéndome en el trabajo, y como Donovan seguía en mi casa, no dudé en que me ayudaría, por mucha mueca que estuviera haciendo.

Tras más de dos horas liados, contestando correos electrónicos y preparando varias propuestas que teníamos pendientes de revisar, decidimos que saldríamos a la calle a comer, aprovechando el buen día que hacía, donde la lluvia y la nieve no harían acto de presencia.

—¿Vamos al italiano de siempre u optamos por otro sitio menos elegante? —me dijo Donovan, que se había vestido con un pantalón vaquero gastado, un jersey de cuello vuelto, unas zapatillas de deporte blancas, y se estaba poniendo su abrigo de plumas azul marino.

Por mi parte, también había elegido ropa informal, pero en vez de un vaquero, me puse un pantalón chino azul marino, mi jersey de lana azul cielo de cuello a la caja, a juego con mi abrigo de plumas y mis zapatillas. No os lo he contado, pero ese era uno de mis vicios: las zapatillas de deporte. Las tenía en todos los colores, marcas y formas. Si tuviera que ponerme una cada día, os prometo que no repetiría en meses.

—Me parece mejor optar por algo menos elegante, paso de tener que cambiarme de ropa, aparte de que me apetece algo más grasiento. ¿Qué te parece si vamos a esa hamburguesería que han abierto nueva y que parece que tiene tan buena pinta? —le pregunté a mi amigo, sabiendo que me iba a decir que sí, porque era tan amante de la comida minimalista como de una buena y grasienta hamburguesa doble.

Nos montamos en mi coche, puesto que el suyo seguía en el taller, y nos dirigimos hasta la calle donde se encontraba el establecimiento. Por suerte para mí, encontramos un hueco para aparcar a pocos metros de la puerta. Así no tendríamos que andar mucho. No era porque fuéramos unos flojos o no nos gustara caminar; el problema era que hacía un frío de mil pares de narices.

—Mira quién está sentada allí —me dijo Donovan señalando una de las mesas, donde se encontraba Norah con su amiga Thais. Se notaba que venían del centro comercial, por la cantidad de bolsas que llevaban. Se habían dado más de un capricho, eso estaba claro. Sin pensarlo, me acerqué a ellas, pero solo para saludarlas.

—Buenas tardes, señoritas. ¿Disfrutando de una tarde de compras? —les dije, situándome a la espalda de Norah, por lo que no me vio llegar, y a su amiga no le dio tiempo de avisarla.

Por lo que pude escuchar de la conversación que tenían hasta que me vieron, estaban hablando de la noche anterior, y Norah le estaba diciendo que había sido fantástico, que nunca había sentido nada igual. Por un lado, noté ciertos celos, pero por otro, me gustó que hubiera encontrado a alguien

que se la mereciera, que le hiciera sentir lo mismo que yo había sentido con Atenea.

—Señor Harper, qué sorpresa encontrarlo aquí —me dijo, con una amabilidad que correspondía a la misma con la que yo les había hablado hacía solo unos instantes—. ¿Está usted solo?

—No, Walker, estoy con Lennox. Veníamos a comer, que nos habían dicho que aquí las hamburguesas están de muerte —le comenté, señalando a Donovan, que ya había tomado asiento en una de las mesas que se encontraban disponibles.

—Pues que las disfruten. Nosotras también vamos a seguir comiendo. Buenas tardes —me dijo, dejando claro que no iban a invitarnos a compartir mesa, y en cierto modo lo entendía, porque estaban manteniendo una conversación privada y tendrían que cortarla por nuestra culpa. Con lo cual, me despedí de ellas y encaminé mis pasos hasta donde estaba Donovan, que me miraba con una sonrisa.

—Has ido a comprobar si sentías lo mismo por Norah, ¿me equivoco? —me preguntó, y la verdad es que así había sido. Me conocía mejor que nadie, y me lo demostraba con cosas como estas.

—Exacto, amigo. Y tengo que decir que, ante el comentario que le hacía a su amiga sobre alguien que conoció anoche y que le había hecho sentir cosas que no había experimentado antes, al principio tuve celos, pero luego pensé que era muy afortunada y merecedora de encontrar a alguien que la

hiciera sentir como Atenea a mí. Así que, prueba superada, porque ella era la única mujer que me haría plantearme la exclusividad con mi diosa.

—Pues brindemos por eso, Tyler —me dijo Donovan, alzando su jarra de cerveza e invitándome a que yo hiciera lo mismo con la mía, cosa que no dudé en hacer.

En un momento dado, vimos que las chicas se levantaban para marcharse. Nosotros todavía estábamos degustando una de las mejores hamburguesas que había probado en mi vida, pero antes de irse, se acercaron a despedirse de nosotros.

—Señor Harper, señor Lennox, que disfruten del día. Nosotras nos marchamos ya, nos vemos el lunes en la oficina —nos dijo Norah, con una sonrisa que me recordaba a alguien, pero ahora mismo no podía decir a quién. Para eso era el más despistado del mundo.

—Hasta el lunes, Walker. —Se despidió Donovan.

—Que tengan un buen fin de semana —le dije yo, viendo cómo ambas salían del establecimiento y se montaban en el coche de la amiga de Norah.

Nosotros seguimos hablando y comiendo tranquilamente, porque no teníamos ninguna prisa. Lo hicimos entre risas y comentarios sobre lo ocurrido la noche anterior, en la que Jack y él habían compartido a Margot, pero había sido ella la que los había elegido. Esa mujer era una bomba sexual, libre como el viento y con las riendas de su vida bien atadas. Tenía

una seguridad en sí misma que muy pocas tenían, y ese era uno de sus mayores atractivos, aparte de su físico, que también era espectacular.

Pedimos la cuenta para pagar antes de irnos, cuando el camarero nos dijo que ya estaba todo abonado, que lo habían pagado las dos chicas que estaban en la mesa seis: Norah y su amiga. Nos habían devuelto lo de aquel día del restaurante, por lo que ambos soltamos una enorme carcajada, para después agradecer al chico su información y darle una buena propina, que correspondía casi al importe de la cuenta. Nos miró como si estuviéramos locos, y eso provocó que nuestra carcajada fuera aún más grande.

Capítulo 22



Norah

Había quedado con Thais para ir al centro comercial. Tenía que comprarme el teléfono de prepago que utilizaría para comunicarme con Tyler como Atenea, así como varios vestidos para ponerme cuando acudiera a las citas con él en el club. Ninguno de los que tenía era lo suficientemente seductor para eso.

Llamé a Margot para que se uniera a nosotras, pero me dijo que no podía, que había quedado con su padre para su comida mensual. Por lo visto, una vez al mes, y debido a la apretada agenda de su progenitor —tenía que ser cuando a él le viniera bien—, quedaban para comer y hacer un poco el paripé de vida familiar. No es que su padre no la quisiera, sino que estaba tan centrado en el trabajo que todo lo demás quedaba en un segundo plano.

Aparte de eso, me comentó que tampoco era apropiado que nos viéramos en un lugar público, ya que alguien podría reconocernos y correr con el chisme a Tyler, además del riesgo de encontrarnos directamente con él. Por eso, acordamos que, cuando alguna de las dos necesitara a la otra, nos

veríamos en mi casa. Me contó que, en su móvil, me tenía guardada como «chica de la manicura», por si en algún momento la llamaba estando alguno de los tres presentes, y me pareció una idea perfecta. Lo tenía todo calculado al detalle, fijándose en cosas en las que yo ni siquiera había pensado.

—Al final, vas a terminar comprándote el tipo de vestido que te enseñé el otro día, ese con el que me decías que ibas a acabar en la cama de un hospital —me dijo Thais al ver cómo me dirigía a la percha en la que ella estuvo mirando la última vez que vinimos a esta tienda.

—Te aseguro que, en ese lugar, lo que menos tendré será frío —le contesté, y ella soltó una carcajada.

—Voy a tener que decirle a Margot que me lleve un día. Bueno, que nos lleve, porque no creo que Luke quiera quedarse fuera de eso —propuso, y la miré con una sonrisa.

—¿Estás segura de que a Luke le va ese rollo? Lo digo porque puede que se intimide o que no esté de acuerdo contigo, aunque sé de buena tinta que ambos disfrutáis del sexo libremente.

—Precisamente, el día que fui a verlo para decirle que aceptaba ser su pareja, me dijo que, si en algún momento teníamos la necesidad o queríamos experimentar algo fuera de la relación, podíamos ir a un local de este tipo, donde seríamos nosotros quienes marcaríamos los límites, incluyendo a una persona más en nuestros juegos, ya fuera hombre o mujer. Que tendríamos que decidirlo entre los dos —me contó, mientras yo ya

había elegido tres vestidos que me habían llamado la atención y que pasaría a probarme en breves instantes.

—Pues si es lo que ambos queréis, y estáis completamente seguros de que os vendría bien como pareja, no lo dudes. Habla con Margot, porque no encontrarás un lugar mejor que El Paraíso para hacerlo realidad.

Una vez que me probé los vestidos —que al final fueron cuatro y no tres — y pagamos la cuenta, me dirigí a una de las tiendas de telefonía móvil cercanas y me hice con uno de esos teléfonos de prepago, cuyo número haría llegar a Tyler a través de Margot. Podría enviárselo yo misma, pero no quería levantar sospechas, a pesar de que podía justificar que su contacto me lo había facilitado ella directamente, alegando que no quería actuar como intermediaria. Aun así, era mejor seguir el plan tal y como lo habíamos diseñado.

Además de los vestidos, me compré también lencería nueva, acorde con el lugar en el que iba a lucirla, así como un par de zapatos de tacón y unas medias de liga para completar el atuendo.

—Me muero de hambre. Me han hablado de una hamburguesería recién inaugurada, cuyas hamburguesas están espectaculares, y está justo ahí enfrente. No tendré que mover el coche. Eso sí, te aconsejo que lleves las bolsas contigo. Solo faltaba que alguien viera cómo las guardas y rompiera la cerradura para llevárselas —me dijo Thais, y asentí, porque yo también estaba famélica.

—Estoy de acuerdo contigo, amiga. Vamos a por una de esas comidas grasientas que se instalan en las venas en forma de colesterol —le respondí, mientras ella me hacía un gesto con la mano, restándole importancia a mi comentario.

Cruzamos la calle y entramos en el local. Nos sentamos en una de las pocas mesas libres y le pedimos al camarero que nos trajera dos refrescos con hielo. A pesar del frío que hacía, no podía tomarme uno sin que estuviera bien frío.

—Ahora que estamos tranquilas, cuéntame cómo te fue todo ayer —me dijo Thais, intrigada por ese asunto del que solo le había hablado por encima, sin entrar en detalles.

—Sabes que no puedo contártelo todo, pondría en riesgo a mi amiga. Pero lo único que puedo decirte es que fue espectacular. Nunca en mi vida me había sentido como me hizo sentir ese hombre, te lo juro. —Le estaba diciendo, cuando escuché su voz detrás de mí. Por suerte, no había mencionado su nombre, o me habría muerto de la vergüenza.

—Buenas tardes, señoritas. ¿Disfrutando de una tarde de compras? —nos dijo, acercándose justo cuando le hablaba a Thais sobre cómo él me hacía sentir. Noté cierta incomodidad en su expresión, pero esperaba que no fuera porque había escuchado algo y hubiera atado cabos.

Tenía que contactar con Margot lo antes posible, para que le facilitara el número en el que podía localizarme y así asegurarme de que no me había relacionado con Atenea.

—Señor Harper, qué sorpresa encontrarlo aquí — le respondí con amabilidad, incluso dispuesta a invitarlo a sentarse con nosotras si estaba solo. Por eso, quise despejar la duda cuanto antes—. ¿Está usted solo?

—No, Walker, estoy con Lennox. Veníamos a comer, que nos habían dicho que aquí las hamburguesas están de muerte —me contestó, señalando la mesa en la que ya estaba sentado su inseparable amigo.

—Pues que las disfruten. Nosotras también vamos a seguir comiendo. Buenas tardes — le dije, justo cuando nos habían servido nuestras hamburguesas y me moría por darle el primer bocado.

Él regresó a su mesa, se sentó junto a su amigo, y nosotras nos centramos en la comida. La conversación se volvió más ligera; no quería correr el riesgo de que alguno de los dos me vinculara con Atenea, y mi amiga lo entendió perfectamente.

Cuando terminamos de comer, y para devolverles el gesto de la última vez, le pedí al camarero que incluyera en nuestra cuenta también las consumiciones de la mesa de Tyler y Donovan. Nos acercamos para despedirnos.

—Señor Harper, señor Lennox, que disfruten del día. Nosotras nos marchamos ya, nos vemos el lunes en la oficina —les dije, dirigiéndome a los dos, en el momento en que me acerqué a su mesa, sin mencionar nada sobre la cuenta, igual que ellos hicieron aquella noche con nosotras.

—Hasta el lunes, Walker — me dijo Donovan, que me miraba con una sonrisa en la cara. De esas que esconden algo. Me urgía saber a qué se debía, así que en cuanto llegara a casa llamaría a Margot, por si sabía algo.

—Que tengan un buen fin de semana — añadió Tyler. Tras eso, salimos del restaurante y nos subimos al coche de Thais, que me dejaría en casa antes de irse a la suya.

Durante el trayecto, no dejaba de darle vueltas a lo mismo. ¿Me habrían descubierto? ¿Era esa la razón de la expresión de Tyler? ¿Ocultaba la sonrisa de Donovan el hecho de que sabían quién era Atenea? Mis nervios eran tan evidentes que hasta Thais lo notó, así que decidí contarle todo. Sabía que no me juzgaría ni lo comentaría con nadie. Al mismo tiempo, le envié un mensaje a Margot, por si podía acercarse a casa para hablar.

Norah: *Hola, guapa. ¿Puedes acercarte un rato a mi casa? Tengo que hablar contigo sobre algo que me está dando vueltas en la cabeza, y solo tú me podrás sacar de la duda.*

Se lo envié esperando la respuesta. Miré a Thais, que me devolvió la mirada, interrogante, mientras paraba el coche en la puerta de mi casa.

—¿Por qué no me dices de una puñetera vez qué es lo que te pasa? ¿Qué te tiene tan nerviosa? —me preguntó mi amiga.

—Aparca el coche y vamos a subir a mi casa. No te he contado todo, pero necesito hacerlo. Aunque antes, debes prometerme que no le dirás nada a nadie, porque nos jugamos mucho, tanto Margot como yo, si algo de esto

sale a la luz —le dije. Me la iba a jugar, aunque sabía que apostaba sobre seguro con ella.

—Sabes que de mi boca no va a salir nada. Por eso puedes estar tranquila. Ni siquiera a Luke le comentaré más que tenemos una amiga que nos puede facilitar el acceso a uno de esos locales de sexo libre, por si le apetece que vayamos. Nada más. —me decía, cuando de pronto mi teléfono sonó con un mensaje. Esperaba que fuera Margot, así que lo saqué del bolso para revisarlo.

Margot: *Estoy subiendo a mi coche. La comida de hoy ha sido rápida; mi padre tenía que coger un vuelo a las cinco, pero no quería dejar pasarla porque no vuelve hasta dentro de dos meses. En veinte minutos estoy llamando al timbre.*

Fue su respuesta, y no sé por qué, pero algo en mi interior cambió. Era como si tuviera el poder de tranquilizarme, y no sabía cuánto se lo agradecía.

Entramos en mi casa, y mientras mi amiga se sentaba en el sofá del salón con una de las bolsas de chuches que solía tener, yo fui a mi habitación para guardar todo lo que había comprado, así como para ponerme cómoda. Opté por unos *leggings* y una sudadera finita. Tenía puesta la calefacción, y la casa tenía una temperatura ideal en esos momentos.

—Tengo que reconocer que ha sido toda una locura. —Empecé a contarle a Thais, que me miraba, instándome a seguir hablando.

—No te fustigues, porque seguro que no has matado a nadie, amiga. Así que respira hondo y profundo, coge una gominola y empieza a contarme todo desde el principio, sin dejarte nada y sin juzgarte, porque te aseguro que yo no lo haré —me dijo Thais, mientras por mis mejillas caían un par de lágrimas, producto de todo lo que llevaba dentro, principalmente de los nervios que se habían apoderado de mí desde que lo vi en la hamburguesería.

—Lo sé, pero no puedo remediarlo —contesté.

—Has sufrido mucho, Norah. No dejes que tu corazón deje de sentir por todo lo que te ha pasado. Te mereces ser feliz.

Capítulo 23



Norah

—Voy a empezar por el principio, para que puedas entender todo, porque te chocarán muchas cosas —le dije, mientras mi amiga me miraba expectante.

—Empieza por donde te dé la gana, pero hazlo ya, porque como tardes mucho, en vez del refresco que nos estamos tomando, vamos a tener que preparar una garrafa de cinco litros de tila —me respondió, y consiguió que esbozara una sonrisa.

—Conocí a Margot de la manera, digamos, más peculiar o menos convencional. Después de pasarme todo el día en un tira y afloja con mi jefe, porque se negaba a que tuviera una cita con el señor Turner —que ya sabes que es el hombre con el que me fui de la discoteca aquella noche—, una vez que terminé las propuestas de la campaña, fui a su despacho para enseñárselas y que él eligiera la que le pareciera mejor.

—Al grano, amiga, no te enrolles con detalles sin importancia.

—Cuando llegué, su secretaria me comentó que estaba ocupado y que había ordenado que no lo molestaran, a no ser que fuera urgente. Me tomé esas palabras al pie de la letra, haciendo caso omiso a lo que había ordenado y, como no estaba con ningún cliente, llamé a la puerta. No me contestó, y abrí, encontrándome con que ella le estaba haciendo una felación…

—No me jodas… ¿Y, aun así, te has hecho su amiga? Lo tuyo es de traca, chica —me interrumpió, pero no la dejé seguir; tenía que saber toda la historia.

—Te he dicho que me dejes hablar. Si sacas conclusiones precipitadas, no llegarás al fondo del asunto —la reprendí, y ella hizo el gesto de echarse la cremallera en la boca, por lo que seguí contándole—. Tyler me habló de una manera muy fea, hiriente y humillante, así que salí de allí como alma que lleva el diablo y me encerré en el baño.

—Yo le habría dado una patada en los huevos, te lo juro —dijo ella, pero yo hice caso omiso a sus palabras y seguí contando, porque si no hubiésemos entrado en otra espiral, desviándonos del tema.

—Cuando me tranquilicé, decidí ir a por mis cosas a mi despacho, pero me la encontré en el baño, esperándome, y me dijo que nos teníamos que tomar un café, que quería hablar conmigo. A regañadientes, tengo que reconocerlo. Fui hasta el sitio donde me dijo que me esperaba, y allí me contó que mi jefe se había enamorado de mí, pero que él veía el sexo de otra manera. Que, si quería comprenderlo y conquistarlo, fuera con ella a esa fiesta a la que acudimos.

—No sé cómo fuiste capaz de ir —murmuró.

—La única condición que le puse fue que no me reconociera. Así que alisé mi pelo, me puse un vestido sexi y me convertí en Atenea. Se fijó en mí en el mismo momento en que puso un pie en el club, y desde entonces permanecimos juntos hasta que nos fuimos a su sala. La conexión entre nosotros fue brutal, hasta el punto de que él, que jamás besa a ninguna mujer allí, me comió a besos sin importarle que los demás estuvieran delante.

—¿Y cuál es el problema? Porque, por lo poco que me has contado, te pidió que fuerais exclusivos los dos, y eso es algo que antes de ir no tenías —me preguntó, sin entender por qué estaba tan nerviosa.

—Le mentí, Thais, y ahora tengo la impresión de que me ha descubierto. Sus gestos lo han delatado. Primero, su cara de incomodidad cuando me oyó decirte que ese hombre me había hecho sentir lo que ningún otro, y segundo, la sonrisa de Donovan, que estoy segura de que escondía algo… era como si me estuviera diciendo: «Sabemos que eres Atenea y te vas a cagar» —le dije, llevándome las manos a la cara. Estaba absolutamente desesperada, cuando en ese instante sonó el timbre de mi puerta. Ojalá no fuera él, como la otra vez, porque entonces me moriría de la vergüenza.

—Ya estoy aquí, ahora cuéntame qué te pasa —dijo Margot, entrando en mi casa como si fuera la suya. La verdad es que me había olvidado por completo de que me había dicho que estaría aquí en veinte minutos, y los había clavado, ni uno más ni uno menos—. Por cierto, soy Margot, un

placer. —Se presentó a mi amiga, que fue quien abrió la puerta. Le había hablado a la una de la otra, pero aún no se conocían.

—Yo soy Thais, encantada. He oído hablar mucho de ti. Pasa y siéntate, ahora te traigo un refresco —le dijo mi amiga y, a continuación, se fue a la cocina a por lo que le había ofrecido.

—Tengo la impresión de que me ha descubierto, Margot —le dije, y ella rompió en una carcajada que resonó por todo el salón.

—Ja, ja, ja. No digas tonterías, Norah. Estáis paranoicos los dos. ¿Sabes que esta mañana me llamó a primera hora para preguntarme sobre ti? No entendía por qué querías mantener la máscara, y se pensaba que era porque estabas casada o tenías pareja.

»Solo le dije que confiara en ti, y en mí de paso, que jamás le pondría delante a nadie que pudiera hacerle daño. Tyler tiene detrás una historia complicada, como casi todo el mundo en esta vida, supongo —me dijo, dejándome con la boca abierta.

—Este mediodía nos los hemos encontrado a los dos en una hamburguesería. Tyler me oyó decirle a Thais que el hombre con el que había estado la noche anterior me había hecho sentir lo que ningún otro, y puso cara de estar incómodo. Luego, al irnos, nos acercamos a despedirnos y Donovan tenía una sonrisa de suficiencia, como si quisiera decirme algo. Me acojoné, esa es la verdad.

—¿Quieres que hagamos la prueba? —me preguntó, y asentí con la cabeza; necesitaba quitarme la paranoia de encima—. Ya tienes el número

de teléfono nuevo, ¿verdad? Pues voy a llamarlo, y pondré el manos libres para que veas que son todo invenciones tuyas.

Cogió su teléfono y marcó su número, mientras tenía delante la caja con mi número, para dictárselo cuando llegara el momento.

—Dime, Margot. ¿Ocurre algo? —dijo con ese tono de voz que era capaz de ponerme los vellos de punta, aun en la distancia.

—Hola, cariño. Acabo de hablar con Atenea y le he dicho que no tiene que temerte, que puede darte su número de teléfono sin problemas. Así que, para eso te llamo, para facilitártelo. Podría haberle dado el tuyo y que te escribiera directamente, pero preferí llamarte antes, que tienes muy mal genio cuando te enfadas.

—Sabes de sobra que no me iba a enfadar. Te conté esta mañana lo que me había hecho sentir esa mujer, pero aún hay más, y me gustaría hablarlo contigo. Eres una de las personas que más me conocen y la única que la conoce a ella.

—Tú eres muy tuyo, y no quería arriesgarme.

—Este mediodía he coincidido con Norah, la empleada que nos pilló practicando sexo en mi despacho. Antes me moría por estar entre sus piernas; era como si viera que había una conexión entre los dos. La escuché decirle a su amiga que había conocido a alguien que la hizo sentir especial. —En este punto, reconozco que una presión ocupó todo mi pecho, dejándome sin aire.

—¿No me digas? Chico, pues ya es coincidencia, para una vez que no vas a uno de tus restaurantes pijos y te la encuentras.

—Al principio sentí celos, no lo voy a negar, pero luego me alegré de que encontrara a esa persona, porque yo no soy el adecuado para ella. No entendería ni compartiría mi visión del sexo. Al llegar a la mesa, Donovan se dio cuenta de lo que había pasado y se alegró, por ella y por mí.

»Por eso mantuvo una sonrisa durante toda la comida. Cuando ella se despidió de nosotros, esa sonrisa cambió, escondiendo que sabía que había pasado una buena noche con ese hombre, pero no pude reprenderlo.

—No des nada por sentado, amor. Ya sabes que la vida da muchas vueltas. Pero no te preocupes, que con Atenea has encontrado a la horma de tu zapato. Así que apunta su número y habla con ella directamente; será lo mejor para ambos.

»Porque lo mismo no me doy cuenta del mensaje, o tengo el teléfono sin batería, y no quisiera ser yo la causante de un malentendido entre vosotros. Aunque ya sabes que me puedes llamar cada vez que quieras y para lo que quieras. —Me guiñó un ojo, para que supiera que lo estaba poniendo a prueba.

—Eso no va a volver a pasar. Me refiero al sexo, por supuesto, porque llamarte, lo haré cada vez que pueda, y nos tomaremos un café, eso no lo dudes. Pero Atenea y yo hemos acordado que vamos a tener exclusividad, dentro y fuera del club.

»Así que, lo siento, cariño mío, pero te tendrás que buscar a otro. Y ahora, dame ese número ya, que capaz eres de colgar sin habérmelo dado, y

yo, con mi gran despiste, despedirte sin tenerlo.

Una tranquilidad enorme recorrió mi cuerpo, y dejé escapar el aire que había estado conteniendo. Porque si le hubiera dicho que se encontrarían con la intención de pasar la noche juntos, me habría llevado una gran decepción. Escuché cómo le daba mi número de teléfono y se despidieron, acordando llamarse en los próximos días para salir a tomar un café.

—¿Te has quedado ya tranquila? —me preguntó con una sonrisa—. Ahora enciende ese teléfono, porque, si lo conozco bien, no tardará ni un minuto en enviarte un mensaje para preguntarte si puedes hablar.

Saqué el teléfono de la caja y lo enchufé después de encenderlo, porque indicaba que tenía poca batería. Al instante recibí un mensaje de WhatsApp, que supuse que era de él.

Desconocido: *Hola, mi diosa. Margot, me acaba de facilitar tu número de teléfono. Espero que sepas quién soy, porque, de lo contrario, me pego un tiro. Avísame cuando puedas hablar, que me muero por escuchar tu voz.*

—¿Te lo dije? Es tan previsible este hombre cuando se enamora —dijo Margot, riendo. Por lo visto, ella había estado presente en esa historia que tenía detrás y de la que no me había dicho nada. Entendía que tendría que ser él quien me la contara cuando estuviera preparado.

—Le voy a contestar y a grabar su número en este móvil —le dije, también sonriendo, porque me había hecho muchísima ilusión.

Atenea: *Hola, señor Harper. ¿Cómo no iba a saber quién me había proporcionado una de las mejores noches de mi vida? En estos momentos no puedo hablar, por dos razones: la primera, porque el móvil no tiene suficiente batería y lo tengo enchufado; la segunda, porque tengo a dos amigas sentadas en mi sofá, pendientes de todo lo que hablo o escribo. En cuanto me quede sola, no dudes de que seré yo quien te llame. Yo también estoy deseando escuchar tu voz.*

Señor Harper: *Estoy ansioso por que lo hagas, así que, en cuanto tengas un porcentaje aceptable de batería, diles que estás cansada y que te marchas a la cama.*

—¡Será cabrito el tío! Estoy por decirle que la que está en tu casa soy yo, pero entonces me delataría con la llamada de antes —dijo Margot, riendo a carcajadas.

—Margot, a mí me gustaría hablar contigo una cosita, pero quiero que no te veas comprometida, por favor —le dijo Thais, y yo sabía lo que le iba a comentar, así que preferí dejarlas a solas.

—Tú dirás.

—Norah me ha hablado de que el sábado acudió a un club de sexo libre llevada de tu mano. No la mires así, que no me ha dado ningún detalle; ni siquiera sé dónde está —le dijo Thais, al ver cómo me lanzaba una mirada incendiaria—. Lo que quiero pedirte —y sé que es una locura acabando de conocerte— es que, si puedes, nos lleves a mi chico y a mí una noche.

Porque si nos gusta, querríamos hacernos socios, al menos uno de los dos, y que el otro vaya como acompañante.

—No hay problema. Pensé que me ibas a pedir que te contara lo que se hace allí dentro, y ya te digo que jugar al parchís no es… aunque alguna que otra te puedes comer —le contestó con todo su arte, y todas nos reímos—. Apunta mi teléfono, habla con tu chico y me avisas cuándo os vendría bien. Por mi parte no tengo preferencia, voy cada vez que estoy aburrida en casa.

Capítulo 24



Tyler

En cuanto Margot me facilitó su número de teléfono, me faltó tiempo para enviarle un mensaje. Pero, a pesar de que me contestó enseguida, había pasado una hora y todavía no me había llamado. ¿Se habría olvidado? ¿Tendría que llamarla yo, o, por el contrario, no lo había hecho porque aún estaban allí sus amigas? Me cagaba en sus amigas y en la puntería que habían tenido al ir a visitarla.

Sumido en esos pensamientos estaba cuando mi teléfono sonó. Se me cayó de las manos al intentar cogerlo; menos mal que no se había cortado la llamada. Al ver que era ella quien me llamaba, una sonrisa asomó a mis labios, y no dudé en contestar.

—Mi diosa, creí que ya te habías olvidado de tu promesa de llamarme —le dije, en un tono de lo más sensual.

—Ja, ja, ja. No podría hacerlo en la vida, señor Harper. Tan solo que, hasta hace unos instantes, estaba acompañada por mis amigas, como te dije

en el mensaje —me respondió, y algo dentro de mí, con esa risa, se removió.

—He pensado que podríamos vernos mañana, ya que el lunes es festivo y no tenemos que madrugar. Por lo menos yo… No sé si tú también trabajas.

—Oh, sí, a ambas cosas: a vernos mañana y a que, por supuesto, trabajo. No me puedo alimentar del aire, señor Harper —respondió, sin aclararme dónde lo hacía. Así que no quise presionarla más. Ya se iría abriendo a mí poco a poco. Y me refiero de manera psicológica, porque físicamente ya lo había hecho… y de qué manera, además.

—Yo podría alimentarme de ti durante toda mi vida. De tu cuerpo, de tu sexo, de tu olor que me embriaga —le dije. Y es que, solo de pensar en ella, ya estaba duro como una piedra.

—Umm… me estás poniendo muy calentita, señor Harper, y no lo tengo a usted a mano para saciar mi deseo —me contestó, y eso terminó de encenderme más. Si supiera dónde vivía, no dudaría ni un instante en presentarme allí, sin avisar, para darle el más intenso de los placeres.

—Solo se me ocurre una cosa, ya que no sé dónde tendría que ir para saciarte. El club hoy cierra por descanso, suele hacerlo después de una de las fiestas. Y es tener sexo telefónico, porque el siguiente paso será hacer una videollamada —le propuse, sabiendo que no iba a acceder a esto último.

—Está bien, pero no voy a enseñarte mi cara… aún no. Y no vayas a pensar que tengo ninguna cicatriz ni nada por el estilo, es solo lo que te comenté: necesito mantener mi anonimato para sentirme a gusto. En el momento en que me haya dejado llevar varias veces, te prometo que te la mostraré —me dijo. Y me faltó tiempo para cortar la llamada y hacer una videollamada.

Lo que me mostró la cámara era su cuerpo, en ropa interior, sobre una cama. Se veía de cuello para abajo. Al parecer, tenía el móvil colocado en algún soporte, porque sus manos aparecían visibles, acariciándose el cuerpo. En la suya debería haber aparecido mi cara de pánfilo ante esa escena.

—Joder, Atenea… si con tu voz y tus palabras ya me habías puesto cachondo, no te puedes imaginar cómo estoy ahora que te estoy viendo. —Sé que las palabras podían resultar vulgares, pero no era capaz de expresarlo de otra manera.

—Déjame verlo. Quiero saber cómo te has puesto, comprobarlo con mis propios ojos —me dijo, y eso ya me terminó de desarmar.

Era la mujer perfecta para mí, y lo había sabido con solo un encuentro entre los dos. Así que me bajé los pantalones, llevándome el bóxer con ellos, y bajé la cámara del teléfono, apuntando a esa zona.

—Acarícíate para mí —me ordenó. Y, lo que en otros casos me habría supuesto un cabreo monumental, porque las órdenes las daba yo, me volvió loco. Sobre todo al ver que ella había metido la mano por dentro de sus braguitas y se estaba acariciando.

—Quédate desnuda para mí. Quiero ver cómo se mueven esos dedos entre tus labios vaginales, ser consciente de cómo te penetras con ellos, pensando que es mi miembro el que lo está haciendo —le dije, mientras yo mismo me masturbaba para ella.

Os juro por lo más sagrado que, en mis treinta y cuatro años, jamás había hecho algo parecido. Cuando tenía necesidad de sexo, o me iba al club, o quedaba con alguna de mis habituales en algún hotel cercano. Pero esta mujer estaba rompiendo todas mis normas. Y me gustaba. Eso era lo más complicado: que me sacaran de mi zona de confort y, encima, me sintiera a gusto.

—¿Así? Dime cómo lo harías tú, el ritmo que llevarías, y lo haré tal y como tú me digas. —Ver esa mano en su sexo, como se acariciaba lentamente, me estaba matando. Necesitaba correrme, así que le dije lo que tenía que hacer para que alcanzáramos el orgasmo los dos a la vez.

—Penétrate con dos dedos, rápidamente. Arquéalos dentro de ti para que lleguen a tu punto G, mientras, con la otra mano, acaricia tu clítoris. Quiero ver cómo te corres, quiero escuchar tus gemidos mientras lo haces —le dije, a la vez que mi mano subía y bajaba por mi miembro al mismo ritmo que el de ella.

Lo conseguimos. Nos corrimos los dos a la vez. Era como si ella, con sus gritos y sus gemidos, hubiera acelerado mi placer. Lo sentí como si estuviera dentro de ella, como si sus paredes vaginales apretaran y aprisionaran mi pene. Y lo hice, yo también grité de placer. Os prometo que

fue algo totalmente involuntario. Cuando me quise dar cuenta, ya lo había hecho.

—Joder, señor Harper, has conseguido que esta noche duerma de lo más relajada —me dijo, provocando en mí una sonora carcajada.

—Ha sido un favor mutuo, mi diosa. Te espero mañana en la entrada interior del club a las nueve. Te invitaría a cenar antes, pero me conformaré con tomar una copa contigo. Algún día me darás el placer de poder llevarte de la mano por la calle —le dije, sorprendiéndome por mis propias palabras. Afortunadamente, todavía no había cambiado el móvil de posición. Si no, se habría dado cuenta de mi cara de desconcierto.

—Algún día, señor Harper… algún día —me dijo. Así que subí el móvil para despedirme de ella.

—Que tengas una buena noche, Atenea, mi diosa. No dudes de que yo soñaré contigo —le dije, antes de lanzarle un beso y colgar.

¿Qué me estaba haciendo esta mujer? ¿Debería seguir viéndola o, por el contrario, tendría que pararlo ahora que aún estaba a tiempo? Me lo preguntaba después de colgar, con el móvil aún en la mano. Pero entonces recordé las palabras que me había dicho mi amiga esa mañana: «Déjate querer y permite que tu corazón sienta», y me di cuenta de que ya era demasiado tarde para dar marcha atrás. Porque mi corazón, ese al que no le permitía sentir nada por ninguna mujer, me había desobedecido, y latía solo por y para ella.

Entré en la ducha para asearme, sin dejar de pensar en lo que habíamos hecho, y me puse duro de nuevo. Así que, si no quería tener un dolor de huevos toda la noche, ya sabía lo que tenía que hacer. Parecía un adolescente que había descubierto el cuerpo de una mujer por primera vez, y que no podía dejar de tocarse pensando en ella.

Después de darme una buena ducha y ponerme el pijama, me sentí más relajado y decidí que era hora de ir a la cocina a prepararme un sándwich. Había estado esperando su llamada y, en medio de esa expectativa, se me había pasado la hora de la cena, así que el hambre comenzaba a hacerse notar. Me lo comí frente a la chimenea, con la televisión puesta, pero sin prestarle mucha atención, pues seguía sumido en mis pensamientos.

Casi sin darme cuenta, mis párpados comenzaron a cerrarse lentamente, así que decidí apagar la televisión, desconectar el ruido del mundo exterior y activar la alarma de la casa. Me dirigí a la cama, llevando en mi mente la imagen de ella, tan vívida que parecía acompañarme. La certeza de que al día siguiente la vería me llenaba de emoción y anticipación. Aún era de noche, pero ya me encontraba contando las horas, deseando que el reloj avanzara más rápido hasta llegar a la hora en que había quedado con ella.

—Joder, ¿quién llama tan temprano? —dije en voz alta, sin mirar el reloj. Debían de ser las siete u ocho de la mañana, pero fui a abrir antes de que el timbre me quemara los oídos.

—¿Se te han pegado las sábanas, amigo? —me dijo Donovan, entrando en mi casa con bollos recién hechos en una bolsa de mi panadería preferida.

—¿Qué hora es?

—Son las diez y media. Y, viendo que no me habías llamado para preguntarme nada del trabajo, me dije: «Donovan, a tu amigo le pasa algo. Compra bollos y ve a su casa ya» —me contestó el muy cabrito con una sonrisa en la boca—. Y cuando llego, resulta que lo único que le pasa es que se ha quedado dormido. Qué poco estoy acostumbrado a esto. ¿Acaso saliste anoche de juerga sin mí?

—No digas más tonterías. Desde que entré en mi casa después de comer, no he salido para nada. Lo que pasa es que anoche me acosté tarde…

—¿Viste a Atenea? —me preguntó, sacando su vena cotilla a relucir.

—Digamos que… parcialmente —le dije, para aumentar su curiosidad.

—A mí me tienes que hablar como si fuera tontito. Y no me vayas a decir que el «como si fuera» sobra. Hazme el favor y cuéntamelo todo, no te dejes nada en el tintero —me dijo, y no pude reprimir la carcajada que salió de lo más profundo de mi pecho.

—Verás, ayer por la tarde me llamó Margot y me dio el número de teléfono de Atenea, que el de ella ya lo tenía —le dije, explicándoselo todo, tal y como me había pedido, como si fuera tontito.

—No seas más cabrón, que eso lo sabía. Sigue.

—Pues no me interrumpas más. Como te iba diciendo, me facilitó su número alegando que no quería estar en medio, que podía olvidarse de algún mensaje o no enterarse. Que prefería mantenerse al margen. El caso es que le envié un mensaje para que me dijera cuándo podía hablar con ella, pero estaba con unas amigas y no podía.

—Tú, tan correcto como siempre, hijo: preguntar en vez de llamar directamente.

—Al final, fue ella la que me llamó cuando se quedó sola. Y lo que empezó como una llamada para vernos esta noche, terminó con una videollamada en la que practicamos sexo telefónico. Por eso te digo que la vi parcialmente, porque la imagen solo mostraba su cuerpo de cuello para abajo —le conté. Mi amigo me miraba con los ojos como platos, totalmente asombrado por lo que estaba escuchando.

—A esa mujer le voy a poner un monumento. Con todo su arte, y casi sin que te des cuenta, te está sacando de tu zona de confort. Lo único que le pido a Dios es que no se esconda tras la máscara porque sea más fea que Picio. Aunque, si es el caso, le dejas el antifaz puesto hasta para ducharse.

»Además, aquí en invierno lo tendrías fácil: le compras un pasamontañas y dices que lo lleva porque es muy friolera —me dijo. Y, viendo su cara, no era capaz de parar de reír.

Desayunamos y, tal y como había dicho él, nos pusimos a repasar los correos electrónicos pendientes, hasta que nos dio la hora de la comida. Así que pedimos a uno de nuestros restaurantes preferidos.

Capítulo 25



Norah

En el momento en que me quedé sola, me fui a mi cuarto con el teléfono que había comprado para hablar con él. Lo situé en un soporte y me desnudé, quedándome con uno de los conjuntos de ropa interior nuevos que había comprado. Tenía la esperanza de que me pidiera hacer una videollamada. Me moría por verlo, así que me aseguré de que en la pantalla solo se viera mi cuerpo: ni mi cara ni mi cabello, ese que recogí en una coleta alta para evitar que se notara.

Con más nervios que cuando tenía quince años y llamaba al chico que me gustaba, presioné la tecla de marcación rápida donde estaba grabado su número, y esperé a que me contestara.

— Mi diosa, creí que ya te habías olvidado de tu promesa de llamarme — me respondió. Y a mí se me caía el alma cuando se refería a mí de esa manera. Era algo indescriptible, y si encima lo hacía con ese tono… para qué contar más.

—Ja, ja, ja. No podría hacerlo en la vida, señor Harper. Tan solo que, hasta hace unos instantes, estaba acompañada por mis amigas, como te dije en el mensaje —le respondí con una risa nerviosa, de la que supongo que se daría cuenta, aunque no me dijo nada al respecto.

— He pensado que podríamos vernos mañana, ya que el lunes es festivo y no tenemos que madrugar. Por lo menos yo… No sé si tú también trabajas.

—Oh, sí, a ambas cosas: a vernos mañana y a que, por supuesto, trabajo. No me puedo alimentar del aire, señor Harper — le contesté, sin darle ningún dato que pudiera permitirle localizarme. Eso ya lo haría cuando estuviera completamente segura. Nunca antes de lo debido. Pero a él pareció no importarle, o al menos, no se molestó por ello.

—Yo podría alimentarme de ti durante toda mi vida. De tu cuerpo, de tu sexo, de tu olor que me embriaga. — Joder… ¿qué le contestaba yo ahora a este hombre después de esas palabras? Pues iba a optar por la verdad, porque no había otra manera de hacerlo.

—Umm… me estás poniendo muy calentita, señor Harper, y no lo tengo a usted a mano para saciar mi deseo —le contesté descaradamente, sabiendo que, si pudiera quedar conmigo en ese momento, no dudaría en acudir corriendo. Pero eso todavía no podía ser.

—Solo se me ocurre una cosa, ya que no sé dónde tendría que ir para saciarte. El club hoy cierra por descanso, suele hacerlo después de una de las fiestas. Y es tener sexo telefónico, porque el siguiente paso será hacer una videollamada —me propuso. Estaba seguro de que se iba a sorprender

con mi respuesta, al igual que yo. Pero, al fin y al cabo, era lo que llevaba deseando desde que marqué su número. De lo contrario, habría llamado con el pijama puesto. No me habría tomado tantas molestias.

—Está bien, pero no voy a enseñarte mi cara… aún no. Y no vayas a pensar que tengo ninguna cicatriz ni nada por el estilo, es solo lo que te comenté: necesito mantener mi anonimato para sentirme a gusto. En el momento en que me haya dejado llevar varias veces, te prometo que te la mostraré — le dije. Y me quedé hablando sola, porque la llamada se cortó para, automáticamente, recibir una videollamada desde su móvil, lo que me provocó una carcajada.

Cuando descolgué y lo vi detrás de la pantalla, mi corazón dio un vuelco. ¿Cómo podía haberme enamorado de ese hombre en tan poco tiempo? Su cara me decía que él se había quedado tan impresionado como yo, y no tuvo ninguna duda en hacérmelo saber.

— Joder, Atenea… si con tu voz y tus palabras ya me habías puesto cachondo, no te puedes imaginar cómo estoy ahora que te estoy viendo — me dijo, con el deseo reflejado en los ojos. Así que no me callé. Yo lo había incitado a eso, y lo quería al rojo vivo, igual que yo.

— Déjame verlo. Quiero saber cómo te has puesto, comprobarlo con mis propios ojos —le dije. Lo vi suspirar, tragar saliva de manera excesiva, como si su garganta se hubiera quedado seca. Pero no dudó en quitarse la ropa y mostrarme su miembro, que aparecía de lo más apetecible, duro y erguido.

Joder, lo que daría yo ahora mismo por tenerlo cerca…

—Acarícíate para mí — le dije. Luego me di cuenta de que podía haberme extralimitado diciéndole eso. Pero nada más lejos de la realidad: lo hizo. A la vez, yo metía la mano por dentro de mi ropa interior, mostrándole que estaba dispuesta a hacer lo mismo para él. Tan solo tenía que ordenármelo.

— Quédate desnuda para mí. Quiero ver cómo se mueven esos dedos entre tus labios vaginales, ser consciente de cómo te penetras con ellos, pensando que es mi miembro el que lo está haciendo —me dijo, y así lo hice, mientras él se masturbaba para mí.

Un calor súbito se apoderó de mis mejillas, pero no podía dejar que se quedara en eso. Necesitaba más, porque sabía que él también quería más. Así que, perdiendo la poca vergüenza que me quedaba, lo incité a que me dijera qué hacer.

—¿Así? Dime cómo lo harías tú, el ritmo que llevarías, y lo haré tal y como tú me digas — le pregunté, mientras mis dedos se paseaban entre mis labios vaginales, consciente de que ambos buscábamos lo mismo: corrernos como dos posesos.

— Penétrate con dos dedos, rápidamente. Arquéalos dentro de ti para que lleguen a tu punto G, mientras, con la otra mano, acaricia tu clítoris. Quiero ver cómo te corres, quiero escuchar tus gemidos mientras lo haces —me ordenó.

No quise ni pude reprimir mis gemidos. Me corrí con un grito que sonó por todo el bloque, pero me daba exactamente igual. Lo hice mirándolo a él, que también había alcanzado el orgasmo al mismo tiempo que yo, con un gruñido que conocía muy bien. Nos recompusimos un poco después de eso, para poder seguir hablando.

—Joder, señor Harper, has conseguido que esta noche duerma de lo más relajada —le dije. Y era cierto. Había sido de lo más placentero, mientras escuchaba una carcajada que provenía de su teléfono.

—Ha sido un favor mutuo, mi diosa. Te espero mañana en la entrada interior del club a las nueve. Te invitaría a cenar antes, pero me conformaré con tomar una copa contigo. Algún día me darás el placer de poder llevarte de la mano por la calle —me dijo, dejándome completamente sorprendida. Por lo que tenía entendido, él iba a lo que iba y nada más. La cena la dejaba para su círculo cercano, sus amigos… aunque en el caso de Margot, también había pasado por su cama.

— Algún día, señor Harper… algún día —le dije, sin saber qué más decirle. Por ahora no podía, por mucho que me hubiera gustado.

—Que tengas una buena noche, Atenea, mi diosa. No dudes de que yo soñaré contigo —me dijo, para luego lanzarme un beso y colgar, dejándome con una sonrisa en los labios.

Me metí en la ducha, con agua calentita. Primero para asearme, y segundo para intentar relajarme un poco más. Porque con esas últimas palabras que me había dedicado, me había puesto el pulso a mil.

Caí en la cama completamente agotada, y apenas apoyé la cabeza en la almohada, el sueño me envolvió. No tengo idea de con quién soñaba Tyler esa noche, pero yo, en cambio, me encontraba sumida en un sueño que giraba en torno a él. Recordaba vívidamente nuestra conversación telefónica, un momento que había dejado una huella profunda en mí, y estaba convencida de que tendríamos la oportunidad de repetirlo en persona. Sin embargo, en medio de ese sueño, una inquietante visión se apoderó de mí: me veía a mí misma en una de nuestras citas, en su sala, donde él, al quitarme la máscara, se quedaba atónito al descubrir quién era realmente. La escena se tornaba oscura cuando, en lugar de la sorpresa esperada, su reacción era de rechazo, y me echaba de allí con desprecio, como si mi verdadera identidad fuera un motivo para alejarme de su vida.

Me desperté sobresaltada. ¿Y si eso era lo que iba a suceder? ¿Y si, al descubrir que Atenea era yo, perdía hasta mi trabajo? No. No iba a pasar eso. Mi trabajo estaba al margen de todo lo que estaba ocurriendo entre nosotros. No perjudicaría su empresa por una desavenencia sexual.

Me preparé un café y encendí un cigarrillo, aunque no era una fumadora habitual. Tenía un paquete guardado en casa para esos momentos en que la ansiedad me invadía, como ahora. No sabía si el nerviosismo que tenía era por lo que había soñado o por el encuentro que habíamos preparado para esa noche.

Al recordar eso, me di cuenta de que era necesario que me alisara el cabello de manera adecuada. Así que tomé la decisión de regresar a la peluquería, ya que no tenía la destreza suficiente para lograr que mi pelo

quedara tan liso como una cortina. Reflexionando sobre el tema, también pensé que sería una buena idea dejar que me maquillaran.

Antes de salir, dejé cuidadosamente sobre la cama el vestido que planeaba ponerme para la cita, junto con el conjunto de ropa interior y los zapatos que había elegido. No sabía cuánto tardarían en arreglarme en el salón de belleza y no quería llegar tarde. Pensé en comprar otra máscara. Quería tener una para cada vestido. Así que decidí llamar a Margot para preguntarle dónde había adquirido las máscaras que llevamos a la fiesta anterior. Buscaba algo de buena calidad, ya que no estaba dispuesta a conformarme con una de esas baratas que se encuentran en las tiendas de los chinos; no quería arriesgarme a que la goma se rompiera y que mi verdadera identidad se revelara antes de lo planeado.

—Hola, corazón mío. ¿En qué puedo ayudarte? —me dijo nada más contestar el teléfono, con su manera habitual y la amabilidad que siempre mostraba con todos sus amigos.

—Hola, cielo. Te llamaba para preguntarte dónde podría hacerme con algunas máscaras más. No quiero ir siempre con la misma a mis encuentros con Tyler —le dije. La escuché reír al otro lado de la línea telefónica.

—Eres única, cariño, te lo prometo. ¿Tú crees que Tyler se va a fijar en las máscaras que lleves? Confórmate con que se fije en el vestido. Pero vamos, no te preocupes, que te voy a decir dónde compré las nuestras, para que no te quedes con las ganas —me contestó. En cierto modo tenía razón, aunque no por ello desistiría de mi idea.

Me dijo la dirección de la tienda donde había adquirido las anteriores. Curiosamente, estaba justo al lado del salón de belleza, por lo que entraría a comprarlas antes de alisarme el pelo. No quería que alguien me viera y me relacionara con Atenea.

—Mil gracias, corazón. Ya te escribo mañana para contarte cómo me ha ido —le dije, despidiéndome de ella con un beso.

Me puse unos vaqueros y un jersey de lana, porque el frío seguía siendo nuestro más fiel compañero desde que llegó. Me abrigué bien, cogí también uno de mis plumas y mis botas con pelito. Salí de casa y tomé un taxi. No quería mover el coche de donde lo tenía aparcado, porque luego sería prácticamente imposible encontrar otro sitio cerca. Y como por la noche tampoco lo usaría, era lo mejor.

—Buenas tardes —le dije a la chica que estaba detrás del mostrador de la tienda a la que me había enviado Margot—. Venía buscando máscaras elegantes.

—Buenas tardes. Acabamos de recibir el nuevo catálogo. Si me acompaña, se las enseñaré in situ, donde podrá probárselas para encontrar la que más se ajuste a sus necesidades —me contestó. De camino hacia la zona donde se encontraban, llamó mi atención un conjunto de ropa interior que sería ideal para esa noche. No dudé en pedirlo también.

Salí de allí con cuatro máscaras de lo más elegantes y femeninas, y también con dos conjuntos de ropa interior nuevos, que sabía que iban a poner a Tyler como una moto con tan solo mirarme.

Capítulo 26



Tyler

Había llegado la hora de arreglarme para acudir a la cita con Atenea, y estaba tan nervioso como si fuera la primera de mi vida. Todo este cúmulo de sentimientos que se agolpaban en mi mente me decía que lo que me ocurría con ella iba más allá del mero sexo, y se lo tendría que decir… pero no esta noche. No quería asustarla. Aunque con la llamada del día anterior ya le dejé entrever algo, no fue ni al completo ni de manera directa.

—Joder, vas hecho un pincel, amigo. Se nota que esa mujer te ha dado fuerte —me dijo Donovan, que todavía no se había marchado. Estaba esperándome para que lo dejara en casa de camino al club.

—Mi diosa, no se merece menos —le respondí. Me miró con una sonrisa ladeada, como quien sabe más que tú de tus propios sentimientos. Y, en cierto modo, hasta tenía razón, porque yo los sentía, pero no podía identificarlos ni ponerles nombre. Así que mejor me dejaba llevar y que todo fluyera como tuviera que fluir.

Salimos de mi casa y nos montamos en mi coche. Me cogía de camino y no iba a permitir que tomara un taxi, además íbamos muy bien de tiempo. Durante el trayecto, ambos permanecimos en silencio. Yo iba pendiente de la carretera; no quería que me ocurriera como la vez anterior, aunque la imagen de Atenea en la cama la pasada noche no se borraba de mi retina por más que lo intentara.

—Te llamo mañana para quedar a comer —me dijo Donovan, que en un principio se había planteado venirse conmigo al club, pero siendo el día que era, sabía que solo estarían allí quienes hubieran quedado con sus habituales. No le apetecía acoplarse a una pareja, así que, al final, decidió marcharse a casa.

—Perfecto, pero que no sea muy temprano, que me apetece descansar un poco por la mañana —le respondí. Y eso tampoco era usual en mí. Fuera la hora que fuera cuando me acostaba, como muy tarde a las ocho, ya estaba en pie, por lo que me miró con la boca abierta.

—¡El señor Harper durmiendo como un vil mortal! No me lo puedo creer —me contestó con guasa.

—No digas nada que no sea necesario. Adiós. —Me despedí con una sonrisa en los labios, mezcla de lo que había hablado con mi amigo y de lo que sabía que me estaba esperando en el club.

Aparqué en la misma puerta del local, donde estaba Harry, sonriente como siempre, esperando para abrir la puerta a los clientes.

—Buenas noches, Harry. ¿Qué tal todo? —le pregunté, como hacía habitualmente al llegar al club.

—Buenas noches, señor Harper. Muy tranquilo hoy, aunque me he llevado la sorpresa de que ha vuelto la chica que llegó el sábado con la señorita Margot. Lo está esperando —me dijo con una sonrisa, esperando mi reacción.

—Sí, gracias, Harry, por avisarme. Había quedado con ella —le respondí. Me miró completamente sorprendido.

Entré y la vi de espaldas. Su melena suelta caía como una preciosa cortina negra. Llevaba un vestido negro de satén, que le quedaba por encima de la rodilla y le hacía un trasero espectacular —bueno, el que ella tenía. Al notar mi presencia, se dio la vuelta, y entonces me sorprendí aún más. Estaba preciosa. El escote en V del vestido, acompañado de esos tirantes finos que se resbalaban por sus hombros, le realzaban una figura de infarto. Todavía no había entrado por completo y ya estaba deseando quitárselo.

—Has venido… —me dijo en un susurro, como si esperara lo contrario.

—Siempre, mi diosa. Cada vez que me reclames, ahí estaré, donde sea y cuando sea. No lo dudes nunca —le dije, tomándola por la cintura para acercarla a mí y besarla. No fue un beso breve ni dulce, sino intenso y pasional, de esos que te dejan sin respiración.

—Será mejor que pasemos dentro —me dijo cuando nos separamos para coger aire. La tomé de la mano y la conduje al interior.

Nos sentamos en los taburetes que había en la barra del bar. Bueno, más bien se sentó ella; yo me limité a ponerme a su lado, de pie, mientras pedíamos unas copas. Me fascinaba ese lado tímido que tenía, que desaparecía en cuanto entrábamos en la sala. Ahí se convertía en la mujer más sensual y sexual que había tenido entre mis brazos… sin contar con Catherine. Con ella no sabía si lo que me atraía era su experiencia o su seguridad, pero me había hecho tanto daño que no quería ni recordarla.

—Hombre, Harper, y con una chica nueva. ¿La compartimos? —dijo la persona que menos me esperaba encontrar esa noche y cuya presencia me resultaba de lo más desagradable.

—Johnson, contigo, no compartiría ni un paquete de pipas, así que hazme el favor y lárgate —le dije. Noté cómo Atenea se tensaba en extremo.

—No seas así. Sabes que tarde o temprano te cansas de las mujeres, ¿qué más te da que esta preciosidad esté con los dos a la vez? —dijo, pasando un dedo por el brazo de Atenea. Ella reaccionó de una manera que no me esperaba para nada.

—Como me vuelvas a tocar sin mi permiso, vas a tener que comer con una cañita, porque te voy a dejar sin dientes —dijo, mientras le retorcía el dedo con el que la había tocado.

—¡Suéltame, zorra, me estás haciendo daño! —le gritó, doblándose de dolor.

—Te lo advertí una vez y no pienso hacerlo más. Como vuelvas a dirigirte a cualquier mujer en esos términos, te las tendrás que ver conmigo, Johnson —le dije, cogiéndolo por la solapa de la chaqueta y lanzándolo lejos de donde estábamos.

—Esto no va a quedar así. Quien ríe el último, ríe mejor —me soltó, alejándose por el pasillo que daba a las distintas salas. Suponía que habría quedado con alguna mujer. Pobre de la que fuera, porque si de por sí tenía fama de que se le iba la mano, hoy, con el cabreo que llevaba, la sacaría a pasear más de la cuenta.

Nos quedamos en el bar, terminando la copa e intentando tranquilizarnos. No quería ir a nuestra sala después de un encontronazo tan desagradable, no hasta que Atenea se encontrara perfectamente. Ella me miró de una manera que no os puedo describir, me tomó de la mano…

—Bésame. Lo necesito —me dijo. No me resistí. Le tomé la cara con ambas manos y posé mis labios sobre los suyos de manera dulce y tierna, pero eso no era lo que necesitaba, porque ella misma profundizó el beso, dejándome completamente excitado. La tomé en brazos, la bajé del taburete y, sin dejar de besarla, la llevé hasta el pasillo.

Saqué la llave del bolsillo interior de mi chaqueta, pero por algún motivo que desconocía, no llegaba a entrar del todo, por lo tanto, no giraba para poder abrir. Pero no me iba a quedar con las ganas de tener a Atenea a mi merced. Sería de manera diferente esta vez, porque al no tener a mano todo lo que me gustaba utilizar en mis encuentros sexuales, no podría llevar a

cabo lo que generalmente hacía. Aun así, me negaba a dejar de darle placer ni sentirlo yo.

—Debe haberse roto la cerradura. Pero no te preocupes, mi diosa, iremos a otra de las salas normales —e susurré al oído mientras mordisqueaba el lóbulo de su oreja—. La única diferencia es que no tendremos juguetes con los que jugar. Seremos solo tú y yo: nuestras manos, nuestras lenguas y nuestros cuerpos.

—Me da todo igual. Lo único que quiero es sentirte, que me des el placer que me prometes cada vez que hablas conmigo —me contestó, casi sin poder articular palabra por el deseo que sentía.

—Eso, siempre. No lo dudes —le aseguré, y la tomé de la mano para entrar en la primera habitación abierta que vimos. Era como la mía, pero sin artefactos. Normalmente, la gente acudía a este tipo de habitaciones para practicar sexo en grupo, por eso la cama era así de grande.

Al entrar, cerré la puerta por dentro y la miré como si fuera el mejor manjar que podía llevarme a la boca. Un manjar de dioses, nunca mejor dicho. Me acerqué, la cogí por la cintura y la pegué a mi cuerpo, para que notara mi erección en su vientre. Ella gimió y yo me tragué ese gemido con un beso profundo.

—Desnúdame —le ordené. Porque aunque sabía que no iba a ser el sexo al que estaba acostumbrado, no podía dejar de lado mi faceta dominante. Y eso a ella le estaba encantando, por lo que había podido comprobar en su mirada.

Me quitó la chaqueta, lanzándola a un sillón que había en la habitación. Continuó desabotonando toda mi camisa y, cuando la tuvo completamente abierta —y antes de quitármela por los brazos para lanzarla al mismo sitio —, lamió mi torso desde el ombligo hasta el cuello. Eso me excitó todavía más de lo que ya estaba.

Ella aún seguía vestida, pero no por mucho tiempo. En cuanto llegó a la altura de mi cuello, le deslicé los tirantes del vestido por los hombros, haciendo que cayera a sus pies. Con un gesto tan gracioso como elegante, lo apartó y lo dejó a un lado, sobre el suelo.

Al deshacerme de su vestido, lo que se mostró ante mi vista no podía gustarme más. Llevaba un conjunto de lencería de lo más sugerente: un corpiño negro sin tirantes y unas braguitas tipo *culotte*, todo de encaje. Pero al darse la vuelta, vi que la parte trasera era prácticamente un tanga. En mi vida había visto a una mujer a la que le quedara tan bien la ropa interior, ni siquiera a las modelos de los anuncios… y muchas de ellas habían pasado por mis sábanas.

No sé cómo ni cuándo, pero ya se había deshecho de mis pantalones, dejando mi cuerpo cubierto solo con el bóxer, en el que se marcaba claramente el grosor de mi erección. No sabía si darle órdenes o dejar que hiciera conmigo lo que le diera la gana, y opté por lo segundo. De verdad, cuando estaba con ella, no me reconocía. Y eso me provocaba miedo y placer a partes iguales, porque no quería que me rompieran el corazón de nuevo. Pero ya era demasiado tarde para pensar en eso, porque ella era su dueña. Lo tenía en sus manos, y podía hacer con él lo que quisiera.

Se arrodilló y bajó mi bóxer, haciendo que mi erección prácticamente saltara hacia su rostro. Se humedeció los labios y se lo llevó a la boca, degustándolo a placer. De mi garganta brotaron gemidos que, lejos de detenerla, la encendieron aún más.

Cuando vi que aquello iba a terminar antes de empezar, la levanté del suelo y la puse de rodillas en la cama. Ella misma se deshizo del sujetador, tirándolo al suelo de un manotazo. Yo, desde detrás de ella, me puse a la altura de su sexo. Aparté la braguita hacia un lado y lo lamí entero, de una sola pasada, para luego penetrarla con mi lengua…

Capítulo 27



Norah

El encontronazo con Johnson no fue nada agradable, pero quedó atrás en cuanto entramos en aquella habitación. En la suya, la cerradura se había estropeado y no pudimos acceder, pero me daba igual. Lo único que deseaba era sentir a Tyler en todo su esplendor.

Sus gemidos al meterme su miembro en la boca me habían puesto como una moto, y lo tuvo que notar, porque incrementé el ritmo y la succión, hasta que me levantó y me puso de rodillas en la cama. Me quité el sujetador, quería que mis pechos volaran libres y, como hoy no tenía que acatar órdenes, lo lancé lo más lejos que pude de un manotazo cuando cayó debajo de mí.

Se colocó detrás de mí, apartó mi braguita y lamió todo mi sexo de una pasada, para luego penetrarme con su lengua. Grité de placer como nunca antes, porque con ese simple gesto, que no duró más de dos o tres segundos, logró llevarme al éxtasis. Sentí cómo un orgasmo nacía en mi bajo vientre y se extendía por toda mi columna vertebral.

—Qué poco me has durado, mi diosa. Menos mal que yo tengo cuerda para rato, y no pienso dejarte ir sin un buen puñado de orgasmos como el que acabas de tener —me dijo mientras se colocaba un preservativo y me penetraba desde esa misma postura. Estimulaba mi trasero con sus dedos, lo que me volvía completamente loca.

Cuando se cansó de esa postura, se sentó en la cama, apoyado sobre sus talones, y me hizo montarlo dándole la espalda. Me penetró desde atrás, y mientras yo me movía sobre él, llevó una mano a mi sexo, acariciando mi clítoris con movimientos circulares, mientras que con los dedos de la otra mano me penetraba. Esa doble estimulación me volvía completamente loca. Sentir cómo me invadía por ambos lados me ponía tan increíblemente caliente, que no tardé en correrme otra vez. Poder entregarme al orgasmo sin esperar su permiso era una liberación, y lo mejor era que sabía que aún me esperaban muchos más.

Me tumbó de nuevo en la cama, colocó mis piernas sobre sus hombros y se inclinó para beberse mi orgasmo, paseando su lengua por cada rincón de mi sexo. Esta vez no hubo penetraciones con la lengua ni con los dedos; no, simplemente se dedicó a saborearme con calma, como si mi placer fuera el manjar más exquisito. Y lo consiguió. Me llevó otra vez al clímax, directo en su boca, justo como él quería.

—O bajas el ritmo, o me voy a desmayar —le dije, y él soltó una carcajada que, en los años que hacía que lo conocía, no la había visto nunca salir de su boca.

—No puedo, mi diosa, pero no te preocupes, no dejaré que te desmayes. Me gusta verte activa en la cama, no inerte —dijo sin dejar de reír. Cada vez que se dirigía a mí de esa forma tan particular, algo se estremecía dentro de mí. No podía evitarlo.

En cuanto que se repuso de la risa, y en la misma postura en la que estaba, me penetró fuerte, de una sola estocada, para salir de mí lentamente, y vuelta a empezar. Quería que fuera más rápido, pero no podía ni hablar para decírselo. El placer que estaba sintiendo no me permitía articular palabra.

—¿Qué te pasa, mi diosa? ¿Quieres que vaya más rápido? —me preguntó con voz ronca, tan cargada de deseo como yo.

—Sí, por favor —le contesté como pude. Y me hizo caso.

—Pídeme lo que quieras. Esta noche es tuya, y seré yo quien acate tus órdenes sin rechistar —añadió, dejándome totalmente sorprendida. Según lo que me había contado Margot y recordando cómo se había comportado en la ocasión anterior, esto no era algo común en él. Sin embargo, no quise hacerle sentir incómodo ni cuestionar su repentina disposición.

—Siempre serás tú quien dé las órdenes, y yo obedeceré lo que me indiques —le dije, y parecía que le gustó mi respuesta. Su reacción no se hizo esperar: embistió dentro de mí como si no hubiera un mañana. Alcanzamos juntos el clímax, gritando al unísono, de la forma más intensa, imaginable.

Durante los minutos que pasamos intentando recuperar el aliento y las fuerzas, no dejamos de estar unidos por nuestro sexo; él seguía dentro de mí, apoyado sobre sus codos, sin apartar la mirada de mis ojos. Sentía algo tan profundo por ese hombre que comenzaba a asustarme. No quería que me rompiera el corazón, pero tenía claro que, tarde o temprano, sucedería. Ya fuera porque, al descubrir mi verdadera identidad, se sintiera traicionado, o porque simplemente se cansara de mí, como había hecho con todas las mujeres que pasaron por su vida. Por todo eso, las palabras que pronunció a continuación me tomaron completamente por sorpresa.

—No sé qué me pasa contigo, Atenea, pero siento que vuelvo a ser yo. El Tyler que siempre fui. Y eso me aterra —dijo, mientras una lágrima rodaba por mi mejilla. Era lo más bonito que podía decirme: que conmigo estaba recuperando su esencia.

—Yo también tengo miedo, Tyler. —Me atreví a llamarlo por su nombre de pila, sin saber cómo reaccionaría. Pero no se lo tomó a mal —. La verdad, sufrí mucho en el pasado y no quiero que me vuelvan a partir el corazón.

—Déjame verte por completo. Permíteme conocerte y ser tu pareja, dentro y fuera de este club —me pidió. Pero todavía no podía, necesitaba más tiempo, y así se lo hice saber.

—No puedo todavía, Tyler, pero te prometo que, más pronto que tarde, sabrás quién soy realmente. Y, si me das la oportunidad, te acompañaré durante el tiempo que quieras que permanezca a tu lado —le dije, sin poder evitar el llanto, de lo que él se dio cuenta.

—No me gustan los ultimátums, Atenea, pero no voy a arriesgar mi corazón para que luego lo pisotees. Si en un mes no te muestras sin esta máscara… con todo el dolor del mundo, te dejaré marchar —me dijo. Y algo se rompió dentro de mí. Un mes era muy poco, pero estaba dispuesta a arriesgarme. No iba a dejar que se alejara.

—Estoy de acuerdo. Un mes. Para entonces ya tendré el valor suficiente para mostrarte mi verdadera identidad.

Nos miramos con una intensidad que parecía electrificar el aire entre nosotros y, sin saber quién dio el primer paso, nos besamos. Lo hicimos con la misma fuerza con la que nos habíamos estado mirando: con intensidad, con pasión, con algo que no sé cómo describir, pero que había cambiado dentro de nosotros. Lo que siguió fue mucho más que follar… hicimos el amor. Cada movimiento era un baile lento y dulce, pero mantenía esa chispa ardiente que nos había llevado hasta allí, como si el tiempo se detuviera y solo existiéramos nosotros dos en ese momento.

Cuando finalmente nos vestimos y nos preparamos para salir, me lanzó una última mirada. En sus ojos, vi un reflejo de mis propias emociones, y eso me impulsó a abrir mi corazón, a pesar del temor que me provocaba la idea de que pudiera asustarse y alejarse por la intensidad de lo que acabábamos de vivir.

—Prométeme que hablaremos todos los días, Tyler. Prométeme que no permitirás que algo tan insignificante como una máscara nos impida vivir lo que estamos sintiendo, porque mis sentimientos no dejan de crecer. Te

quiero, señor Harper —le dije. En su rostro noté una mezcla de miedo e ilusión que logró tranquilizarme un poco, al igual que las palabras que pronunció a continuación.

—Te lo prometo, Atenea, porque yo también siento cómo mi corazón late más fuerte cuando estás cerca. Estás logrando que vuelva a ser yo mismo, no ese ser tan frío en el que me había convertido en los últimos tiempos. Yo también te quiero, mi diosa.

Nos dimos un beso en la puerta del club, delante de Harry, que nos miraba con una sonrisa. Luego, cada uno tomó una dirección distinta: él se subió a su coche y arrancó, mientras yo paraba un taxi que pasaba por allí.

Cuando llegué a casa, me di una larga ducha. La necesitaba más que a nada en el mundo, por varios motivos, aunque el principal era quitarme de encima esa sensación de traición que me martilleaba la cabeza. Sabía que estaba mal, que debía decirle quién era en realidad, pero también sabía que no estaba dispuesta a renunciar a lo que estábamos viviendo. Me hacía sentir viva, querida y deseada como nunca antes en mi vida.

Después de ponerme el pijama, me preparé una leche con cacao caliente y me disponía a irme a la cama, cuando vibró el teléfono que usaba para comunicarme con Tyler —el mismo del que nadie más tenía el número—. Lo tomé sin dudar, convencida de que solo podía ser él.

Desconocido: *Esto no va a quedar así, zorra. Veré caer a tu amante y te arrastrarás hasta mí, suplicando que te ayude a sacarlo.*

Mis manos comenzaron a temblar, al imaginar que podrían hacerle daño a Tyler. Sin embargo, intenté convencerme de que debía tratarse de una equivocación; nadie sabía que me comunicaba con él a través de ese número. Dejé el teléfono a un lado, intentando calmarme, pero volvió a vibrar.

Desconocido: *¿No vas a decirme nada? Porque con él no estás. Os he visto salir del club, así que no te he pillado follando. ¿Acaso estás con otro y por eso no me contestas?*

Atenea: *Me parece que te estás equivocando de persona.*

Le respondí pensando que, al decirle eso, dejaría de insistir y se daría cuenta de su error. Pero el error fue mío al creer que eso realmente sucedería.

Desconocido: *Ja, ja, ja… ¿Eso es lo que piensas, Atenea? Pues déjame decirte que estás muy equivocada. Primero caerá él, «el señor Harper», y después tú, zorra engreída. ¿De verdad crees que por tener unas buenas tetas y un buen culo vas a llegar más lejos de lo que ya has conseguido con él? Sigue soñando.*

Todo esto empezaba a darme miedo, pero ¿qué podía hacer? Si llamaba a Tyler, estaba segura de que vendría hasta aquí de inmediato, y eso no podía permitirlo. ¿Ir a la policía? Tampoco era una opción: terminaría descubriéndome, y aún no estaba preparada para eso. Margot… ella era mi única salida. Así que, temblorosa, marqué su número de teléfono.

—Chica, sabía que me ibas a llamar hoy, pero no que lo harías a las seis de la mañana —me contestó. Estaba segura de que la había despertado, pero como siempre, no perdía su buen humor.

—Amiga, te necesito… tengo mucho miedo —le dije, sin poder contener el llanto. Escuché cómo encendía la luz de su cuarto y se bajaba de la cama.

—¿Estás en casa?

—Sí.

—Voy para allá. Mientras, tómate una infusión relajante —me dijo. Y eso hice. Me fui a la cocina y, como pude, me preparé una tila, aunque sabía que no me iba a calmar. Ni de lejos era eso lo que necesitaba. Lo necesitaba a él, necesitaba su abrazo para tranquilizarme… pero no podía permitírmelo. Aún no.

No pasaron ni diez minutos cuando Margot llamó al timbre de mi casa. Me sobresalté, aunque sabía que era ella. No podía evitar que el miedo se apoderara de mí.

—¿Qué te ha pasado? ¿Ha sido Tyler? —preguntó preocupada. Negué con la cabeza y le tendí el teléfono para que viera los mensajes, sin poder articular palabra.

—Joder… ¿Esto ha sido ahora? ¿Después de salir del club?

—Sí, justo ahora. Me llegaron en cuanto salí de la ducha. Cuando escuché vibrar el móvil, pensé que era Tyler escribiéndome, pero al leer el primer mensaje me di cuenta de que no. Como nadie más tiene ese número, al principio creí que se habían equivocado… pero luego vi que no. Estaban dirigidos a mí, y me he asustado.

—Tenemos que ir a la policía, no puedes dejarlo pasar, es una amenaza en toda regla.

—Me descubrirían, Margot, y quiero ser yo quien se lo cuente. Mañana hablaré con él, entraré en su despacho y le diré quién soy. Luego, después de explicarle todo, iremos a la policía, te lo prometo —le dije. Ella me entendió a la perfección; no era lo mismo que te lo contara un extraño a que saliera de la boca de la misma persona que tenía que hacerlo. Sabía que él se sentiría traicionado, pero contra eso no podía hacer nada.

—Está bien, pero no tengas el móvil encendido. Yo me pondré en contacto con Tyler y le diré que lo has perdido. Así, al menos, no tendrás que leer más mensajes de esos. —Me aconsejó mi amiga, y eso hice: lo apagué en ese mismo instante.

Capítulo 28



Tyler

Vi cómo paraba un taxi y se montaba; supuse que era en dirección a su casa. Tengo que reconocer que mi primera intención fue seguirla, saber dónde vivía y conocer su verdadera identidad, pero luego pensé que no tenía ningún derecho a hacerlo, que debía respetar sus tiempos y esperar a que ella me lo desvelara.

En ese momento me acordé de lo de la cerradura, así que bajé del vehículo de nuevo, encontrándome con la puerta de acceso vacía. Subí hasta el despacho del dueño, que también estaba vacío. Al bajar las escaleras, me topé de frente con Harry.

—Señor Harper, pensé que ya se había marchado —me dijo con su sonrisa habitual.

—Y lo había hecho, Harry, pero me acordé de que tenía que comunicar que la puerta de mi sala no se podía abrir, y por eso volví —le dije, pensando que él se lo comunicaría al dueño.

—Si tienes tiempo, podemos echarle un vistazo ahora; tal vez solo se haya quedado atorada —me respondió, y asentí. Total, no tenía prisa, nadie me esperaba en casa.

Nos dirigimos a mi sala y, al meter la llave, esta entró y giró sin problemas, pero lo que encontramos al abrir no tenía nombre. Dentro estaba Samie; le habían dado una paliza terrible, justo en el interior de mi sala, lo que me puso los vellos de punta.

—Llama a una ambulancia y a la policía, rápido —le pedí a Harry, mientras me acercaba a ella para comprobar si estaba viva. Tenía pulso, lo que supuso un enorme alivio para mí.

Además de hacer lo que le había dicho, también llamó al dueño del local, que esa noche no había acudido y llegó casi al mismo tiempo que la policía y la ambulancia.

—Buenas noches, ¿qué ha sucedido aquí? —preguntó la policía, mientras los sanitarios comenzaban a atender a Samie, que seguía inconsciente.

Nos dispusimos a contarles lo que habíamos descubierto, primero juntos y luego por separado, para ver si nos contradecíamos en algún detalle.

—¿Quiénes tienen la llave de esta sala aparte de usted, señor Harper? —me preguntó uno de los policías.

—El dueño del local, el señor Smith, y yo somos los únicos poseedores de esa llave.

—¿La ha perdido de vista en algún momento?

—La mía, no, siempre la llevo conmigo.

—Cuénteme qué ha hecho desde que llegó aquí esta noche. —Me inquirió el policía, y comencé a relatarle todo.

Mientras le iba contando lo que había hecho, me fijé en que se llevaban a la chica en una camilla; seguía inconsciente, por lo que podía comprobar. También vi que tanto Harry como Smith continuaban con sus interrogatorios.

—Manténgase localizable y no salga del país, podríamos requerir su presencia en cualquier momento. Ahora entrarán los de la científica para tomar huellas y buscar pruebas —me dijo el policía, así que me dispuse a salir del club lo antes posible.

Si la noche había empezado mal por culpa del encontronazo con Johnson, había terminado peor. Lo sentía por esa pobre chica, a saber con quién había quedado, porque yo no la había visto ni entrar. Pero lo que más me dolía era que había sucedido en mi sala, esa que era de mi uso exclusivo, lo que me implicaba sin tener nada que ver. Esperaba que la policía hiciera bien su trabajo y que el culpable recibiera todo el peso de la ley.

A pesar de que ese día era festivo, yo no tenía ninguna gana de fiesta, así que le mandé un mensaje a Donovan para que dejara la comida para otro día. Solo quería llegar a mi casa, ducharme y acostarme a dormir, aunque no creía conseguirlo, más que nada porque no se me quitaba de la cabeza la imagen de Samie, tirada en el suelo y envuelta en un charco de sangre.

Cogí el móvil para escribirle a Donovan, porque, aunque eran cerca de las ocho de la mañana, sabía que todavía estaría durmiendo, cuando me llegó un mensaje de Margot.

Margot: *Me acabo de cruzar con Atenea. Ella venía de su encuentro contigo y yo salía a correr. Me ha dejado un mensaje para ti. Ha perdido su teléfono, así que no estará operativo hasta mañana, cuando pueda conseguir uno nuevo. Por si intentas ponerte en contacto con ella y ves que no te responde, para que no te asustes. Nos vemos, un beso.*

Ni siquiera me había acordado de enviarle el mensaje que tenía pensado, pero aunque no lo viera en ese momento, se lo enviaría de todos modos, para que sintiera que no la había olvidado ni a ella ni a lo que me hacía sentir. A Margot ni le contesté; ella me conocía y sabía que ante mensajes informativos yo no solía responder.

Tyler: *Sé que no lo leerás hasta mañana, pero no podía dejar pasar la oportunidad de decirte que me hiciste pasar una de las mejores noches de mi vida. Ojalá, antes del tiempo que hemos fijado, puedas tener la suficiente confianza para mostrarme quién eres realmente. No olvides que te quiero.*

Ese fue el mensaje que escribí y le envié; necesitaba que supiera que yo seguía ahí, sobre todo después de lo que había pasado esa noche en mi sala.

Tal y como dije, me duché y me metí en la cama, pero al no poder dormir y sin ganas de seguir dando vueltas, me levanté y fui a la cocina. Eran las tres de la tarde, así que en algún momento debí haber caído rendido y dado alguna cabezada.

Puse las noticias en la televisión, por si acaso decían algo de lo sucedido en el club, pero por lo visto las investigaciones seguían de manera hermética. Y, casi que lo prefería, porque el primer nombre que saldría a la luz sería el mío, y no quería que me arrastraran por el fango sin que se supiera lo que realmente había pasado.

Agradecí que Donovan me diera mi espacio. Cuando lo llamé, le conté por encima lo ocurrido; tampoco podía profundizar mucho, más que nada porque no tenía ni idea de lo que realmente había pasado en la sala, y mucho menos quién era el responsable.

El día lo pasé entre el sofá y la cocina. Si Atenea hubiera tenido su teléfono, no habría dudado ni un instante en llamarla para hablar con ella. Su voz tenía el poder de calmarme, pero como lo había perdido, no tenía más remedio que buscar otro modo. Por eso bajé hasta la piscina interior, me desnudé por completo y me sumergí en el agua, dejando que el cansancio se apoderara de mi cuerpo para poder descansar esa noche.

A la mañana siguiente me levanté un poco más descansado. No es que hubiera dormido mucho, pero sí lo suficiente como para no tener el dolor de

cabeza que arrastraba el día anterior. Me di una ducha rápida para terminar de despejarme, me vestí y me dispuse a ir a la oficina, donde tenía varias reuniones y algunas revisiones de propuestas de campaña; así que mi mente estaría ocupada.

Al entrar en mi despacho, me encontré con Donovan y Norah en el pasillo. Estaban hablando sobre una de las campañas que teníamos pendientes. Noté a Walker algo nerviosa, pero supuse que sería por tener que rememorar la escena que vio con Margot en esa misma estancia, lo que me sacó una leve sonrisa.

—¿Os pasa algo a los dos? —pregunté, porque ninguno de los dos se atrevía a entrar.

—Estamos decidiendo quién va a entrar primero a hablar contigo —dijo Donovan, mientras Norah bajaba la cabeza, algo avergonzada.

—Pues entrad los dos a la vez, primero habla uno y luego el otro —les dije, alternando la mirada entre los dos.

—Yo… preferiría que no hubiera nadie presente y hacerlo tranquilamente, así que será mejor que entre él y, cuando terminéis, me avise —dijo Norah, intentando no parecer nerviosa, dando unos pasos hacia el pasillo.

—Está bien, pero no te vayas muy lejos, porque yo no voy a tardar nada y no me apetece ir hasta tu despacho a buscarte. Así que ponte a charlar con su secretaria sobre los últimos modelos de las famosas de las revistas —le

dijo Donovan a Norah con su típico tono burlón, mientras ambos entrábamos en mi despacho.

No nos había dado tiempo a sentarnos cuando escuchamos un jaleo afuera, así que salimos para ver qué estaba sucediendo, encontrándonos con varios policías que sujetaban a mi secretaria y a Norah para que no se acercaran a mí.

—¿Ocurre algo, caballeros? —pregunté, sin imaginar lo que me esperaba.

—¿Es usted el señor Tyler Harper? —me preguntó uno de ellos.

—El mismo. ¿Puedo ayudarles en algo? —respondí, recibiendo la mirada interrogante de Donovan, pero no podía decirle nada porque no sabía lo que ocurría.

—Queda usted detenido por tentativa de homicidio contra la señorita Samantha Holmes —me dijo, dejándome completamente paralizado.

¿Detenido, yo? ¿Por querer matar a Samie? No entendía nada, pero esperaba que todo se aclarara más pronto que tarde.

—Donovan, busca a Margot. Solo ella puede localizar a Atenea, que es la única que corroborará mi coartada —le dije a mi amigo mientras me esposaban.

—¿Es necesario esposarlo? —preguntó Donovan, asintiendo ante lo que yo le había dicho.

—Es nuestro trabajo, señor. No podemos hacer otra cosa que cumplir con nuestro deber —respondió uno de los policías que participaba en la detención.

Mientras se cerraban las puertas del ascensor, miré a Norah, que estaba en *shock*. No podía apartar la vista de mí, con una mezcla de miedo y compasión que me desgarró, porque no era desconfianza lo que percibí, sino todo lo contrario. Era como si ella supiera que me habían tendido una trampa. Arqueé una ceja, y ella apartó la mirada sin articular una sola palabra.

En la puerta de las oficinas había un montón de prensa arremolinada; era como si alguien les hubiera adelantado lo que iba a pasar. Tenía claro que se iban a cebar conmigo en los próximos días, y debía estar preparado para ello.

—¿Tiene algo que decir, señor Harper? —preguntaban a mi paso. Sabía que no debía responder, pero, aun así, no pude callarme.

—Solo que soy inocente del cargo que se me acusa. Se demostrará, y tomaré medidas contra todo aquel que intente ensuciar mi nombre. —Les dejé claro con esas palabras, mostrando que no iba a consentir nada y que me defendería con uñas y dientes.

Capítulo 29



Norah

Estaba completamente dispuesta a hablar con Tyler, iba a contarle toda la verdad, pero cuando vi que lo habían detenido por el intento de homicidio de Samie, me quedé completamente en *shock*.

—Voy a llamar a Margot y al abogado. Tenemos que dar con Atenea como sea, aunque tenga que ir a buscarla al fin del mundo. —Escuché decir a Donovan a la secretaria de Tyler—. Mientras yo intento localizar a la chica, avisa tú al abogado. Cuando lo tengas, me pasas la llamada, por favor.

Yo seguía sin poder moverme. No era capaz de procesar las órdenes que mi cerebro le estaba enviando al resto de mi cuerpo. Quería hablar, gritar, pero no podía… hasta que el señor Lennox se dio cuenta.

—Norah, no entiendo qué haces ahí parada, con lo que tenemos encima —me dijo. Y entonces fue cuando parpadeé y, con lágrimas en los ojos, pude moverme.

—Donovan —lo tuteé—, cuéntame lo que ha sucedido, te lo pido, por favor.

—No sé si querrás ni si podrás procesarlo, Norah. Será mejor que llamemos a Margot. Es la única persona que puede sacarlo de este atolladero —me respondió, encaminando sus pasos hacia su despacho. Pero lo seguí, lo agarré del brazo y me dispuse a hablar.

—La única persona que puede ayudarlo es Atenea… y la tienes delante. —Me atreví, por fin, a decir. Me miró con una mezcla de asombro e inquietud, que confirmó con sus palabras.

—¿Qué cojones estás diciendo, Norah? ¿Qué sabes tú de Atenea? Espero que no sea lo que estoy pensando, porque, como sea así, habrás cavado tu propia tumba. Te lo aseguro —me dijo, muy enfadado.

—Ya nos ocuparemos de eso luego. Ahora lo importante es sacarlo de allí, y yo soy la única que le puede dar una coartada sólida, porque estuvo conmigo toda la noche. Aparte de eso, ayer recibí unos mensajes amenazantes, pero antes de denunciar o decir nada, quería hablar con Tyler, contarle la verdadera identidad de Atenea y explicarle mis motivos.

»Cuéntame lo que ha pasado y vamos a hablar con la policía, te lo ruego —le supliqué. Sabía que no me perdonaría esa traición, pero con eso ya contaba. Ahora lo único que quería era arreglar todo para que pudiera salir libre.

—Lo único que te puedo contar, porque es lo único que sé, es que anoche, después de estar con Atenea… o sea, contigo, volvió al club porque se le olvidó decirle al dueño que la cerradura de su sala no funcionaba.

»Fue con Harry para intentar comprobar qué le pasaba y abrió sin problemas, encontrándose a Samie tirada en el suelo, inconsciente y en un charco de sangre.

»Lo siguiente que sé, es lo mismo que tú: que se lo han llevado detenido —me contó a regañadientes, porque sabía que seguía enfadado conmigo.

—Vamos a hablar con la policía, esto demostrará que él es inocente —le dije, levantándome para coger mi bolso y, al encender el teléfono con el que me comunicaba con Tyler, me salió un mensaje suyo, que me sacó más de una lágrima.

Tyler: *Sé que no lo leerás hasta mañana, pero no podía dejar pasar la oportunidad de decirte que me hiciste pasar una de las mejores noches de mi vida. Ojalá, antes del tiempo que hemos fijado, puedas tener la suficiente confianza para mostrarme quién eres realmente. No olvides que te quiero.*

—Sé que me vas a odiar cuando te enteres de quién es en realidad Atenea, pero te prometo que te sacaré de ahí. Por el amor que te tengo, que nos tenemos… aunque no puedas perdonarme, lo haré —dije en un susurro, sin poder apartar la vista de la pantalla del móvil.

Fui a buscar a Donovan y lo encontré hablando con Jack en el pasillo. Le estaba contando todo lo que sabía, cuando, de pronto, me acordé de algo

que habíamos pasado por alto, algo a lo que no le habíamos dado la importancia que realmente tenía.

—¡Johnson! —exclamé en voz alta.

—¿Qué estás diciendo ahora, Norah? ¿No te parece que ya tenemos bastantes líos encima como para meter a alguien más en esto? —me espetó Donovan, sin tener idea de a qué me estaba refiriendo.

—¿Sabes algo que nosotros no sepamos, Norah? —me preguntó Jack, con más amabilidad que Donovan, a quien entendía que estuviera enfadado, aunque aún no se había dado cuenta de que lo único que yo quería era ayudar a Tyler. Lo que me pasara a mí era secundario.

—Anoche, mientras Tyler y yo estábamos tomando una copa en el bar del club…

—¿Estuviste anoche con Harper en el club? —me preguntó, sorprendido. Por lo visto, Donovan no le había dicho nada sobre la identidad de Atenea.

—Esa es una historia muy larga que te contaré luego. Ahora vamos a lo importante. Como os decía, Johnson se acercó a nosotros y quiso que Tyler me compartiera con él. Me tocó el brazo de una forma repugnante… y casi se lo parto.

—Me niego a creer que Harper se quedara de brazos cruzados —dijo Donovan, aún más sorprendido.

—Se enfrentaron, y él lo amenazó. Le dijo que la cosa no iba a quedar así, que se vengaría… algo así como «quien ríe el último, ríe mejor». Después fuimos a la sala de Tyler, pero la llave no encajaba, así que nos metimos en otra que estaba abierta.

»Cuando llegué a casa, recibí estos mensajes en el móvil que solo utilizaba con Tyler, del que solo conocían el número él y Margot, nadie más —les dije, mostrándoles el móvil para que pudieran leerlos.

—Ha tenido que ser alguien de dentro. Vamos a la policía inmediatamente, esos datos son importantes y seguro que no los tienen —dijo Jack, instándome a entrar en el ascensor rápidamente—. Ahora, por el camino, me cuentas qué coño hacías con Tyler en el club y cómo sabes lo de la sala.

—Id vosotros delante. Yo voy a intentar localizar al abogado, a ver qué nos puede contar. Nos vemos allí —dijo Donovan, entrando de nuevo en su despacho para hacer una llamada.

Bajamos directamente hasta el garaje en el ascensor. La puerta del edificio estaba completamente invadida por la prensa, así que suponía que la entrada de la comisaría estaría igual. Menos mal que Jack había sido más precavido que yo y había preguntado a cuál se lo habían llevado, porque yo ni siquiera había pensado en eso.

—¿Me vas a contar ya la historia o la tengo que adivinar? —me dijo Jack mientras íbamos de camino.

—¿Versión corta o versión extendida?

—Empieza por la corta y, si necesito detalles, ya te iré preguntando.

—Yo soy Atenea —le solté. Por suerte, estábamos parados en un semáforo, porque si no, estoy segura de que habríamos tenido un accidente por la forma en la que frenó en seco y se aferró al volante.

—¿Cómo? Debo de haber oído mal —dijo, mirándome fijamente.

—Has oído perfectamente, pero no me mires así, que todo tiene una explicación —le respondí, dispuesta a contarle la versión extendida—. El día que nos encargaste la campaña del producto, después de trabajar en las distintas propuestas, fui a presentárselas a Tyler, y lo sorprendí con Margot en una actitud… digamos que comprometida. Me habló muy mal, llegando incluso a humillarme con sus palabras.

—No me lo puedo creer —dijo, presionando con fuerza el volante.

—Me encerré en el baño y, al salir, me di de bruces con ella, que me estaba esperando para invitarme a un café. Me estuvo diciendo que veía que Tyler estaba sintiendo algo por mí, pero que antes tendría que comprenderlo… experimentar cómo él entendía el sexo.

»Me invitó a la fiesta del sábado, aprovechando que era de máscaras. Para que no me reconociera por el pelo —que es bastante identificable— me lo alisó y así nació Atenea. Juro por Dios que todo lo que le dije, todo lo que sentí con él, fue real. Te diría que incluso a mí me sorprendió la intensidad con la que vivimos nuestro encuentro.

—Me estás sorprendiendo por completo con tu testimonio, Norah —dijo Jack, todavía atónito.

Pero seguí hablando. O lo soltaba todo del tirón… o no sería capaz.

—Hablamos y decidimos volver a vernos, pero puse como condición que yo siempre llevaría máscara, hasta que tuviera el valor suficiente para mostrar mi rostro. Ayer, cuando nos despedimos en la puerta del club, ambos nos dijimos lo que sentíamos y acordamos que, como máximo en un mes, revelaría mi verdadera identidad —le expliqué todo. No me había dado cuenta de que, desde hacía un rato, ya estábamos frente a la puerta trasera de la comisaría, donde, por suerte, no había prensa.

—¿Cómo no se dio cuenta? O, más bien, ¿cómo ninguno de nosotros nos dimos cuenta? —Hizo esa pregunta retórica que me sacó una sonrisa. Si alguien podía haberse dado cuenta, era él… pero, al parecer, lo había hecho muy bien para engañarlos a todos.

—Sé que no me va a perdonar esto nunca, pero no puedo cruzarme de brazos y esperar a que todo se resuelva solo… no con el hombre al que amo —le dije, llorando ya a mares.

—Lo hará. Le costará un mundo volver a confiar en ti, pero no cejes en tu empeño de explicárselo todo, tal y como lo has hecho conmigo hace unos momentos.

»Lo mismo que te he dicho eso, también te diré que, una vez que sepa todos los detalles, lo entenderá. Ahora, límpiate esas lágrimas y entra ahí

dentro a defender a tu hombre —me contestó con toda la honestidad del mundo, esa que descubrí en cada una de sus palabras.

Nos bajamos del coche y entramos en la comisaría, donde se notaba un constante trajín de gente: un ir y venir de policías que se movían de un lado a otro con rapidez. Nos dirigimos directamente a la zona de recepción, donde vimos a una chica de uniforme que parecía bastante amable.

—Buenos días, quisiéramos hablar con la persona encargada de la investigación del caso de Samantha Holmes. Tenemos información que puede ser muy útil e importante —le dijo Jack a la chica.

—Un segundo, ahora mismo lo localizo —respondió ella, cogiendo el teléfono y marcando una extensión—. Inspector Jackson, tengo aquí a dos personas que dicen tener información sobre el caso Holmes que podría ser decisiva para la investigación.

Colgó tras una breve respuesta y nos señaló con amabilidad:

—Enseguida viene. Pueden esperarlo allí.

—Ojalá todo lo que tenemos sirva para que Tyler pueda salir —dije, más para mí que para nadie.

—No es «ojalá», Norah. La única que tiene algo que decir para poder ayudarlo, eres tú. Yo solo estoy aquí de apoyo moral, para él y, sobre todo, para ti. Y que sepas que no se me ha olvidado que tienes una cena pendiente conmigo; me la voy a cobrar, aunque me cueste una bronca con Tyler —me

dijo, intentando aplacar mis nervios. Lo único que logró fue sacarme una media sonrisa.

A los pocos minutos apareció el policía que llevaba la investigación y nos hizo pasar a su despacho.

—Ustedes dirán, ¿cuál es esa información tan importante y relevante? —preguntó, mientras notaba como Jack me daba un leve apretón en el brazo para que hablara.

—Yo soy Atenea, la persona con la que el señor Harper pasó la noche del día del suceso, aunque mi nombre real es Norah Harper. Esa noche… —le conté todo lo que había pasado, mostrándole también los mensajes que había recibido y el encontronazo que tuvimos con Johnson, quien ya arrastraba un despido pendiente en la empresa.

—No se puede imaginar cuánto nos ha ayudado, señorita Walker, sobre todo al señor Harper, a quien pondremos en libertad inmediatamente, en cuanto llegue su abogado, que no debería tardar mucho —me dijo el inspector. Una satisfacción inmensa me recorrió el cuerpo.

Sabía que ahora venía lo más duro para mí, pero me daba exactamente igual con tal de saber que habíamos logrado ayudarlo a demostrar su inocencia. El inspector se quedó con mi teléfono móvil para que el departamento de informática pudiera rastrear desde dónde se habían enviado esos mensajes. Además, lanzaron una orden de detención inmediata contra Johnson, y eso me tranquilizó enormemente.

Capítulo 30



Tyler

Cuando llegamos a la comisaría, el inspector encargado de la investigación me puso al corriente de todos los detalles de mi detención. Al parecer, en mi sala solo había huellas de Samie y mías, de nadie más, y el tema de la cerradura era otro de los aspectos que no se entendían.

—Solo puedo decir que he pasado toda la noche con una mujer, Atenea. Si la localizaran, todo esto se aclararía. ¿Samie sigue inconsciente? —pregunté, porque esa sería otra buena prueba, que se despertara y hablara.

—Desgraciadamente, sí.

—Pero están las cámaras, ahí se podrá comprobar todo. Juro que soy inocente. —Intentaba ponerme en su lugar, pero entendía que todos los que pasaban por allí decían lo mismo.

Necesitaba un milagro que me salvara la vida y, juro por ella, que esa mañana recé todo lo que sabía y lo que no, para que se produjera y pudiera

demostrar mi inocencia.

—En las cámaras solo se ve cómo usted entra solo y sale solo, para volver a entrar de nuevo pasados unos minutos. Necesitamos el testimonio de esa mujer, trataremos de localizarla por todos los medios.

—¿Y Harry, el portero? —seguía intentando conocer todos los detalles, aunque me los daban a cuentagotas.

—Le pasaremos todas las declaraciones a su abogado, no se preocupe por eso ahora.

En ese preciso instante, el inspector recibió una llamada y salió sin despedirse, dejándome con la palabra en la boca. Los nervios me consumían por dentro, sin saber nada y, lo más importante, sin haber hecho absolutamente nada de lo que me acusaban.

Los segundos parecían minutos; los minutos, horas; y las horas, días. No sé cuánto tiempo había transcurrido desde que entré en esa celda, pero para mí era una eternidad. Cuando de repente vi que ese mismo policía entraba acompañado de mi abogado, abría la celda y me dejaba salir.

—El caso ha dado un giro de ciento ochenta grados, señor Harper. Queda usted en libertad, de momento, sin cargos, pero seguiremos investigando. Por lo tanto, le repito que se mantenga en el país y localizable en todo momento —me comunicó el inspector.

Salí de allí totalmente aturdido. ¿Qué habría pasado para que me dejaran libre y sin acusarme de nada? Ojo, no me estaba quejando, ni mucho menos, porque no había hecho nada y eso era lo justo, pero la curiosidad me carcomía.

Me devolvieron mis efectos personales, así como mi documentación, y nos indicaron por dónde debíamos subir. Pero antes de hacerlo, mi abogado solicitó una sala donde pudiéramos hablar tranquilos, y el inspector nos facilitó una.

—¿No podías esperar a que saliéramos de aquí y hablar delante de una cerveza? —le pregunté, porque ya me valía, con las ganas que tenía yo de dejar todo eso atrás.

—No, porque tienes que saber algo antes de irte, para que puedas actuar en consecuencia.

—Pues habla rápido, que estoy loco por irme.

—Se trata de Atenea. Ella fue la que dio, no solo el testimonio clave para tu excarcelación, sino también una serie de mensajes que recibió en su móvil, ese que solo usaba contigo —me explicó, y una sonrisa se dibujó en mi cara, aunque duraría poco.

—Sabía que no me dejaría tirado. ¿Qué es eso de los mensajes? ¿A qué te refieres?

—Unos mensajes en los que amenazaban tanto a ti como a ella, pero eso ya se está investigando. No es lo que me preocupa.

—¿Y qué es lo que te inquieta, entonces? —pregunté aturdido, sin encontrar nada más importante que eso.

—La identidad de Atenea. En ningún momento preguntaste por ella, y ya la sabemos. De hecho, ni siquiera hubo que buscarla: se descubrió en el momento de tu detención, dejando a todos atónitos.

—Pero en el momento de mi detención, las dos únicas mujeres que estaban presentes fueron mi secretaria y la señorita Walker —dije, buscando mentalmente dónde podría estar escondida la verdad.

—Exacto. ¿Todavía no has atado cabos? Me parece que esas horas que has pasado privado de tu libertad te han pasado factura.

—Habla claro de una vez, no estoy para acertijos en este momento.

—La verdadera identidad de Atenea es Norah Walker —me dijo, y algo en mí se rompió.

¿Cómo había podido jugar conmigo de esa manera?

Ella sabía quién era yo en todo momento y había jugado con mis sentimientos, sin decirme su verdadera identidad en ningún momento. Me

dolió, claro que sí, pero lo que más daño me hizo fue que Margot, a quien consideraba mi amiga, también lo sabía y no me dijo nada.

Salimos de allí y, al llegar al vestíbulo de la comisaría, allí estaba ella, junto a Jack y a Donovan. La mirada que me dedicó mi amigo me llegó al alma, porque era el único, aparte de ella, que conocía lo que sentía por esa mujer.

Quiso acercarse, pero lo frené con un gesto; lo que menos necesitaba ahora era recibir alguna muestra de cariño por su parte. Me miró con dolor, pero más había recibido yo de él y nunca dije nada.

—Señorita Walker, le agradezco enormemente lo que ha hecho por mí, pero a partir de este momento nuestra relación se limitará a lo estrictamente profesional —le hablé, poniendo distancia entre nosotros; no solo física, que también, sino más bien personal.

—¿No me vas a dejar que te explique nada, Tyler? —preguntó con un nudo en la garganta, pero no iba a sucumbir ni caer otra vez en su manipulación, porque eso era lo que había demostrado: que era una manipuladora.

—Le rogaría que se dirigiera a mí como su jefe, que soy, sin tutearme y por mi apellido.

No dijo nada, se dio media vuelta y se marchó, dejándonos a todos en completo silencio, sin saber qué decir. Quizás había sido demasiado duro

con ella, pero en ese momento era lo que sentía; no podía expresarme de otra manera.

—No lo estás haciendo bien con ella, Harper, y te vas a arrepentir —me dijo Jack, que parecía saberlo todo.

—¿Yo soy el que no lo está haciendo bien? ¿En serio me estás diciendo eso? No me lo puedo creer, os lo juro que no. —Quise alejarme de todos, pero Turner no me lo permitió, agarrándome del brazo.

—Podía haber seguido callada, sin decir nada, y salvar su culo, y no lo ha hecho por sacarte de esa celda. —Siguió defendiéndola, y de verdad que no lo entendía; se suponía que era mi amigo, por mucho que se hubiera acostado con ella en el pasado.

—Lo ha hecho porque, tarde o temprano, hubieran dado con ella. De esa manera quedaba bien delante de todo el mundo, nada más.

—¿Recuerdas que esta mañana quería tener una conversación contigo, verdad? Pues era eso lo que te quería contar: la verdadera identidad de Atenea, así como mostrarte esos mensajes para poder denunciarlos, juntos o separados. —Insistía en su defensa, y yo ya no podía más.

—Me parece que estás muy interesado en ella, en que quede bien. Pues para ti enterita, yo no la quiero ni delante de mis ojos. Si no la despido, es por lo que ha hecho por mí, por agradecérselo de alguna manera, pero no porque me apetezca seguir viéndola a diario —le dije, cuando me di cuenta

de que se encontraba a pocos pasos de nosotros; se había olvidado el bolso en la silla donde había esperado mi salida.

—No se preocupe, señor Harper, que en unas horas tendrá mi dimisión encima de su mesa, el tiempo que tarde en llegar a mi despacho y elaborarla. Eso sí, las tres campañas de la empresa del señor Turner son mías, y como tal, espero que se me remunere en mi finiquito; de lo contrario, nos veremos en los tribunales. Señores, que tengan una buena tarde. —Cogió su bolso y se marchó por donde había venido, y un vacío se instaló en mi interior.

Nadie dijo nada, solo me miraron, y encaminamos nuestros pasos hacia la salida, donde estaba toda la prensa. Me paré un momento y les di una breve declaración a todos.

—Señor Harper, ¿tiene algo que contarnos? —preguntó uno de los periodistas apostados allí.

—Como ya comenté en el momento de mi detención, todo ha sido una confusión que ha podido aclararse. Ni yo he tenido nada que ver con lo que me acusaban, ni he tenido más de un encuentro con la víctima. Eso es todo.

—Pero ¿es cierto que acude usted a ese tipo de locales? —me preguntó otro periodista, pero ya no respondí; lo hizo mi abogado por mí.

—Eso no forma parte de la investigación, sino de la vida privada de mi cliente, así que no responderemos a más preguntas. Gracias.

Continuaron haciendo preguntas sobre todo lo que se les ocurría, pero nosotros decidimos no contestar. Nos subimos directamente al coche de Donovan, quien se había adelantado para traernos hasta la puerta de la comisaría. Había perdido de vista a Turner; seguramente estaría con Norah, brindándole su consuelo, y esa idea hizo que una oleada de celos se apoderara de mí.

—Tenemos que hablar —me dijo Donovan, muy serio.

—Ahora mismo no tengo la cabeza para nada. Solo quiero llegar a casa, darme una ducha y descansar. Deja todo para mañana, te lo suplico.

—Está bien, pero no creas que me voy a olvidar de ello —respondió, y sabía que era cierto. Teníamos una conversación pendiente, pero no me iba a gustar lo que tendría que escuchar.

Llegamos a mi casa, pero me dejaron solo. En ese momento, lo necesitaba: regodearme en mi soledad y en mi dolor, para poder sanar por dentro y levantar de nuevo ese muro que ella había derribado con tanta facilidad. No quería volver a ser el Tyler de antes, porque era evidente que ese Tyler era un blanco fácil para los golpes de la vida. Tenía que reconstruirme, transformarme en la persona que había logrado el éxito: alguien distante, frío y que había decidido renunciar al amor, aunque no al sexo, porque eso seguiría siendo parte de mi vida tal como hasta ahora, sin lugar a duda.

Me di una ducha y cogí mi móvil. No pude evitar revisar esos mensajes que nos habíamos intercambiado, y las lágrimas comenzaron a brotar de mis

ojos. No intenté contenerlas; en realidad, no quería ni podía hacerlo. Ese llanto se convirtió en una parte esencial de mi proceso de sanación. Después de haber llorado lo suficiente, decidí regresar a ese chat y eliminar todas las conversaciones. Atenea había dejado de existir para mí; se había transformado en un mero recuerdo, un eco de lo que pudo haber sido y que nunca llegó a ser, así de simple.

Capítulo 31



Norah

Salí de esa comisaría por segunda vez, con el corazón aún más roto que la primera. Esas palabras resonaban en mi cabeza una y otra vez, pero no iba a dejar que me afectaran más de lo que ya lo habían hecho.

Tomé un taxi y me dirigí a la oficina. A pesar de que mis compañeros me preguntaban qué había ocurrido, con mucha diplomacia les contestaba que no sabía nada y que, cuando volviera el señor Lennox, él les explicaría todo. La verdad es que no me apetecía hablar con nadie, así que entré en mi despacho y cerré la puerta.

Mi ordenador seguía encendido, lo que me ahorraba tiempo. Abrí Word y redacté mi renuncia, dejando constancia en ella lo que le había dicho al señor Harper en la comisaría. Me marchaba, pero quería que esas campañas quedaran abonadas en mi cuenta; de lo contrario, no podrían utilizarlas. Ya estaba harta de hacer la idiota. Por mí no estaba mirando nadie, me había tratado con desprecio cuando lo único que había hecho era amarlo con todo

mi corazón. Porque ese era el mismo para Atenea que para Norah, así que ya era hora de que empezara a mirar por mí misma.

Entendía que podía estar sintiéndose traicionado y enfadado conmigo, pero lo que más me había dolido es que no me había dejado ni explicarme, porque los sentimientos no se pueden fingir ni desaparecen de un momento a otro.

—¿Puedo pasar? —me preguntó Donovan, llamando antes a la puerta de mi despacho.

—¿En qué puedo ayudarle, señor Lennox?

—Vamos, Norah, dejemos los formalismos a un lado. Vengo en son de paz y como amigo.

—Déjeme decirle que me ha quedado muy claro que no puedo extralimitarme en la forma de dirigirme a ustedes, y que aquí, la única amiga que tengo soy yo misma. Partiendo de eso, ¿qué quiere? —No pude reprimirme y hablé en ese tono. Sabía que él no tenía culpa de nada, pero tampoco le había parado los pies a su amigo ni había sacado la cara por mí para defenderme.

—Vale, lo acepto. Ni Tyler ni yo hemos estado muy acertados contigo, sobre todo él. Consideraré tu trato como un daño colateral —me dijo, volviendo a tutearme. Yo estaba cansada y no quería añadir más leña al fuego, así que lo obvié.

—¿A qué ha venido? Siento decirle que tengo muchas cosas que recoger y quiero salir de aquí lo antes posible.

—Si es porque temes que Tyler aparezca, puedes estar tranquila, no lo va a hacer. Y respecto a tu renuncia, he venido para que te lo pienses bien. Eres buena en tu trabajo y tienes un buen puesto.

—Usted mismo lo ha dicho, soy buena en mi trabajo, así que no tardaré en encontrar algo rápidamente. Quizás incluso sea mejor, porque necesito un cambio de aires —le dije con toda la ironía del mundo.

—Hagamos una cosa: tómate unas largas vacaciones, durante las cuales seguiremos abonando tu sueldo, y después de las fiestas, con todo más claro, si sigues con la idea de marcharte, tramitaremos tu baja y descontaremos lo que te hayamos abonado de tu finiquito. Si decides continuar con nosotros, dejaremos todo tal cual está. Total, tienes varias campañas terminadas; será como si hubieses estado trabajando.

—Lo tengo clarísimo, pero si eso va a calmar vuestras conciencias, a mí me da igual. Ahora, si me permite, me voy a marchar. No me apetece seguir respirando este aire tan viciado ni un segundo más.

Tomé mis cosas y me fui sin mirar atrás. No podía hacerlo, o terminaría de derrumbarme, y eso solo lo haría en la intimidad de mi hogar, en completa soledad.

Al salir del ascensor, me di de bruces con Jack, que venía a buscarme, como él mismo me dijo.

—Venía a buscarte. Salí detrás de ti en la comisaría, pero no te encontré por ninguna parte —me dijo con tristeza. Él había abierto mi corazón y conocía bien mis sentimientos.

—No te lo tomes a mal, Jack, pero necesito estar sola y procesar todo. Te agradezco que me hayas buscado, aunque no es compañía lo que quiero en estos momentos.

—De acuerdo, respeto que quieras estar sola, pero permíteme, al menos, llevarte a casa.

—Está bien, gracias.

Fuimos hasta donde estaba su coche y salimos de allí juntos. El trayecto lo hicimos en completo silencio; ya estaba todo dicho y no necesitábamos comunicarnos de ninguna manera. Era una situación cómoda en el sentido de que él comprendía mi actitud y yo no tenía que fingir nada que no sintiera.

—Toma, anota mi número de móvil personal. Aquí estaré disponible cuando me necesites, como un amigo. No pienses nada raro —me dijo, intentando darle un toque simpático a su comentario.

—Gracias, Jack, de verdad. Me has demostrado que eres un hombre de los que ya quedan pocos, de los pies a la cabeza —le expresé sinceramente.

—Si no supiera que estás completamente enamorada del cabrón de Harper, no dudes que iría a piñón para conquistarte —me dijo sonriendo. Sabía que era una fanfarronada, pero, aun así, me reconfortaron sus palabras.

—En cuanto me recupere, te pagaré esa cena que te debo.

—Es verdad, con todo esto me había olvidado de que me debes una cena. Ya me la cobraré —me contestó, dejándome un breve beso en la mejilla.

Salí del coche y entré en mi portal, fijándome en que Jack permanecía parado, esperando a que entrara. Le hice un gesto con la mano para despedirme, me giré y me encaminé hacia el ascensor.

En cuanto entré en casa, me permití el lujo de derrumbarme. No pude ni llegar al sofá; en la misma puerta me invadió un llanto desgarrador. Poco a poco, fui resbalando la espalda por la puerta hasta quedarme sentada en el suelo, con las piernas flexionadas y apoyando la barbilla en ellas.

No sé cuánto tiempo transcurrió desde que llegué y me derrumbé; lo único que sabía era que ya no me quedaban lágrimas por soltar. Me levanté como pude, recogí mis cosas, que estaban regadas por el suelo, y me dirigí a mi dormitorio. En ese justo momento llamaron a la puerta. Sin ganas de ver a nadie, no tuve más remedio que abrir al escuchar quién era.

—Haz el favor de abrir esa puerta, que sé que estás ahí —me dijo Margot desde el otro lado.

—¿Qué haces aquí? No quiero hablar con nadie, necesito estar sola —respondí sin apenas ganas de nada.

—A mí me vas a escuchar, así que aparta y déjame entrar. Esto nos afecta a las dos, no solo a ti.

—El problema es mío; fui la que no le dijo la verdad, la que me acosté con él sabiendo quién era y sin desvelar mi identidad.

—No te equivoques, si alguien te metió en este problema, esa fui yo. He intentado hablar con Tyler, pero me ha bloqueado por todas partes, hasta creo que lo ha hecho en el telefonillo de su casa. Por eso deduzco que ya sabe la verdad. —Ella era así, hasta en los peores momentos no perdía su sentido del humor.

—¿Te piensas que conmigo no habrá hecho lo mismo? Hasta dijo en la comisaría que no me despedía porque, con mi testimonio, había conseguido que saliera de la cárcel, pero que no le apetecía verme todos los días.

—Supongo que sí, que habrá actuado igual. Pero tenemos que trazar un plan de reconquista, no pienso dejar que dos personas enamoradas se separen por la tontería de un nombre.

—No quiero más líos, de verdad. Es mejor dejar las cosas como están. Ya he llorado bastante hoy y no tengo intención de seguir haciéndolo. Voy a buscar otro trabajo y saldré de allí con la cabeza bien alta. No he hecho nada más que enamorarme de la persona equivocada.

—Eso no te lo crees ni tú. Ese va a claudicar, como Margot, que me llamó, y luego ajustaré cuentas con él. Solo quería informarte de que pensaré en algo para reparar mi error. Ahora me voy, porque, lo quiera o no, ese hombre me va a oír —me dijo. Se levantó y salió de mi casa con la misma rapidez e impulso con que había entrado.

Esa mujer era un terremoto, capaz de remover los cimientos de cualquier persona, pero también tenía un corazón de oro. No podía negar lo evidente: ella era feliz cuando las personas que quería lo eran, aunque no recibiera el mismo cariño.

Me metí en la ducha; el agua calentita resbalando por mi cuerpo me haría bien, sería reconfortante. Miré el reloj: eran más de las cuatro de la tarde y no había probado bocado desde el día anterior. No es que tuviera mucha hambre, pero no quería ponerme enferma por eso. Así que, una vez que terminé la ducha y me puse un pijama, fui a la cocina a sacar uno de los táperes con comida preparada, lista para calentar.

Miraba la comida en el plato y me obligaba a ingerirla, mientras seguía sumida en mis pensamientos. Encendí el ordenador portátil y me dediqué a enviar currículos a todas las empresas de márquetin de la ciudad. A pesar de haber dicho que quería cambiar de aires, no estaba dispuesta a marcharme de allí, a dejar mi casa y a mis amigos que, aunque fueran pocos, me habían demostrado su cariño y lealtad.

Los acontecimientos del día, sumados a la inquietud que había tenido durante toda la noche, me estaban pasando factura. No podía mantener los

ojos abiertos por mucho que quisiera, así que me fui a la cama. Mañana sería otro día.

No pude evitar acordarme de cómo habían sido las noches que pasé con él, con quien había sido, era y siempre sería el amor de mi vida. ¡Qué distintas eran a esta que estaba empezando! Si pudiera volver atrás, no dudaría en hacer lo mismo, pero revelando mi identidad en el mismo momento en que se acercara a mí, para que él tomara la decisión. Quizás, si lo hubiera hecho, mi corazón no estaría tan roto como ahora.

¿Dormí esa noche? Pues sí. ¿Descansé? Para nada. Durante toda la noche mis sueños me llevaban a él una y otra vez, rememorando sus palabras, las que me hacían daño y las que no. Acababa de abrir los ojos cuando noté que mi teléfono vibraba, así que estiré el brazo para cogerlo; lo había dejado en la mesilla de noche.

—¡Ya lo tengo! Ya sé cómo podéis hablar y reencontraros. Vamos a contar con la ayuda de Jack y de Donovan —me soltó la loca de Margot, sin darme ni los buenos días.

—Buenos días para ti también. He dormido estupendamente, no tengo ni ojeras ni nada, y me encuentro de maravilla —le respondí con ironía.

—Chica, pues serás la única, porque nosotros tres parecemos recién salidos de una escena de una película de zombis —me soltó con todo su arte, y no pude reprimir una carcajada. Fue seguida por otras tres, estaba claro que no estaba sola, que seguía contando con ellos.

—En serio, te he dicho que ya me da igual todo, que no pienso meterme en más líos. De verdad.

—No será ningún lío. Te esperamos en la cafetería donde nos conocimos por primera vez, en media hora. Así que, ¡levanta ese duro trasero de la cama y ven corriendo! Solo tenemos el tiempo justo para organizar todo antes de que ellos entren a trabajar —dijo, y colgó la llamada.

Capítulo 32



Tyler

Estaba en casa, relajado, sentado frente a la chimenea, con la televisión encendida, pero os puedo jurar que no sabía ni lo que estaban poniendo. Me había sumido en mis pensamientos de tal forma que me aislé de todo y de todos.

No encontraba el motivo por el que Norah podía haberme engañado de esa manera. Por mucho que buscaba, no lograba entender su actitud, y eso me estaba matando por dentro. Tenía tantas ganas de saber la verdad como de alejarme de ella, lo cual resultaba totalmente incomprensible para mí.

Estaba en ese bucle mental cuando el timbre sonó insistentemente. Al abrir la puerta, me encontré con la persona que menos me apetecía ver en ese momento.

—No te ha quedado clara mi postura, por lo que veo —le solté a Margot, a quien ya había bloqueado por todas partes.

—Me vas a escuchar, Tyler, aunque sea lo último que haga.

—¡Una mierda! —grité. No pensaba dejarla ni pasar, mucho menos escucharla.

—No seas cabezón, todo tiene una explicación. Estáis sufriendo los dos, y sin motivo.

—¿Sin motivo? ¿Te parece poco motivo la traición y el engaño por su parte? Lárgate de aquí y déjame en paz. Te consideraba mi amiga, pero me has demostrado que no eres ni una conocida. —Cerré la puerta, dejándola fuera con dos palmos de narices.

Contra todo pronóstico, se marchó. Y eso sí que no me lo esperaba. Pensaréis que estoy loco, pero creía que iba a luchar un poco más por nuestra amistad.

Volví a mi posición inicial, pero esta vez me preparé un café antes de sentarme. No me entraba nada en el estómago, salvo eso, que al menos me servía para mantener el cuerpo despierto, en alerta. No habían pasado ni veinte minutos cuando el timbre volvió a sonar.

—Quita de en medio y entra, que tenemos que hablar —era Donovan, pero venía acompañado de Turner y, cómo no, de Margot otra vez.

—Tú y tú —dije, señalando a mis amigos— podéis pasar. Ella se queda fuera.

—No digas más tonterías y haz el favor, que lo que tenemos que decirte es muy serio. Además, podría cambiarte la vida. —Fue Turner quien habló esa vez, mientras Margot permanecía en silencio, algo poco habitual en ella.

—¿Qué pasa? ¿Ahora quiere montárselo con los tres, aprovechando que ya no está Atenea de por medio? ¿Con todos a la vez o de uno en uno, Margot? —le solté, sin imaginar el daño que esas palabras podían causar.

No vi venir el tortazo que me metió, aunque reconozco que fue más que merecido. Margot era una mujer que vivía su sexualidad como le daba la gana, con total libertad, pero también habíamos hablado muchas veces de cómo la mayoría de los hombres la veían como un objeto: alguien con quien jugar, divertirse y, cuando se cansaban, desechar sin miramientos.

—No me merezco esas palabras. Yo sí que te consideraba un amigo, pero veo que eres como todos los demás. Desde luego, si sigo ayudando, es por Norah, no por ti. Tú no te mereces ni que te mire a la cara —me soltó con lágrimas en los ojos, antes de salir de allí sin mirar atrás.

—Margot, espera —le dijo Turner, saliendo tras ella.

—Eres un imbécil, Tyler. Vas a perder a las dos mujeres más importantes de tu vida por algo que tiene una explicación —dijo Donovan, entrando en mi casa con la clara intención de no dejarme escapar tan fácilmente.

—Pero es que yo no quiero oír esa explicación, que llega a destiempo. Si no hubiera pasado lo de Samie, ¿crees que me lo habría contado? Ya te digo

yo que no. Habría seguido jugando conmigo hasta que se cansara. Y yo no soy el juguete de nadie, que te quede claro.

—¿En serio piensas eso? ¡Qué equivocado estás! ¡Esa mujer te ama! ¿De verdad vas a negarte a ti mismo la oportunidad de ser feliz solo por tu maldito orgullo?

—No es orgullo, es traición. Me he sentido engañado y traicionado, y ya sabes cuál es mi postura ante eso.

—¡No todas son Catherine, madura de una puta vez! —me gritó, y algo por dentro se removió.

Si mi amigo, que conocía la historia al dedillo porque la había vivido conmigo, sabía todo lo que me costó levantar cabeza después de aquello, y, aun así, estaba defendiendo a Norah… ¿qué habría de cierto en todo esto?

—Está bien, dame esa explicación. ¿No dices que la hay? Pues cuéntamela.

—No me corresponde a mí decirte nada. Tiene que ser ella.

—¿Vienes a mi casa, me sueltas toda esta chapa y ahora no me cuentas nada? Estoy que me pinchan y no echo una gota de sangre, te lo juro —le solté, incrédulo. Nada me cuadraba. Entre todos me iban a volver loco.

—Te repito que no soy yo quien debe darte respuestas. Ni siquiera Margot. Ella podrá explicarte su parte de culpa, sí, pero a quien tienes que escuchar es a Atenea… o Norah… o como coño quieras llamarla.

—No va a querer hablar conmigo. No después de las cosas que le dije, ni de lo que escuchó en comisaría. Ya debe haber presentado su renuncia.

—La tengo yo en mi despacho —respondió—. Pero he logrado convencerla de que no lo haga aún. Le propuse que se tomara unos días de vacaciones, hasta que pasaran las fiestas, y que luego, si de verdad quería irse, yo se la tramitaría. He intentado ganar tiempo, a ver si todo esto se soluciona.

Le agradecí ese gesto en silencio, aunque me costara admitirlo. Quizá todavía no todo estaba perdido.

—¿Entonces cómo se supone que debo acercarme a ella? ¿Tengo que ir a su casa con flores y preguntarle si quiere hablar conmigo? Todo esto es una locura. Creo que lo mejor sería dejarlo todo como está.

—Tú tan solo tienes que ir mañana por la noche al club. Nosotros nos encargaremos de que ella esté allí.

Lo dicho: era una locura en toda regla. Aunque accediera a ir… ¿qué le diría? ¿Cómo me acercaría a ella? ¿Y si me mandaba a la mierda antes siquiera de dejarme hablar?

—Está bien. Solo espero que la explicación tenga sentido, porque si no es así, no quiero que ninguno de los tres vuelva a dirigirme la palabra. ¿Entendido? —A pesar de todo, iba a ir. Mi conciencia necesitaba respuestas… y darle una disculpa por lo mal que le hablé.

Tras esa breve charla entre nosotros, Donovan se marchó de mi casa, quedando en que me enviaría todos los detalles por mensaje. Tan solo tenía que seguir las instrucciones al pie de la letra.

A toda esa preocupación que ya me carcomía, había que sumarle el hecho de que todavía no habían dado con Johnson. Parecía que se lo había tragado la tierra. No es que esperara que confesara lo que había hecho, pero sí que podía aportar una coartada que la policía pudiera verificar.

Por otro lado, estaban los mensajes que Norah había recibido, donde se dirigían a ella como «Atenea». Eso dejaba claro que quien los enviaba no conocía su verdadera identidad, pero sí sabía detalles íntimos de nuestros encuentros. Y luego estaba el número de teléfono desde el que los enviaban, un número que, según la policía, Norah usaba exclusivamente para comunicarse conmigo. Solo ella, yo… y Margot lo conocían. A pesar de nuestras diferencias, estaba seguro de que ella no era la autora. Lo tenía claro.

Con todas esas cosas dando vueltas en mi cabeza, y a modo de relajación, decidí bajar a la piscina. Hacer unos largos calmaría mis nervios y, con suerte, me sentaría bien. Justo cuando bajaba, y antes de quedarme sin cobertura, sonó mi móvil. Era el inspector Jackson, así que no dudé en contestar.

—Buenas tardes, inspector Jackson. ¿Tenemos novedades sobre el caso? —pregunté con cierto temor. No sabía qué podía contarme, ni si me afectaría directa o indirectamente.

—Buenas tardes, señor Harper. Sí, y precisamente por eso lo llamaba.

—Dígame, por favor, que son buenas noticias.

—No sé si son buenas o malas. De momento, seguimos investigando. El señor Johnson, al enterarse de lo ocurrido y de que lo estábamos buscando, se ha presentado voluntariamente en comisaría.

—Deduzco, por ese gesto, que no tiene nada que ver… ¿me equivoco?

—Ha admitido que pasó la noche con la señorita Holmes, dentro de la sala cuya propiedad es suya. Dijo que bloqueó la cerradura para impedirle el acceso, reconociendo que lo hizo con intención de fastidiarlo. Sin embargo, aseguró que salió de allí dejando a su compañera en perfectas condiciones.

—¿Y lo creen?

—De momento, no descartamos nada. Hemos solicitado las imágenes de las cámaras del club, pero, curiosamente, han desaparecido.

—Esto no me huele bien. ¿Está seguro de que él no ha tenido nada que ver? Entre las mujeres del club corre el rumor de que es un poco… *ligerito de manos*, llamémosle así.

—A nosotros también nos consta. Incluso él ha reconocido que le excita infligir dolor, pero asegura que nunca llegaría al punto de dejar a una mujer en ese estado. Creemos que tiene que ser alguien de dentro del club.

—Yo también lo pienso. Tendremos que esperar a que la señorita Holmes despierte y nos cuente su versión de los hechos. Por cierto… ¿cómo se encuentra ella? —Con todo el jaleo, no me había parado a preguntar por su estado. No porque no me importara, todo lo contrario.

—Los médicos la mantienen en coma inducido. La inflamación cerebral es importante, al igual que el coágulo de sangre. Esperan que, con el paso de los días, ambas cosas disminuyan. Ahora solo nos queda rezar para que, cuando despierte, no tenga secuelas que nos impidan conocer la verdad. Le mantendré informado. Buenas tardes.

—Buenas tardes, inspector Jackson. Y gracias por la información. Que tenga un buen día. —Me despedí con una sensación agridulce.

Si Johnson no había sido… ¿Quién podría haber querido hacerle daño a Samie de ese modo? Porque ahora, si lo que decía mi exempleado era cierto, estaba claro que no iban a por mí. Yo había sido solo un daño colateral.

Continué bajando las escaleras hasta llegar a la piscina. Fuera hacía un frío de narices, pero allí dentro se estaba estupendamente. Me despojé de la ropa y me lancé al agua sin pensarlo. Su calor me envolvió como si me hubiera cobijado dentro de una manta, y me permití el lujo de volver a llorar. No lo hice por una sola razón, sino por todo lo que venía arrastrando: por el daño que me hizo Catherine, por el hombre frío en el que me había convertido, por las palabras hirientes que le dije a Norah… y también a Margot.

Cuando me sentí desahogado, más ligero, salí del agua, me sequé y me puse la misma ropa con la que había bajado. Subí a mi dormitorio y me acosté, acurrucado en posición fetal, como un niño castigado que necesita el abrazo de su madre, pero que no lo tiene. Así era justo como me sentía: solo, vacío, sin esa persona a mi lado capaz de reconfortarme después de un día duro. Y no era eso lo que quería para mi vida.

Casi sin darme cuenta, me quedé dormido. Tal vez era justo lo que necesitaba: dormir, evadirme de todos los problemas, escapar a un mundo solo mío, en el que todo era de color de rosa… aunque durara apenas lo que dura un sueño.

Cuando desperté ya era de noche. Entonces sí, me levanté, me di una ducha y me puse el pijama. Bajé a comer algo. No había probado bocado desde el día anterior, y aunque no tenía apetito, sabía que debía ingerir algo o acabaría en el hospital. Y enfermo, sin nadie que me cuidara, eso sí que sería el colmo.

Con esos pensamientos dando vueltas en la cabeza, volví de nuevo a la cama.

Capítulo 33



Margot

Salí de allí como alma que lleva el diablo. Sus palabras me habían hecho muchísimo daño. Jamás pensé que Tyler pudiera ser así de cabrón. Había ido a herirme a propósito; sabía exactamente dónde golpear para que doliera.

Fueron muchas las conversaciones que mantuvimos cuando estábamos juntos, en las que él me contaba sus miedos y yo los míos. Y recuerdo una en particular, como si hubiera sido ayer, a pesar de que habían pasado más de cinco años.

—Eres bonita, Margot. Y muy segura de ti misma… ¿por qué llevas la vida que llevas? ¿Nunca has pensado en tener una pareja estable? —me preguntó una noche, en el bar del club, justo después de haber estado conmigo.

—Los hombres no me ven así, Tyler. Nadie quiere tener como pareja a una mujer que ha vivido su sexualidad con libertad, que se ha acostado con

quien le ha atraído. Me ven como un pasatiempo, no como alguien a quien amar.

—No digas eso. Cualquiera estaría dispuesto… Solo tienes que buscar fuera de este entorno y contarle la verdad.

—¿Quieres que te explique lo que me pasó la única vez que lo intenté?

—Soy todo oídos.

—Verás, era el secretario de mi padre, tenía dos años más que yo, y eso fue hace casi un año. Me enamoré nada más verlo, y parecía que él también sentía lo mismo por mí, pero nada más lejos de la realidad. Un día me invitó a cenar, y yo, llena de ilusión, me preparé para él. Elegí uno de mis vestidos más bonitos.

—Como haría cualquier mujer, hasta ahí no veo problema.

—El problema vino después. Cuando salimos de cenar, me invitó a ir a su casa, y yo acepté encantada. Pero al llegar, estaban sus dos mejores amigos esperándonos… completamente desnudos.

—¿En serio? No me lo puedo creer. ¿Qué pasó entonces? No me digas que fue lo que estoy pensando, porque entonces no respondo.

—Por suerte, no. Pero él se acercó a mí y me dijo que, como yo estaba acostumbrada a estar con más de uno, no me importaría que sus amigos se

unieran a la «fiesta». Le di un tortazo y salí corriendo, huyendo de todo el dolor que esas palabras me habían causado.

—Ese tío es un gilipollas, pero no todos somos iguales.

—Y lo dice el que se acuesta con una distinta cada día porque tiene el corazón blindado. Vamos, consejos vendo, que para mí no tengo.

—En eso tienes razón.

—En todo, tengo razón en todo. Para los hombres soy como un juguete, con el que se divierten, juegan y, cuando ya están cansados, tiran a un lado. Lo tengo asumido.

Él había usado mis palabras en mi contra, no literalmente, pero sí para hacerme sentir que lo único para lo que me quería era para sexo con él y sus dos amigos, igual que el tipo del que me enamoré.

—Margot. —Escuché a Jack llamarme, y frené al instante.

—¿Qué quieres, Jack? ¿Vienes a convencerme para que acepte la petición de tu amigo?

—Eso es injusto, Margot, sabes que yo nunca te he tratado mal ni he dicho nada para hacerte daño.

—Es cierto, y lo siento, pero ahora mismo no soy buena compañía para nadie, ni siquiera para mí misma.

—Tranquilízate, vamos a tomarnos un café en esa terraza. Todavía hay sol y, a pesar del frío, nos vendrá bien para relajarnos —dijo, guiándome por el brazo hacia una mesa donde pedimos dos cafés.

—No se merece que lo ayudemos, es un cabrón insensible, no merece ni un minuto de nuestra atención.

—Pero no lo hacemos por él, lo hacemos por Norah. Ella sí que se lo merece.

—No sé si será feliz con un tipo así, lo siento.

—No seas tremendista. Tyler no es un mal hombre, y lo sabes. Lo que pasó hoy fue un hecho aislado, producto de todo lo que le ha pasado. Sabes que, cuando se calme, no dudará en pedir disculpas.

Nos quedamos en silencio, disfrutando el momento, aunque yo seguía dándole vueltas a las palabras de Jack. ¿Tenía razón? Sí. ¿Me dolía menos? No, me seguía doliendo igual.

De repente sonó el teléfono de Jack.

—Dime, Lennox —contestó.

—¿Dónde estáis? —preguntó su amigo.

—En la cafetería que hay cruzando la carretera, al salir de la casa de Tyler. De acuerdo, te esperamos.

Justo entonces pasó una moto ruidosa y no pude escuchar la respuesta. No habían pasado ni dos minutos cuando apareció Lennox.

—Tenemos que hacer algo, y rápido. Tyler ha accedido a ir mañana al club a hablar con ella. Él quería que yo se lo contara, pero me negué. Si alguien tiene que explicarle las cosas, es ella —nos dijo nada más llegar.

—Manda narices la cosa. A mí, que se lo podía haber explicado perfectamente, me echa a patadas y con malas formas, y a ti, que lo sabes de oídas, te da la oportunidad de que le cuentes —respondí, bastante enfadada, por cierto.

—No creas que me ha resultado fácil convencerlo, porque nada más lejos de la realidad.

—Tiene el deber de escucharla. Si luego quiere mandarla a la mierda, que lo haga, que yo la ayudaré en todo lo que pueda —dijo Jack, que se sentía muy atraído por Norah, pero que se había echado a un lado, sabiendo el amor que se tenían ambos.

—Está bien, dejaré a un lado mi resquemor contra Tyler, y trazaremos un plan —les dije a los dos—. A ese gilipollas se las voy a hacer pasar canutas para que me perdone… si es que alguna vez lo hace.

—¿Y si Norah no quiere ir? —preguntó Donovan, empezando a ponerse nervioso.

—Eso déjamelo a mí. Te aseguro que estará en el lugar y a la hora que le digamos. Ahora, tracemos ese plan para que todo salga perfecto.

Cogí el teléfono y marqué el número del señor Smith, el dueño del club. Teníamos que conseguir que, al día siguiente, se pudiera realizar una fiesta de máscaras, pero no como la de la otra vez, sino de disfraces, para complicar un poco más las cosas.

Después de un buen rato explicándole las razones y los beneficios que podía obtener, entre ellos la limpieza del nombre de su club, logré convencerlo. Publicaría el evento en la página web del local en ese mismo momento, además de avisar a los socios a través del canal habitual de comunicación.

—Listo, el local ya lo tenemos, y la fiesta será de disfraces con máscara. Ahora tenemos que buscar uno de pareja, lo suficientemente sexi como para que Tyler caiga rendido a sus pies nada más verla —les comuniqué, y los dos soltaron una carcajada.

—Eres única, Margot, te lo prometo. Si alguna vez tuviera en mente sentar la cabeza, no dudes ni por un instante que te elegiría como mi compañera de vida —me dijo Donovan. En su mirada noté algo que no pude descifrar, pero no caería en eso de nuevo.

—Claro, claro, y yo mañana ingreso en un convento de monjas de clausura —le respondí, riendo, al igual que ellos.

—Tómatelo a guasa, que ya verás el día que aparezca ante ti con un anillo; entonces no podrás parar de llorar —dijo Donovan, muy serio, mirándome fijamente a los ojos. No pude evitar que un poco de entusiasmo e ilusión entrara en mi corazón, aunque sabía que nunca lo haría.

Nos pusimos a buscar en Internet diferentes tipos de disfraces que pudieran servirnos, y llegamos a la conclusión de que uno de los que más juego daría sería el de vampiro y vampiresa, así que ese fue el elegido.

—Cuando Tyler vea que se tiene que disfrazar, nos mata directamente. A ti la primera, por ser el artífice de todo —dijo Jack, riendo.

—Me trae sin cuidado lo que piense él. Ya te he dicho que lo hago todo por mi amiga, que es la primera mujer con la que me he encontrado, que no ha sido capaz de juzgarme. ¿Acaso pensáis que voy a dejar que se acerque a mí? Seguid soñando —expresé en voz alta mis sentimientos.

—Estás siendo muy dura con él, cuando sabes que lo perdonarás en cuanto se te acerque, porque para ti no es un amigo, es un hermano —me recriminó Donovan.

—Mi hermano no puede ser, porque entonces habríamos practicado incesto, y esas cosas a mí no me van, por muy libre que me sienta sexualmente —respondí. Estaba tan dolida que no me veía capaz de perdonarlo, al menos no en estos momentos.

—Vamos a lo que vamos, que se nos viene el tiempo encima. Avisa a Norah, queda con ella, allí le explicaremos el plan que hemos trazado, y crucemos los dedos para que salga bien, porque si alguno de los dos se confunde de persona, la habremos jodido bien —dijo Jack sonriendo.

—Por Tyler no hay problema, que yo sé su talla. Tan solo me lo tendré que probar yo, así sabremos si le queda bien o no; muchas veces compartimos ropa —nos informó Donovan.

—¡Ya lo tengo! Ya sé cómo podéis hablar y reencontraros. Vamos a contar con la ayuda de Jack y de Donovan —le dije nada más colgar el teléfono, después de darle vueltas al tema toda la noche.

De la cafetería nos marchamos a casa de Donovan, donde terminamos de trazar el plan para tenerlo todo perfectamente encajado antes de contarle nada a ninguno de los dos.

—Buenos días para ti también. He dormido estupendamente, no tengo ni ojeras ni nada, y me encuentro de maravilla —me contestó irónicamente.

—Chica, pues serás la única, porque nosotros tres parecemos recién salidos de una escena de una película de zombis —le solté sin filtros, y la escuché soltar una sonora carcajada.

—En serio, te he dicho que ya me da igual todo, que no pienso meterme en más líos. De verdad.

—No será ningún lío. Te esperamos en la cafetería donde nos conocimos por primera vez, en media hora. Así que, ¡levanta ese duro trasero de la cama y ven corriendo! Solo tenemos el tiempo justo para organizar todo antes de que ellos entren a trabajar —dije, colgando la llamada sin darle opción a que me respondiera con una excusa para negarse.

Esperaba que todo saliera bien, se lo merecía. Era una mujer de los pies a la cabeza, que había cambiado su manera de ver el sexo por ese hombre, yendo con la mente abierta aquella noche al club.

Sabía que eran tal para cual, igual de cabezotas y con la misma forma de mirar la vida; solo quedaba que ambos se dieran cuenta.

—Venga, vamos, que Norah nos espera en la cafetería de enfrente de la oficina, donde quedé con ella la primera vez. Una vez que le contemos el plan, yo me iré con ella a elegir vestidos para las dos, y vosotros, a elegir los vuestros. Aseguraos de que sean acordes.

—Podemos hacer una cosa, elegidlos vosotras también, así no habrá lugar a equivocaciones —dijo Donovan.

Pero me negué en redondo. Si tanto decía que me elegiría, tendría que adivinar mi personaje entre tanta gente.

Capítulo 34



Norah

Tras colgar la llamada con Margot —o más bien, que ella me colgara a mí — pasé por la ducha y me vestí. No tenía ganas de arreglarme, así que elegí unos vaqueros de esos que llevan pelitos por dentro, un jersey de cuello vuelto, mi abrigo de plumas y mis botas calentitas. Recogí mi cabello en una coleta alta y salí andando. A saber qué me tendría preparado la loca esa.

Llegué al local donde habíamos quedado y los localicé en una mesa en el interior. Lo que me había dicho Margot era cierto: los tres tenían unas ojeras que daban miedo.

—Buenos días —saludé a todos en general.

—Buenos días, Norah. ¿Qué tal te encuentras? —me preguntó Jack, tan amable y considerado conmigo como siempre. ¿Por qué no me habría enamorado yo de este hombre en vez de del otro?

—Siéntate, mi amor, que ahora mismo te pido un café —dijo Margot, que siempre se dirigía a mí con alguna palabra de cariño. Donovan no había abierto la boca todavía.

—Contadme en qué consiste la locura que habéis planeado, porque tengo claro que lo será —dije, yendo al grano; no quería más distracciones ni tonterías.

—Eso mismo es lo que ha dicho Tyler, aunque él no sabe nada del plan. —Por fin se dignó a hablar el señor Lennox.

—Vamos a dejarlo a él fuera de la ecuación, de momento, y vamos a contarle a Norah nuestro plan a ver qué opina —les reclamó Margot.

—Al grano, por favor, que empezáis a ponerme nerviosa —dije, porque era cierto; tanta incertidumbre y tantos rodeos me estaban poniendo de los nervios.

—Verás, amiga, hemos organizado una fiesta de disfraces en el club. Tendrá que descubrir quién eres; si lo consigue, es que será digno de ti; si no lo hace, no se merecerá ninguna explicación —dijo Margot, dejándome totalmente sorprendida. No sabía si lo decía en serio o en broma, y eso me desconcertó.

—No la mires así, es broma, ya la conoces. En realidad, lo de la fiesta de disfraces sí es cierto, pero todo lo demás no —me aclaró Jack, que no podía reprimir la risa.

—¿Una fiesta de disfraces? No habláis en serio, yo no estoy dispuesta a hacer más el ridículo.

—No es como piensas, serán disfraces elegantes. Y tómate ya el café, que nos vamos; tenemos mucho que hacer y poco tiempo. —Se dirigió a mí Margot para, a continuación, hacerlo con los chicos—. Antes de comprar nada, enviadme una foto para que yo dé el visto bueno, por favor.

—A sus órdenes, jefa. —Se cuadró Donovan, en una faceta en la que no lo conocía. Entre estos dos se estaba cociendo algo; se veía a leguas.

Me terminé el café y salimos las dos solas; ellos lo harían cuando terminasen el desayuno y a otra tienda distinta de la que acudiríamos nosotras.

Menos mal que había ido a la cita en mi coche, porque mi amiga lo había hecho en el de Jack, al igual que Donovan. No se me iba de la cabeza el tonteo que había presenciado entre Margot y él, y tendría que preguntarle; lo haría en cuanto llegáramos al centro comercial y estuviéramos en un ambiente más distendido, de momento todavía se notaba cierta tensión.

—¿Se puede saber de qué me tengo que disfrazar?

—De la seta de Mario Bros —me dijo la cabrona, riendo a carcajadas cuando vio mi cara—. Te lo has creído. Nuestro grupo va a ir de vampiros y vampiresas, pero uno con el que, antes de hablar, le den ganas de chuparte toda la sangre, por decirlo de un modo fino.

—De verdad que estás loca. ¿Dónde se supone que vamos a encontrar esos disfraces? Porque estamos cerca de Navidad, no de Halloween.

—Ya los tengo localizados, no te preocupes. Y los de los chicos también, aunque ninguno sabrá el modelo que llevaremos nosotras, eso es *top secret*.

Me llevó a una de las tiendas que tenían ese tipo de artículos y eligió tres modelos distintos, pero uno de ellos llamó mi atención por su elegancia y sensualidad; si me quedaba bien, sería el elegido sin duda.

Entré en el probador y me lo puse. Cuando me miré en el espejo, me quedé completamente anonadada con lo que el reflejo me mostraba. Era como si lo hubieran confeccionado para mí, os lo prometo. El escote tenía la medida justa para que mis pechos resaltaran sin caer en la vulgaridad. El largo de la falda era el idóneo: más corto por delante que por detrás; y las mangas de gasa le daban una sensación de elegancia que completaban el conjunto. Me hice también con unas medias negras de liga y unos botines de tacón que complementaban el disfraz a la perfección.

—He avisado a Thais, por si le apetecía asistir esta noche a la fiesta con su chico, y me acaba de contestar que sí. Viene hacia aquí para elegir los disfraces —me comentó Margot mientras pagaba mi atuendo, dándome una tremenda alegría.

—Sé que le va a gustar, y a su chico también. Ellos saben separar muy bien el tema sexo del amor, y eso pocas parejas saben hacerlo —le contesté mientras cogía mi bolsa.

—A mí aquí no me gusta nada. Tendré que mirar en la otra tienda, vamos.

—Seguro que allí encuentras algo; yo me he enamorado de este modelo en cuanto lo vi.

—Me he dado cuenta. Cuando Thais y yo hayamos elegido, nos tendremos que ir hasta el salón de belleza; tenemos que alisar ese pelo para que Tyler se encuentre con Atenea —me informó, y no sabía qué hacer; quería que viera a Norah, no a Atenea, y así se lo hice saber.

—No sé si quiero que vea a Atenea esta noche; estaría mucho más cómoda si viera a Norah, no sé si me entiendes.

—Claro que lo hago, pero dime una cosa: ¿a quién crees que entrará buscando? ¿Quién le tiene que revelar su verdadera identidad? Y no me digas que ya la sabe, pero de eso somos conscientes todos.

—No entiendo a dónde quieres llegar.

—Pues al mismo punto que tú. Es Atenea la que tiene que explicarse, la que debe desprenderse de la máscara ante sus ojos, para que sea Tyler quien lo asimile y pregunte todo lo que necesite —me decía Margot. En cierto modo la entendía, pero yo solo quería acabar con esa farsa de una vez por todas.

—Ya estoy aquí, chicas. Por lo que veo, mi amiga no ha tenido ninguna duda al elegir vestido, cosa rara en ella, que siempre le da veinte mil vueltas

a todo —nos saludó Thais al llegar, haciendo su típico comentario de cada vez que íbamos de compras.

—Pues no, lista. Lo vi, me lo probé y dije: este es para mí, antes de que venga nadie y me lo quite.

Fuimos a la siguiente tienda, donde ambas encontraron el disfraz perfecto. Además, mi amiga dio con uno que le encantó para Luke. Decía que, además de ser ideales para la fiesta, podrían darles mucho juego en momentos más íntimos. Lo que nos hizo reír con sus comentarios no fue poco.

Tenía en mente preguntarle a Margot sobre Donovan, pero me detuve antes de hacerlo, ya que no quería hacerla delante de Thais. No es que no confiara en ella; de hecho, tenía plena confianza en mi amiga, pero consideré que podría resultar un poco extraño discutir temas tan personales en presencia de alguien a quien solo había visto un par de veces.

En el salón de belleza, tal y como hicieron las veces anteriores, me hicieron un tratamiento de alisado temporal que me duraría hasta que sumergiera la cabeza bajo el agua, porque no se encrespaba ni con la humedad, cosa que agradecía enormemente. Decidí llevarlo suelto, sujetándolo solo con la diadema que complementaba mi disfraz. Maquillaron mis ojos con un ahumado oscuro que realzaba de manera espectacular el verde de mis iris, mientras que mis labios, pintados de un rojo carmesí irresistible, parecían tan jugosos que invitaban a ser mordidos.

Margot, por su parte, se hizo un elegante recogido que acentuaba su cuello de cisne, maquillándose en tonos tierra, que eran los mismos que llevaba en su vestido. Thais también se alisó el pelo; aunque no tenía rizos tan marcados como los míos, siempre decía que su pelo era agraciado. Optó por una coleta alta y un maquillaje suave, fiel a su estilo habitual, que le daba un aire fresco y natural.

—Nos hemos olvidado de lo principal: las máscaras —dijo Margot llevándose las manos a la cabeza.

—Pues vamos a comprarlas, tenemos tiempo de sobra —respondió Thais de manera tajante.

—Yo tengo la mía, la compré hace tiempo. Si queréis, tengo dos más que podrían venir bien para vuestros modelos; sería cuestión de que os las probéis —les informé, y ambas asintieron.

—Por Luke no te preocupes, si no lleva allí le proporcionan una básica —le dijo Margot a Thais, intuyendo lo que se le había pasado por la cabeza.

Regresamos todos a casa para prepararnos. En el mensaje que el club había enviado a todos los socios, se mencionaba que habría un ágape al inicio de la fiesta, así que decidimos no comer nada antes de llegar. Además, no tenía ganas de comer en ese momento; mi estómago estaba cerrado y lo único que realmente deseaba era hablar con Tyler. Quería explicarle mis razones y que juntos pudiéramos tomar una decisión sobre nuestro futuro como pareja.

¡Qué fuerte me sonaba eso! ¿En serio había pensado en nosotros como pareja? Algo en mi interior no iba bien, porque me tendría que conformar con que quisiera hablar conmigo; lo demás lo veía tan lejos que me parecía una utopía.

Ya estábamos listas para salir. Al final, no fue necesario comprar máscaras para ellas, porque las que tenía en casa les quedaban perfectas con sus trajes.

—Vamos a hacernos una foto, mañana la subimos a las redes —dijo Margot, tomando su móvil del interior del bolsito que llevábamos.

—¿Por qué mañana? —preguntó Thais.

—Porque, si la subimos ahora, los chicos van a saber cómo vamos vestidas, y es una prueba que quiero hacerle a uno de ellos.

—Yo me voy a hacer una sola, y esa la subiré ahora mismo. Total, voy a entrar ahí dentro de la mano de Luke… Así no se equivoca mientras me espera —habló Thais, levantando las cejas varias veces y provocando una carcajada en nosotras dos.

—Esa prueba no será para Donovan, ¿verdad? Porque no veas la tensión que había esta mañana entre vosotros. —Aproveché que había sacado el tema para salir de dudas.

—Exacto, muy perspicaz, amiga. Tuvo el descaro de decirme que, si quisiera sentar la cabeza, me elegiría como su compañera de vida.

—¡Venga ya! ¿En serio te dijo eso? Pues ya sabes, aprovecha, porque, por mucho que lo niegues, estás loquita por sus huesos —exclamé, y me miró con cierta melancolía que no supe entender.

—Algún día te contaré mi historia, que ahora no es el momento. Hoy vamos a disfrutar; quizás mañana, si me encuentro con ánimos, igual lo hago. —Así zanjó la conversación de un tema que, a priori, parecía dolerle demasiado.

Salimos las tres juntas de mi casa. Como la vez anterior, Margot había contratado un vehículo con conductor, pero no uno cualquiera. Ese coche decía a leguas: «ahí vienen tres mujeres empoderadas, que no le temen a nada», cuando en realidad todas teníamos un temor, distinto, eso sí, pero temor al fin y al cabo.

Al llegar a la puerta, allí estaba Luke esperando a Thais, y la verdad es que había elegido muy bien su disfraz, porque estaba espectacular. Todo hay que decirlo, hasta el punto de que Margot se quedó con la boca abierta.

—Chica, si decidís que queréis una mujer para jugar esta noche, no dudéis en llamarme. ¡Madre del Amor Hermoso, vaya hombre! —exclamó Margot, haciéndonos reír de nuevo.

Capítulo 35



Norah

Me coloqué bien la máscara antes de entrar, pero algo llamó mi atención. El chico de la puerta, Harry, creo que se llamaba, las veces anteriores que había acudido con Margot y Tyler, demostró ser una persona amable; sin embargo, hoy estaba más arisco, ni siquiera nos contestó a las «buenas noches» que todos le dimos.

—¿Qué le pasa hoy a este chico? —pregunté a Margot, que era la que mejor lo conocía.

—Ni idea, debe estar abrumado por todo lo que sucedió con esa chica, Samie, y habrá decidido estar más en alerta —me contestó mientras íbamos hacia la barra del bar.

Esa noche, tanto la bebida como la comida que ofrecían eran cortesía de la casa. Habían acudido muchas más personas que a la fiesta anterior, y eso también me sorprendió. Me pedí un *gin-tonic* y, al girar la cabeza, lo vi. Ahí

estaba él, impresionante con ese disfraz de vampiro; era como si nuestros cuerpos se buscaran, como si ellos lo supieran antes que nosotros mismos.

Nuestras miradas se quedaron enganchadas, no os puedo decir el tiempo que nos mantuvimos así, con la vista puesta el uno en el otro, hasta que empezó a andar hacia la zona en la que nos encontrábamos nosotros.

—Estáis realmente impresionantes —dijo Donovan, que no podía quitar la vista de encima de Margot.

—Yo soy Jack, a vosotros no tengo el gusto de conoceros, sobre todo a esta preciosidad de mujer.

—Perdonad, ellos son Thais, una de mis mejores amigas, y su chico, Luke —Los presenté a los demás.

—Yo soy Tyler, aunque aquí dentro todos me conocen como señor Harper, es mi nombre de guerra, encantado —les habló mi jefe, dándole un beso en la mano a Thais y un apretón a Luke.

—Lo siento si te han incomodado mis palabras —se disculpó Jack.

—Para nada, aquí no hemos venido a jugar al parchís, precisamente. Sabemos diferenciar muy bien el amor que nos procesamos del juego del sexo. Lo que pase aquí, se queda aquí; en nada influirá en nuestra pareja. De hecho, hemos practicado el sexo en grupo varias veces, pero nunca en un club —explicó Luke, a quien mi amiga miraba con verdadera devoción.

Podéis pensar que era él quien llevaba la voz cantante en ese tema, pero nada más lejos de la realidad. Era Thais quien decía que eran muy jóvenes, que quería experimentar en el sexo y, antes de hacerlo por fuera y ponerse los cuernos, era mejor hacerlo conjuntamente, cada vez que a alguno de los dos le apetecía incluir a alguien más en sus juegos.

—Si es un hombre lo que queréis incluir en vuestros juegos, no dudéis en elegirme. Me muero por recorrer el cuello de esta vampiresa con mi lengua —dijo Jack con todo el descaro del mundo, y todos pudimos observar cómo eso había excitado a Luke.

Me di cuenta de que había una mujer, algo mayor que nosotros, que no paraba de mirar en nuestra dirección, incomodándome un poco, no lo voy a negar, y no por celos —que también—, sino por la forma tan intensa y descarada con que lo hacía, como si nos estuviera desnudando a todos con la mirada.

—Estás preciosa —me dijo Tyler muy cerca de mi oído—, pero no te confundas, sigo muy enfadado, aunque vengo dispuesto a que me des esa explicación que querías brindarme.

—Gracias. No dudes que lo haré. Sé que te puedes sentir defraudado y traicionado por mí, pero no es lo que piensas. Cada una de las palabras que salieron de mi boca fue verdad, mis besos fueron ciertos y mis sentimientos, totalmente genuinos.

—No me digas nada ahora, esa conversación será cuando estemos a solas, tranquilamente, en alguna de las salas, porque la mía ha quedado clausurada

por lo que ocurrió, y estoy pensando en cerrarla definitivamente. Todo dependerá de lo que pase esta noche —me dijo, y asentí con la cabeza.

Sabía que no tardaría mucho en tomarme de la mano para salir de allí, buscando un lugar tranquilo en el que poder conversar, pero los minutos hasta que eso ocurriera se me iban a hacer una eternidad.

—Mira a quién tenemos aquí, a mi cachorro preferido —dijo esa mujer al llegar hasta donde estábamos, dirigiéndose a Tyler, a quien vi tensarse por completo.

—¿Se puede saber qué coño haces tú aquí? —preguntó, en evidente estado de nervios y enfado; no sabía qué destacaba más en sus palabras.

—Venir a buscar a mi pupilo más aplicado. Quiero que me hagas gemir como lo hacías por aquel entonces. No debiste ir a mi casa, estábamos bien como estábamos, y tuviste que fastidiarlo todo —pronunció de manera melosa, acariciando su brazo, pero él no hacía nada, ni la rechazaba, ni era capaz de articular palabra.

Entonces lo supe: ella era la protagonista de la historia que arrastraba Tyler, y contra ella no podía hacer nada. Así que, ante la confusión, aproveché para salir de allí sin que nadie me viera. Donovan estaba tonteando con Margot, pero sin perder de vista a esa mujer, y Jack, se había marchado con Luke y Thais. Cuando llegara a la puerta, le diría a Harry que me llamara a un taxi. Con la actitud de Tyler tuve claro que ella siempre se interpondría entre él y cualquier mujer, y ya había sufrido bastante. Le

escribiría una carta con la explicación que tanto exigía, y se la enviaría, para mí, ya se había terminado todo.

—Buenas noches, Harry, ¿podrías hacerme el favor de llamarme un taxi? —le solicité amablemente, pero su respuesta me dejó totalmente desconcertada.

—De eso nada, muñeca, tú de aquí no te vas a mover. No por lo menos hasta que mi socia lo diga. Así que ahora, calladita, entra en esa habitación, si no quieres que te ocurra lo mismo que a Samantha.

¿De qué iba todo eso? ¿De qué socia estaba hablando? No entendía nada, pero presa del pánico que sentí, entré en ese cubículo, que no se podía llamar habitación, a esperar a ver qué me deparaba el destino.

Quería pensar que se darían cuenta de mi ausencia, que alguien saldría a buscarme, pero perdía las esperanzas a medida que pasaban los minutos y no escuchaba a nadie llamarme.

En un momento de lucidez, me di cuenta de que llevaba mi móvil en un pequeño saquito que tenía entre los volantes de la falda del vestido. Lo metí allí, junto con las llaves, para no tener que cargar con ningún bolso. Ahora solo faltaba que escucharan mi mensaje, porque hablar no podía, o se enteraría Harry.

Con las manos temblorosas, el primer mensaje que envié fue a Margot, para a continuación reenviarlo a todos los demás. Les rezaba a todos los dioses del universo para que alguno lo leyera, para que no se hubieran ido

ya a alguna de las salas, donde los teléfonos se quedaban en una caja fuerte a la entrada, para evitar que nadie tomara imágenes de lo que ocurría ahí dentro.

Norah: *Ayúdame, por favor. Harry me tiene retenida en un cubículo que hay justo a la entrada, a la espalda de donde él desempeña su trabajo. Me ha dicho que estaré aquí hasta que aparezca su socia. Tengo miedo de que me vaya a hacer algo, me ha amenazado con que me puede pasar lo mismo que a Samantha.*

El tiempo pasaba y allí no aparecía nadie, las lágrimas se agolpaban en mis ojos sin poderlo remediar. Iba a pasarme algo, lo intuía, y lo peor de todo es que no había podido explicarme a Tyler, no le había dicho que lo quería con toda mi alma.

Escuché un ruido y varias voces, parecía que había una pelea, pero no podía gritar porque nadie me escucharía con tanto jaleo, ni podía salir de allí porque la puerta, por lo visto, solo se podía abrir por fuera.

Cuando ya había perdido toda esperanza, alguien le dio un tirón a la puerta del cubículo donde me tenían encerrada, abriéndola de par en par, y lo vi, con la cara desencajada de preocupación.

—¡Norah! Dime que estás bien y que este cabrón no te ha hecho nada, por lo que tú más quieras —me dijo, preocupado y al borde del llanto.

—¡Tyler! Gracias, gracias, pensé que este era mi final —le agradecí, aunque yo no estaba al borde del llanto… yo lo hacía amargamente.

Con mucho tacto me quitó la máscara, esa que no me había acordado de que llevaba puesta, y me besó de una manera tierna y dulce, mirándome a los ojos con todo el amor que vi que sentía por mí, y eso no hizo más que acrecentar mi llanto.

Al salir, vi cómo, entre Donovan, Jack y Luke, mantenían retenido a Harry. A su lado, Margot y Thais tenían agarrada a esa mujer, que no dudó en mirarme con odio.

—¿Te piensas que se quedará contigo para siempre? —preguntó, soltando a continuación una risa malvada que me puso los pelos de punta—. Él solo ha estado enamorado de mí, y todavía lo está. Si no me ha elegido a mí es porque no puedo darle la exclusividad que quiere, esa que no le brindé ni a mi marido.

—¡Cállate, zorra! —le espetó Margot, propinándole un tortazo que le hizo sangrar por la nariz.

—Al igual que lo tuyo tiene una explicación, esto también la tiene. Tan solo espero que no seas tan cabezona como yo y me escuches. Luego, si no quieres seguir conmigo, serás libre de hacer lo que te plazca —habló Tyler, dirigiéndose a mí.

—Tenemos mucho de lo que hablar, pero quiero sinceridad, es lo único que te voy a pedir. No me mientas; no me gustaría que, pasado un tiempo, nos demos cuenta de que todo se basó en una mentira —le rogué, aparte de con palabras, con la mirada, y él asintió con la cabeza.

En ese momento escuchamos las sirenas de la policía acercándose al club. Era de suponer que alguno de ellos los había llamado al ver el revuelo que se había montado, y lo agradecí como nadie se podía llegar a imaginar.

—Buenas noches, inspector Jackson —le dijo Tyler al policía que había entrado primero.

—Buenas noches, Harper, y gracias por ayudarnos a atrapar a estos dos personajes —respondió el inspector, que miraba cómo sus hombres los levantaban del suelo y los esposaban.

—Quiero denunciar a estas dos mujeres, agente, me han agredido y yo no tengo nada que ver en este asunto. Han aprovechado viejas rencillas para desquitarse conmigo —dijo esa mujer, cuyo nombre ni sabía.

—Señora, más le vale que guarde silencio o las cosas se le pondrán muy feas si sigue hablando —le advirtió uno de los policías que la había esposado.

—Ya está todo claro y queda exonerado de toda sospecha, Tyler. La señorita Holmes se ha despertado y, por suerte para todos, no tenía ninguna secuela que le impidiera contar los hechos —siguió explicándole Jackson a Tyler, que lo escuchaba con atención.

—¿Fue Johnson? —No pude evitar preguntar. No me parecía ese tipo de personas, pero nunca se sabía.

—No, fue Harry, pagado por la señora Spencer —dijo, señalando a esa mujer, dejando a Tyler completamente sorprendido.

—¿Cómo? No me lo puedo creer. ¿Con qué propósito haría algo así? —le preguntó al inspector, deseoso de conocer todos los detalles.

—Será mejor que esta conversación la tengamos mañana en mi despacho, señor Harper. Hay muchas cosas que no sabe y que debe saber, sobre todo para evitar que nada de esto vuelva a ocurrir —respondió él, acordando una cita para el día siguiente a media mañana, ya que antes el inspector no podía atenderlo.

Capítulo 36



Tyler

—Mira a quién tenemos aquí, a mi cachorro preferido —Cuando escuché esa voz, su voz, me estremecí, me tensé como nunca antes lo había hecho.

—¿Se puede saber qué coño haces tú aquí? —le pregunté, en un tono que evidenciaba la rabia que corría por mis venas.

—Venir a buscar a mi pupilo más aplicado. Quiero que me hagas gemir como lo hacías por aquel entonces. No debiste ir a mi casa, estábamos bien como estábamos, y tuviste que fastidiarlo todo

Esas simples palabras me dejaron en estado de *shock*, fue como si me aislara de todo y de todos, mientras que a mi mente acudieron los momentos que pasamos juntos, pero de una manera totalmente diferente.

Antes, lo veía como algo bueno que me había pasado en la vida. Ahora, era capaz de distinguir los distintos matices de su voz, su manipulación, la manera en la que siempre conseguía lo que quería, y eso me produjo mucho

asco, no os lo podéis imaginar. Jamás se me hubiera pasado por la cabeza que me ocurriría eso con Catherine, a la que amé y veneré como una diosa.

—¿Dónde está Norah? —pregunté, de repente me había dado cuenta de que no estaba a mi lado, y me inquieté.

—Esa zorrita ha visto cómo te has puesto en mi presencia, y habrá decidido largarse. Es lo mejor que hace, las mujeres saben que, contra mí, no tienen nada que hacer —dijo Catherine de una manera muy altiva, lo que hizo que la mirara como si fuera un bicho, que era lo que, en realidad, me parecía.

—¿Te piensas que voy a caer rendido a tus pies? —contesté, soltando a continuación una risa de lo más irónica.

—No es que lo piense, es que lo sé.

—No me hagas reír, por favor. Aunque fueras la última mujer sobre la faz de la tierra, no volvería contigo. Tendría que estar loco para hacer eso.

—Si yo fuera tú, no me lo pensaba, o puede que le ocurra como a tu otra amiguita. Aunque tengo que reconocer que fue un error de cálculo, no esperaba que otro tipo quisiera vengarse de ti —me susurró al oído, y me estremecí, no podía haber oído bien, ella no podría haber hecho eso.

Justo cuando iba a contestarle, mi amiga Margot se adelantó. Tengo que reconocer que, aun sin saber la explicación que tenía todo lo que había

ocurrido con Norah, la había juzgado mal, y me lo demostró con ese comentario.

—Lárgate de aquí, bruja. No podías haber elegido un disfraz que fuera tan acorde con tu personalidad. Déjalo ser feliz, ya le hiciste suficiente daño en el pasado —le espetó, sin miramientos.

Mi móvil vibró, a la vez lo hizo el de Margot, y a continuación, el de Donovan. Supimos que algo no iba bien, pero no imaginamos qué podría ser, así que los tres, simultáneamente, abrimos el mensaje que nos había llegado.

Norah: *Ayúdame, por favor. Harry me tiene retenida en un cubículo que hay justo a la entrada, a la espalda de donde él desempeña su trabajo. Me ha dicho que estaré aquí hasta que aparezca su socia. Tengo miedo de que me vaya a hacer algo, me ha amenazado con que me puede pasar lo mismo que a Samantha.*

El gesto de nuestra cara mudó a terror, no había otra palabra que lo describiera mejor que esa, pero ninguno dijo nada. En cierta manera, los tres supimos que ella tenía algo que ver, yo por lo que me había dicho, y ellos por intuición. Con una sola señal mía, tanto Margot como Donovan supieron qué hacer, la cogieron cada uno por un brazo, sacándola de allí a la fuerza, pero sin que nadie se diera cuenta, no queríamos que se montara otro espectáculo en el club que diera que hablar.

Íbamos a salir de la zona del bar cuando, abruptamente, nos dimos de bruces con Jack, Thais y Luke, que todavía no habían entrado en la sala y

pudieron leer el mensaje. Si hubieran estado ya dentro, la única posibilidad de leerlo sería al salir, porque, antes de entrar en cualquier habitación, era obligatorio desprenderse de cualquier dispositivo electrónico.

—¿Dónde está Norah, Harry? —le pregunté, primero de manera amable, pero luego iría subiendo de intensidad.

—No sé de qué me habla, señor Harper —me contestó, con toda la ironía del mundo y una sonrisa que puso los pelos de punta.

—A lo mejor ahora me entiendes mejor. ¿Dónde tienes a Atenea?

—Le repito lo mismo, no sé de qué me está hablando.

No pude más, y le propiné un puñetazo con el que le partí la nariz. Quiso venir hacia mí, pero mis amigos lo retuvieron con fuerza, dejándolo totalmente a mi merced.

—He llamado a la policía —dijo el novio de Thais, y le di las gracias con un gesto de cabeza.

En ello estábamos cuando, sin esperarlo, escuchamos a alguien pidiendo socorro. Era como si estuviera detrás de la pared, pero no teníamos constancia de que allí hubiera ninguna puerta para acceder al club o algo parecido.

La examinamos entera, en el momento en el que casi lo dábamos por perdido. Encontré la manera de abrir esa pared, por lo que tiré violentamente de ella, encontrándome a Norah sentada en el suelo, con las piernas flexionadas y temblando de miedo.

La levanté y la abracé con mucha delicadeza, le quité la máscara. Teníamos mucho de lo que hablar, sin duda, pero en ese momento me di cuenta de que no podría vivir sin ella. Tampoco era tan malo lo que había hecho y, gracias a ella, había vuelto a ser el hombre que fui en el pasado.

—¿Te piensas que se quedará contigo para siempre? Él solo ha estado enamorado de mí, y todavía lo está. Si no me ha elegido a mí es porque no puedo darle la exclusividad que quiere, esa que no le brindé ni a mi marido. —Esas palabras me hicieron reflexionar. Si hubiera aparecido antes de conocer a Atenea, habría caído sin remedio, pero ahora no.

—¡Cállate, zorra! —Con todas las ganas que le tenía, Margot le propinó un tortazo que la hizo sangrar por la nariz.

—Al igual que lo tuyo tiene una explicación, esto también la tiene. Tan solo espero que no seas tan cabezona como yo y me escuches. Luego, si no quieres seguir conmigo, serás libre de hacer lo que te plazca. —Tomé sus manos y me dirigí a ella, tenía que conseguir que me escuchara, fuera como fuera.

—Tenemos mucho de lo que hablar, pero quiero sinceridad, es lo único que te voy a pedir. No me mientas; no me gustaría que, pasado un tiempo, nos demos cuenta de que todo se basó en una mentira —me dijo, suplicante.

Iba a contestarle cuando escuchamos las sirenas de la policía, ambos estaban retenidos por nuestros amigos, porque yo no podía dejar de abrazar a Norah, la necesitaba cerca, necesitaba su contacto piel con piel.

Después de todas las pesquisas policiales, el inspector me citó al día siguiente, sobre media mañana, para ponerme al día de todos los detalles, esos que insistió en que debía conocer y tomar medidas.

—Será mejor que nos marchemos —les dije a todos, pero la respuesta de Norah me dejó casi sin respiración.

—Ah, no. Yo he venido a pasar una velada de sexo y placer desenfrenado con el señor Harper, y no pienso moverme de aquí hasta que haya saciado mis más ardientes deseos. —Se puso la máscara de nuevo y tomó mi mano para entrar en el club.

—Pues si ella, que es la que lo ha pasado todo, no tiene traumas, yo tampoco. Vamos, Donovan, que el placer nos espera —dijo Margot a mi amigo, que no dudó en cogerla en brazos y entrar con ella de esa guisa.

—Nosotros también podemos retomar la cosa donde la dejamos, si queréis. —Esa vez fue Jack el que habló, y recibió la respuesta de Thais, después de mirar a su novio a los ojos.

—Mejor que retomar donde lo dejamos, preferiría que adelantáramos unos cuantos capítulos, que la parte del prólogo ya nos la sabemos —dijo ella, provocando una carcajada en sus acompañantes.

Con su mano cogida y nuestros dedos entrelazados, entramos en la zona de las salas. La mía estaba clausurada, pero así se quedaría para siempre. Ahora tenía claro lo que quería y con quién lo quería, así que tenía una propuesta que hacer, y esperaba que no dudara en hacerla realidad.

—Hazme tuya, Tyler. Quiero sentirte en tu plenitud, que tus manos me hagan estremecer, que mi garganta se quede seca de los gemidos. No quiero hablar, ahora no. Este momento es para saciar nuestros cuerpos, nuestras almas pueden esperar unas horas más —me dijo, y despertó a la fiera que todos tenemos en nuestro interior.

Le di la vuelta, poniéndola de espaldas a mí, aparté su pelo a un lado y bajé la cremallera del vestido. Su espalda era lo más sexi que había visto en mi vida, desnuda, incitaba a pasear la lengua por ella, y eso hice, sin pensarlo dos veces.

Su trasero envuelto en esa tela de encaje negra, al igual que su sexo, sus medias a medio muslo y esos botines, me mostraban una imagen de sensualidad que me cortaba la respiración.

Esta noche no se trataba de saber quién era el que mandaba en esa cama, sino de demostrar sentimientos que, a veces, era imposible expresarlos con palabras. No quería practicar sexo, quería que hiciéramos el amor, y lo iba a lograr por todos los medios, así me fuera la vida en ello.

Ella, por su parte, también me desnudó con mimo, sin prisas, saboreando el momento, al igual que yo había hecho con ella. En determinado

momento, y una vez que ambos estuvimos completamente desnudos, se arrodilló ante mí, tomó mi miembro con una mano y empezó a acariciarlo de arriba abajo, pasando el dedo pulgar por el glande, haciéndome retorcer de placer. Pero eso no fue nada comparado con lo que hizo a continuación: pasó su lengua por él, haciendo círculos, para terminar metiéndolo entero en su boca.

Me rendí al placer, sin poder hacer otra cosa, mientras ella se afanaba más y más en esa felación que me estaba haciendo. Sabía que me recompondría pronto, así que le di lo que quería, eyaculando en su boca con un grito que jamás había experimentado en ninguna práctica sexual.

La levanté del suelo y la tumbé en la cama; ahora era mi turno. Cogí una de sus piernas, poniéndola a la altura de mi boca, y con mi lengua fui bajando hasta llegar a su sexo, donde me recreé. Su sabor me volvía loco, era algo que no podía explicar; junto a su olor, eran mis dos cosas preferidas en la vida.

Se agarraba a las sábanas como podía, presa del placer que le estaba proporcionando. Llegado el momento, acompañé a mi lengua con los dedos, que introduje en su interior, haciendo que se corriera en pocos segundos.

Recuperamos el aliento, pero por poco tiempo, porque levanté sus piernas, apoyando una en cada uno de mis hombros, y la penetré fuertemente, con pasión, reflejando la necesidad que ambos sentíamos. Sus gemidos, sus jadeos, me estaban volviendo loco; necesitaba cambiar de postura o me iría más pronto que tarde.

Me senté en la cama, quedando ella a horcajadas sobre mí. Una vez dentro, fue ella quien impuso el ritmo, ayudada por mí, que la sujetaba de las caderas mientras levantaba las mías para llegar lo más profundo posible, hasta que alcanzamos el clímax a la vez.

No hubo juegos, ni utilizamos ningún artefacto de los que solía emplear habitualmente; solo fuimos ella y yo, pero os puedo garantizar que fue la experiencia más placentera de mi vida.

—Joder, no he utilizado preservativo. Estaba tan embriagado de placer que ni me di cuenta —le dije, temiendo su reacción, porque yo lo tenía claro: lo quería todo con ella.

—No pasa nada, también ha sido culpa mía, pero tomo la píldora. Si hay exclusividad, no tenemos que volver a usarlo —me respondió, dándome a entender que ella estaba dispuesta a arriesgarse por esta relación en la misma medida que yo.

Capítulo 37



Tyler

La cosa no se quedó en el club, ambos nos fuimos juntos a mi casa. Tenía la intención de que no se marchara más, pero antes tendríamos que hablar largo y tendido de todo, y eso hicimos.

—Me enamoré de ti en el mismo momento en que me llamaste aquel día a tu despacho, por lo de Johnson. Cuando te descubrí con Margot, algo dentro de mí se removió… —Así me contaba los motivos por los que se había inventado el personaje de Atenea y había hecho lo que hizo, asegurándome que me lo iba a contar, y la creí.

—Mi historia no es tan bonita como la tuya. Conocí a Catherine en el último año de la universidad, en una fiesta… —Ahora fue mi turno de ponerla al día sobre mi historia. Conforme avanzaba en ella, más sorprendida estaba, porque no me guardé ningún detalle.

Entre charla y charla vimos cómo amanecía desde el porche cerrado de mi casa. Ese día no dormiríamos nada, porque en unas pocas horas tenía que

estar en el despacho del inspector, y antes, quería pasar por el hospital para ver a Samie. No se merecía menos que una visita, y me gustaría que Norah me acompañara.

—Vente a vivir conmigo —lo dije tal y como me salió, sin pensar.

—¿Estás loco o es fruto de la falta de sueño?

—Mi sueño eres tú y, si no estás a mi lado, poco voy a poder descansar. Te lo digo completamente en serio, Norah, no quisiera separarme de ti ni un solo instante. —Le abrí mi corazón por completo, mientras ella me miraba con una lágrima cayendo por sus mejillas.

—Vamos a hacer una cosa, porque no me puedo venir aquí de golpe o el porrazo me lo llevaré yo. Empezaremos por convivir los fines de semana y los días de fiesta, y si todo marcha bien, en un par de meses haré la mudanza definitiva —me propuso, y la entendía; el impaciente era yo, así que acepté, mejor eso que nada.

Tomamos una ducha, en la que volvimos a dar rienda suelta a la pasión, y nos fuimos a su casa, donde ella se cambiaría de ropa. Preparó una pequeña mochila con todo lo necesario para pasar el fin de semana juntos, ya que el lunes también era festivo, y nos fuimos hacia el hospital. Teníamos que hablar con Samie de todo lo ocurrido, y nadie mejor que ella para contárnoslo de primera mano.

—Buenos días, Samie, ¿qué tal te encuentras? —le dije tras entrar en la habitación con un enorme ramo de rosas y una caja de bombones.

—Buenos días, señor Harper y compañía. Un poco mejor cada día.

—Deja las formalidades, soy Tyler, y ella es Norah, mi pareja.

La vi abrir los ojos de una manera desmesurada al darse cuenta del enorme parecido que había entre las dos, lo que me sacó una sonrisa, y a ella otra cuando entendió por qué me había acostado con ella aquella noche.

—Ha sido horrible, para qué nos vamos a engañar, pero el psicólogo me ha aconsejado que lo hable con total naturalidad, que me vendrá bien para sacar fuera mis miedos.

—Entiendo que debe haber sido así. ¿Qué pasó, Samie?

—Había quedado con Johnson en el club, y me dijo que quería fastidiarte, así que se hizo, no sé cómo, con una copia de la llave de tu sala y nos metimos allí, cerrando por dentro para que no pudieras entrar.

—Hasta ahí lo sé. De lo que no tengo ni idea es de lo que ocurrió a continuación.

—Yo os lo explico. Cuando terminamos, Johnson me dijo que tenía que marcharse, que tenía una reunión temprano a la mañana siguiente, así que me quedé yo dentro, duchándome y vistiéndome para salir. En ese momento entró Harry, con una mujer que no había visto en mi vida, insultándome y diciéndome que, si pensaba que me iba a quedar con su niño bonito, lo llevaba claro.

—Sin duda, era Catherine la que te habló de esa manera.

—La muy hija de puta le dijo al otro que acabara conmigo, de la manera más lenta y dolorosa. Le llegó a insinuar, incluso, que no se opondría a que me violara.

—Dime que no lo hizo, por favor —le suplicó Norah, que a estas alturas del relato ya tenía las lágrimas corriendo por su rostro.

—Mientras estuve consciente, no. Pero parece que, al estar inconsciente, lo intentó, aunque la aparición de Tyler fue decisiva para que no pudiera terminar lo que había empezado. Eso no le impidió seguir dándome golpes hasta dejarme medio muerta.

—Lo de ella lo entiendo. Pero él, ¿qué ganaba con todo esto? —pregunté incrédulo ante la situación.

—Muy sencillo, ella le había prometido un puesto en su cadena de supermercados, aparte de que también le dijo que lo instruiría como había hecho contigo. La mejora de condiciones laborales y el sexo fácil le nublaron el sentido.

Nos despedimos de ella, prometiéndole que iríamos a visitarla otro día, y nos marchamos hasta la comisaría, donde el inspector nos estaba esperando para comunicarme todo lo que, según él, debía saber.

—Buenas tardes, señor Harper. —Nos recibió el inspector Jackson.

—Buenas tardes. Venimos de visitar a la señorita Holmes, que ya nos ha puesto al día de todo lo referente al caso, por lo menos lo que estaba en su mano.

—Eso es solo la punta del iceberg, detrás de todo eso hay un entramado más complicado de lo que se puede imaginar, pero empezaré por el principio. ¿Sabe usted que su secretaria había sido pareja de su hermano durante mucho tiempo?

—¿De mi hermano? No tenía ni idea. Pero… ¿qué tiene que ver ella con todo esto? Porque la verdad, no lo entiendo.

—Verá, al parecer, su hermano pasa por dificultades económicas y, de algún modo, supo que, si a usted le pasara algo, él se tendría que hacer cargo de todos sus negocios. Por eso le pidió a la que era su pareja que se infiltrara en su empresa.

—¿En serio? ¿Todo esto lo ha hecho por dinero? Jamás le he negado nada. Es cierto que su modo de vida y el mío distan mucho de ser ni parecidos, pero cuando ha acudido a mí, le he tendido mi mano, siempre.

—Ese es el problema, que tenía que venir a usted suplicando, y no estaba dispuesto. Se puso a investigar su pasado, y eso, sumado a lo que le había dicho su secretaria de su interés por la señorita Walker, hizo que pudiera trazar el plan perfecto. Lo que no contaba era con que todo le saliera al revés.

—Me estuvieron siguiendo y confundieron a Samie con Norah, ¿me equivoco?

—Para nada, está usted en lo cierto. Afortunadamente, hemos podido desenredar toda esta madeja de acontecimientos, quedando todos detenidos. Ahora solo falta que usted termine con esto, poniendo la denuncia correspondiente a su hermano y su secretaria, que son los únicos a los que no podemos acusar directamente porque no han sido los autores de los hechos, aunque sí los instigadores.

—Por supuesto que la pondré, y solicitaré una orden de alejamiento para mí y para mi pareja; no quiero a ninguno de los dos cerca de nosotros.

Tramitamos la correspondiente denuncia, y a la vez que lo hacíamos, mi hermano solicitó verme, a lo que me negué rotundamente. Ya me había hecho bastante daño; si pensaba que sería como siempre, que yo me negaba y él, con dos lágrimas, conseguiría que lo sacase de ahí, lo llevaba claro.

Volvimos a casa después de eso, donde nos estaban esperando los demás, deseosos de saber lo que había ocurrido. Se lo conté todo, incluso a Luke, el novio de Thais, que no sabía de qué iba la cosa, solo que habían intentado hacerle daño a la mejor amiga de su chica.

—Margot, tengo que pedirte disculpas, lo primero, espero que las aceptes, y darte las gracias. Sin tu intervención, no habría conocido a la mujer que tengo el placer de que comparta conmigo su tiempo —me disculpé y agradecí a mi amiga lo que había hecho por mí, por nosotros.

—Lo haría mil veces más, a pesar de que me hubiera costado tu amistad, pero no quería al Tyler frío y despiadado, prefiero al cabezón que tengo delante ahora.

Nos fundimos en un bonito abrazo, de esos que demuestran que la amistad está por encima de muchas cosas y que, a veces, los amigos nos conocen mejor que nosotros mismos.

—He pensado que voy a cerrar la sala del club, no me apetece volver allí sabiendo lo que ocurrió entre esas cuatro paredes. Incluso me estoy pensando darme de baja como socio. Lo que necesito lo tengo en mi casa, en mi cama.

—Si es lo que quieres, adelante, no reprimas tus sentimientos. Si en algún momento lo vuelves a necesitar, por avivar la llama de la relación o lo que sea, estoy seguro de que Smith no te pondrá ninguna pega para que vuelvas —me dijo Jack, a quien se veía muy cómodo junto a Thais y su chico.

—Pues nosotros nos vamos a hacer socios, Jack nos va a ayudar. Dentro de esas paredes es como si nos transformáramos, dando rienda suelta a nuestros instintos más primitivos, y hemos acordado asistir una vez al mes y experimentar todo lo que nos plazca —dijo Thais, y a ninguno nos tomó por sorpresa su decisión.

Donovan y Margot permanecían muy callados, sin apartar la mirada el uno del otro, pero con miedo. Algo pasaba y no sabía qué era, pero no me iba a quedar con la duda, ni mucho menos.

—¿Se puede saber qué pasa entre vosotros dos? ¿Dónde están las bromas y las pullas? Y no me vayáis a decir que no os pasa nada, que os conozco mejor de lo que os pensáis —les dije, esperando que fueran sinceros conmigo en su respuesta.

—Le he dicho que quiero una relación con ella, que me he enamorado, y no me cree —me respondió Donovan, sorprendiéndome con su contestación; no me lo esperaba para nada, jamás me había dicho una palabra de que le atrajera Margot.

—No es que no te crea, es que necesito tiempo para asimilarlo, para ver que es verdad y no uno de tus jueguecitos —le respondió ella, a la defensiva.

—¿En serio piensas que soy capaz de jugar con los sentimientos de otra persona?

—No es eso, pero entiéndeme, no he tenido buena experiencia con los hombres fuera del plano sexual.

—Margot, ¿qué fue lo que me dijiste cuando te llamé preguntando por Atenea? —le pregunté, y ella me miró, sabiendo por dónde iba.

—Que no todas las mujeres eran como Catherine —me respondió a media voz y agachando la cabeza.

—Pues aplícate el cuento, bonita.

—Margot, escúchame. No puedes cerrarte al amor por una mala experiencia. Te aseguro que, de ser así, ninguno de los presentes estaríamos juntos. Date el privilegio de sentir amor y de sentirte amada. Que salga mal, pues otra experiencia de la que aprenderás, pero si sale bien, tendrás todo lo que has soñado en una misma persona, tu pareja —le dijo Norah, sorprendiéndonos con esas palabras que eran tan ciertas como que todos respirábamos.

—Está bien, te daré una oportunidad, solo espero no arrepentirme, luego —le contestó Margot, a la que Donovan tomó de la cintura, dándole un beso que la dejó sin respiración.

Se habían marchado todos, y ahora que nos quedamos los dos solos, era nuestro momento, el de sentir, el de dormir abrazados después de hacer el amor, y eso no lo cambiaba por nada, por mucho que los demás dijeran.

Epílogo



Norah

Habían pasado tres años desde el momento en que me decidí a irme a vivir con Tyler, los mejores de mi vida. Entre nosotros no se había perdido la pasión, más bien todo lo contrario; incluso en su despacho habíamos dejado salir nuestros más profundos deseos. Pero será mejor que os lo cuente desde el principio.

Nos casamos al año de vivir juntos, en una ceremonia íntima, en nuestra propia casa, en la que solo estuvieron los nuestros de verdad, aquellos que habían permanecido a nuestro lado en los tiempos malos.

De nuestra luna de miel —esa en la que dimos la vuelta al mundo durante cuatro meses— vinimos tres, y hoy somos los orgullosos padres de una niña de dos añitos, Atenea, porque no podía llamarse de otra manera.

Seguíamos trabajando juntos en la empresa, codo con codo, y yo me había convertido en la jefa de márquetin. Pero no ocurrió por mi matrimonio con el dueño, ni mucho menos; acepté porque el chico que ocupaba el puesto

tuvo que marcharse fuera de la ciudad por un motivo familiar, dejando la vacante disponible.

Thais y Luke se separaron poco tiempo después. Él conoció a una chica en el club y se enamoró de ella, pero jamás le fue infiel a mi amiga: cuando estaba con la otra, era con el consentimiento de su novia y siempre dentro del club. Pero en el corazón no se manda, como suele decirse. Hablaron y expresaron sus sentimientos, continuando con su amistad hasta el día de hoy, donde ella es la madrina de su hijo, Mark.

Dicen que el roce hace el cariño, ¿no? Pues eso fue lo que ocurrió entre Jack y Thais, que con eso de que él sabía consolarla como nadie, formaron una nueva pareja. Se miraban con un amor pocas veces visto. No se habían casado ni tenían hijos, y también dejaron el club de lado; decían que con sus juguetitos iban más que sobrados. Él no quería arriesgarse a que le pasara como a Luke, que ella conociera a alguien y se enamorara, aunque no lo decía delante de ella, sino en alguna que otra conversación que había tenido conmigo o con Tyler.

Donovan y Margot sí que se casaron, y tienen mellizos de un año, Daniel y David, que son dos trastos. Ellos sí siguen frecuentando el club alguna que otra vez; dicen que eso los fortalece como pareja. Si a ellos les parece bien, nadie es quién para juzgarlos.

Otros que se hicieron habituales entre nuestros amigos fueron Johnson y Samie, formando una pareja totalmente inesperada para todo el mundo. Su amor se fraguó entre las visitas al hospital y a su casa, una vez que ella recibió el alta. Johnson pidió disculpas por su comportamiento dentro de la

empresa, y Tyler lo readmitió, pero no en su puesto habitual, sino en otro dentro del departamento financiero, que era su verdadera vocación.

Mi marido había mandado a Atenea con sus titos —que no eran otros que Jack y Thais— porque era nuestro aniversario de bodas y quería darme una sorpresa. La noche empezó con una cena íntima, en nuestro jardín, aprovechando que empezaba el buen tiempo y las temperaturas eran más que agradables.

—Baila conmigo —me pidió, tomándome de la mano para levantarme del asiento y atraerme hacia él.

—Será un placer, señor Harper —le dije, sabiendo que cuando lo llamaba de esa manera se ponía como una moto. Tenía que ser la erótica del poder, porque en mí causaba el mismo efecto.

Estuvimos bailando un par de canciones que a ambos nos encantaban, cuando, de repente, lo vi sacar un pañuelo de seda de su bolsillo y me vendó los ojos con él.

—Acompáñame, tengo una sorpresa para ti —susurró en mi oído, haciendo que todo mi cuerpo se estremeciera.

Por supuesto que lo acompañé. Al fin del mundo, si me lo pedía. Con mis dedos entrelazados con los suyos, entramos en la casa y me dirigió hacia las escaleras que llevaban al sótano, abriendo la puerta con la llave.

Cuando nació la niña, decidimos cerrar ese acceso con una puerta con cerradura, porque esas escaleras daban a la piscina interior y no queríamos que, en un descuido, Atenea bajara y tuviera un accidente. Lo hicimos por pura tranquilidad.

—¿Lista para ver lo que te he preparado? —preguntó en un tono insinuante.

—Para ti, siempre estoy lista.

Me quitó la venda de los ojos, dejándome con la boca abierta. Era cierto que no habíamos vuelto al club, no lo necesitábamos, pero ambos echábamos de menos el rol que adoptábamos en su sala. Por eso, su sorpresa me encantó y me excitó a partes iguales: había hecho una réplica de aquella sala en la que dimos rienda suelta a nuestra pasión, dentro de una de las habitaciones que permanecían cerradas.

—¿Le gusta, señorita Atenea? —me preguntó, con toda la intención.

—Mucho más que eso, señor Harper. Espero que esté insonorizada, porque pienso gritar hasta quedarme afónica ahí dentro —le respondí, y noté cómo la lujuria se adueñaba de su mirada.

Esa noche fue la primera de muchas en las que nos perdimos entre jadeos, gemidos y orgasmos, provocados por la estancia, que sacaba de nosotros ese lado oscuro y lujurioso que no sabíamos que teníamos.

Llegamos a un acuerdo: fuera de esas paredes éramos Tyler y Norah, pero cuando atravesábamos el umbral de esa puerta, nos transformábamos en el señor Harper y Atenea, su diosa, como él me llamaba. Por eso, cuando tenía ganas de acudir allí, lo primero que hacía era alisarme el pelo. Y cuando era él quien lo deseaba, me preguntaba cuándo iba a alisármelo. Era como un código entre nosotros.

De ese cuarto de la lujuria no sabía nadie de su existencia, ni siquiera nuestros amigos. Era un secreto que ambos guardábamos en nuestra más estricta intimidad, del que pensábamos sacar todo el placer posible.

Puedes encontrarme en:

Facebook: Martina Leiva
Instagram: @martina.leiva.escritora